

CH

COPPES

POEMAS

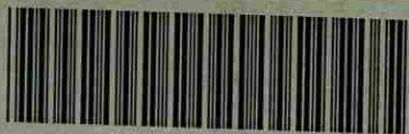
PQ2211

.C3

A64

61402

5003



1020026201



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POEMAS  
DE  
FRANÇOIS COPPÉE.

Núm. Clas. 801.8  
Núm. Autor 27851  
Núm. Acq. 29853  
Procedencia -8-  
Precio  
Fecha  
Clasific. ECAS  
Catalogó 69

FRANÇOIS COPPÉE

POEMAS

TRADUCIDOS EN VERSO CASTELLANO

POR

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW



098419

29353

GUTENBERG

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

calle del Príncipe, núm. 14

MADRID

1887

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

213  
C.

PQ2211  
.C3  
A64



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Este libro es propiedad de  
la LIBRERÍA GUTENBERG.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Est. tip. «Sucesores de Rivaleneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20.

AL POETA VALENCIANO

**Don Teodoro Llorente,**

MODELO DE TRADUCTORES,

*dedico, en testimonio de leal admiración,  
el humilde trabajo que en esta obra  
me pertenece.*

Carlos Fernández-Shaw.

Agosto 1886.



## DE FRANÇOIS COPPÉE

Y DE LOS

POETAS LÍRICOS FRANCESES CONTEMPORÁNEOS.

(NOTAS Y NOTICIAS.)



ANTES de hablar de Coppée, de su vida y de sus obras, creo que no huelgue escribir algo acerca del *medio*, como hoy se le llama, en que su poderoso talento se desarrolla y brilla y del gran número de escritores que le precedieron, le acompañaron ó le acompañan en la serie de luchas y triunfos con cuya enumeración casi pudiera escribirse la historia sucinta, pero verdadera, de los poetas líricos franceses contemporáneos. Por lo demás, decir algo de Coppée sin citar siquiera á muchos de ellos, sería cosa imposible. Vale más, por lo tanto, que acepte con gusto la necesidad que se me impone,

y que saque, ya que no en mi provecho en el del curioso lector, si la suerte me ayuda, el partido que Dios me dé á entender.

Como la tarea no es corta, si se apuran, no diré todos, sino solamente los detalles más visibles del cuadro que procuro trazar, y como la extensión pudiera venir aparejada con la pesadez, sin abrigar la esperanza de que la evite, anticipo el propósito deliberado que tengo de esquivarla. Resumiré cuanto pueda sin omitir lo que importe.

No hablaré de los que, inmediatos antecesores de los poetas que hoy gozan de fama en el país vecino, sobre algunos de los cuales ejercen sus ideas señaladísimas influencias, murieron ya, dejando al mundo una obra que puede hoy en su totalidad ser conocida, y un nombre que alega todos sus títulos y es acabadamente justipreciado. Además, si otra cosa hiciera, este prólogo ó bosquejo resultaría muy grande, no por sus resultados, sino por sus aspiraciones. Me he de contentar, pues, con rendir tributo de admiración, y seguir adelante, á poetas como Alfredo de Vigny, espíritu severo y delicado; Lamartine, el melancólico poeta del amor; Gautier, el de la espléndida rima y la imagen brillante como el oro al sol; Alfredo de Musset, el gran poeta de la juventud; Auguste Barbier, el terrible vate de las *Sátiras* y los *Fambos*; el satánico Charles Baudelaire y el místico

Víctor de Laprade; Gerardo de Nerval, el feliz traductor de Enrique Heine; los hermanos Deschamps, delicadísimos é irreprochables, y aun al mismo Víctor Hugo, que dominó en tan alta región que en ella fué único, que en vida admiró y deslumbró como el que más, y que con su muerte, hace poco llorada, ha dado en el mundo moral la acabada imagen de una maravillosa puesta de sol.

¿Sigue la poesía francesa contemporánea rumbo fijo, nuevo, determinado? ¿Descubre desconocidos horizontes? Difícil se hace contestar en absoluto á estas preguntas, sin exponerse á contradicciones numerosas. Hay en toda gran obra poética, y la de la Francia contemporánea lo es, dos aspectos que señalan dos fuentes de inspiración bien distintas: una eterna, porque nace de la Naturaleza, constante en sus variaciones; otra accidental, que toma origen en lo que las circunstancias inspiran y en lo que el carácter de los tiempos impone. La pasión, como la fe y el amor patrio, es eterna; el sentimiento permanece y dura al través de los siglos; su lenguaje es igualmente arrebatado en Dido, en Julieta y en Doña Sol; siempre nos llega al fondo del alma. Las condiciones de las épocas, que forzosamente varían, á la par que sus anhelos y sus necesidades y sus angustias, cambian los accidentes exteriores del pensar y el sentir. Ni los personajes de las tragedias de Esquilo, ni los de nuestros modernos dramas de costumbres, andan,



por ejemplo, con el honor en tan rigurosas cuentas como los de las famosísimas comedias *de capa y espada* de Lope ó Calderón. La poesía lírica moderna en Francia siente las grandes expansiones de la Naturaleza, los irresistibles arrebatos de la pasión, y á la vez se inspira en los desfallecimientos peculiares, en las esperanzas y en las fuertes luchas características de los años que corren. Canta ya las maravillas de la tierra y los mares, las dulzuras del amor y su desengaño, la santidad y placer de la vida á solas y en el seno de los campos; pero sobrecogida por el espectáculo de miserias y por la revelación de verdades aun más aterradoras, y por las osadas negaciones de la experiencia á los sueños de la ilusión, duda, llora, maldice, ruge, compadece, ama ó blasfema, siendo fiel expresión de lo que sufre la humanidad que por tan dolorosas y decisivas crisis atraviesa. Todas las inspiraciones le conmueven. Las del ayer, las del hoy, las del pavoroso mañana. Á todas responde; á las que en toda ocasión de los siglos hicieron sentir; á las que hoy de modo nuevo é inusitado nos hacen padecer. ¡Y en verdad que pocas veces reflejó la poesía el carácter distintivo de los tiempos como refleja hoy el de los actuales la poesía lírica en Francia! Díganlo Sully Prudhome y Coppée, Ackerman y Paul Deroulède, Paul Bourget y Mauricio Rollinat, Edouard Grénier y Maurice Bouchor Jean Richepin y Guy de Maupassant.

Aun hay más; la poesía, la poesía que merece tal nombre, reproduce con lealtad la manera de sentir de quien la piensa y la escribe, y quien la escribe siente y piensa influido por cuanto bulle, palpita y se desarrolla en el mundo en que él se mueve. Los poetas líricos franceses contemporáneos muestran la inapreciable cualidad de ser sinceros (si se exceptúa el grupo de los *decadentes* de que luego hablaré, y al que no pertenece ninguno de los que acabo de citar), y en el estudio que de ellos se haga importa por lo tanto conocer el mundo exterior que en ellos influye. Este mundo se resume en dos palabras: Francia y París; la nación y la ciudad; la nación moderna y la ciudad moderna también. Francia, que en cien años ha visto, con persistentes repeticiones, las crueldades y los delirios de la revolución, las glorias del triunfo y las miserias del desastre, las aparatosas esplendideces del Imperio y los desbordados furoros de la anarquía; Francia, donde, á imagen del mundo moderno, tantas gentes que dudan sufren, tantas con fe vacilan, y tantas sin ilusión desesperan.... París, el gran foco de las ideas del siglo, el gran centro de todas las corrientes que lo trabajan, el representante de la vida moderna con todos sus vicios y todas sus virtudes. Las zozobras, las penas y las alegrías de la Francia, las zozobras, las penas y las alegrías del hombre moderno son para los poetas líricos franceses contemporáneos, si no las únicas, las

preferidas inspiraciones. Así consiguen sus obras originalidad y carácter, y sus autores merecida fama de verdaderos poetas.

¡Y son tantos y de tan subido mérito los que gozan de justo nombre allende el Pirineo! Unos, como Leconte de Lisle y Théodore de Banville caminan á su ocaso; otros, como Coppée y Sully Prudhome, se encuentran en el cenit de su gloria, y buscándola llegan Aicard, Dorchain, Bourget, Vicaire, du Costal, Rameau y otros cien, brillantes, profundos, inspirados. No dedicarles un recuerdo fuera notoria injusticia.

Leconte de Lisle, el severo autor de *Poëms antiques* y *Poëms barbares* y *Kain*, el traductor de la *Iliada* y la *Odisea*, se distingue por el culto ferviente con que ama glorias y civilizaciones que pasaron con el correr de los tiempos. A tal punto ha llevado el que puede llamarse, sin que se incurra en exageraciones, su exclusivismo, que si no afirma hoy ya, por lo menos ha afirmado, que para encontrar un verdadero poeta era necesario retroceder hasta Píndaro, Hesiodo y Homero. Por lo demás, Leconte de Lisle es un gran maestro de la lengua, y sus poesías hacen gala de rigurosa precisión en el estilo, vigoroso y enérgico. El fué maestro reconocido por todos los *parnassiens*, de los que luego se hablará, y designado por Víctor Hugo para que, según su voluntad, le sucediese en el sillón que el vate de *Les Châtiments* ocupaba en la Academia.

De éste y de Th. Gautier, como dijo Sainte-Beuve, procede en línea recta Théodore de Banville, más brillante, más inspirado aún que Leconte de Lisle, según mi pobre entender. En *Las Cariátides*, en las *Estalactitas* y en las *Odas funambulescas* hay reflejos semejantes á los que brillan en *Emaux et Camées*. En los versos de Gautier y en los de Banville la luz fulgura como el rayo del sol en el brillante. Los dos han cincelado también sus estrofas como piezas de orfebrería. Más que por la inspiración de sus concepciones, dignos de aplauso por la forma acabada con que las revisten son J. de Souvary y André Theuriot, más célebre el último como novelista que como poeta. De él, sin embargo, son dos colecciones de poesías que con los títulos de *Chemin des bois* y *Le bleu et le noir* fueron premiadas por la Academia en 1868 y 1873. De igual manera Charles Monselet ha caminado hacia el triunfo, no por donde los versos llevan, y los ha escrito de tan buena ley como los que se admiran en las *Vignes du Seigneur* y *Le Plaisir et l'Amour*, sino yendo más bien por la senda en que le alcanzaron Alphonse Karr y Octave Feuillet. Monselet además goza de nombre como autor de *teorías* literarias y de *prácticas* gastronómicas.

De los versos de Anatole France, también poeta de fama, ha dicho Karl Stern: «Tienen una limpieza de cielo oriental, una simplicidad virgiliana, una

amiliardad primitiva.» Ciertó. No es posible escribir juicio mejor con menos palabras.

Jules Claretie ha asegurado: «Es un hecho digno de notarse en la historia de la literatura francesa contemporánea: la guerra no ha renovado las inspiraciones de la juventud.» También cierto. Una golondrina—dice nuestro refrán—no hace verano. A menudo las inspiraciones de un solo poeta no determinan tendencia. Hugo, en verdad, cantó las miserias y los desastres del año terrible; Soulyry también, por ejemplo, en *Pendant l'invasion*, *Le cantique du roi Guillaume* y *Foli mois de Mai*, sus mejores obras, y Coppée en su *Lettre d'un mobile breton* y *Plus du sang*; pero la guerra, la guerra terriblemente recordada, sólo produjo un poeta, que ya Hugo, Soulyry y Coppée habían conseguido sus famas y seguían ya sus rumbos. Me refirió al soldado que cayó herido en los primeros instantes de la hecatombe de Sedán, como si la suerte que le vió luchar con honra hubiese querido libertarle de la vergüenza; al que prisionero en Alemania, supo esquivar las iras de sus guardadores; al mismo que formando parte del gran cortejo que acompañó á la tumba los restos del cantor de *La Leyenda de los siglos*, recibió de las gentes, apiñadas al paso de la comitiva, tan entusiastas ovaciones; al que no ha mucho, con ocasión del conflicto hispano-alemán, daba á nuestros compatriotas la bienvenida, tan elocuentemente, en el Tiro Nacional

de Vincennes; á Paul Deroulède, en fin. Sus *Chants du soldat* son enérgicos á veces, melancólicos otras, dulces, tiernos, inspiradísimos siempre. Aire sano de popularidad le rodea. En buena lid supo hacerse digno de él. Cantó sus amores por la patria en versos que vibran como la hoja de una espada que al herir da en duro; defendió la honra nacional con las armas en la mano. Hoy puede ofrecer al reconocimiento de la Francia dobles títulos que le hacen valer y admirar: sus cantos y sus cicatrices.

Paul Deroulède ha probado, sin gran fortuna, la escena. Es sobrino de uno de sus reyes, de Emile Augier, el creador, entre tantos otros bellísimos dramas, de *Les Fourchambault* y *L'Aventurière*.

Si hubiera seguido en mi enumeración orden cronológico, debiera ya haber hablado, que él es hoy sin duda, por su edad siquiera, el primero de los poetas líricos franceses, de Auguste Vacquerie. Justo es no olvidarle, y tiempo es ya de que le traigamos á la memoria.—Con todo, hablar de él detenidamente, me llevaría muy lejos. ¡Ofrece tan gran número de títulos á la curiosidad, Vacquerie, autor del soneto á la nieve ó redactor de *Le Rappel*; Vacquerie, que da á los *parnassiens* motivo para que en la del estreno de su drama *Les funérailles de l'honneur* encuentren la noche de su *Hernani*; Vacquerie, admirador fanático y extremoso del genio de Hugo, con quien le unieron lazos de inquebrantable amistad y

aun de familia; consagrándose de tal manera á sus triunfos que se convirtió, según la exacta frase de Reboullet, en uno de los guardianes del templo donde resplandecía su gloria; sintiendo su influencia hasta el punto de ser su imitador impenitente, sin lograr muchas de sus cualidades y exagerando casi todos los defectos del gran artista!.... Básteme decir ahora que como poeta lírico merece en ocasiones sincero elogio, y que en sus libros *L'Enfer de l'esprit*, *Demi-teintes* y *Drames de la Grève* hay poesías acreedoras á la más imparcial alabanza.

Entre los novelistas que hoy seducen la opinión, Theuriet, de quien ya he hablado, no es el único al que en sus comienzos cautivaron las Musas, como en España á Valera y Alarcón. Cuando Alphonse Daudet, antes de conseguir la gloria que acompaña al desengañado autor de *Le Nabab*, soñaba con ser el cantor idílico de *L'Arlessienne*, dió á luz una delicadísima colección de versos: *Les Amoureuses*. En la gente nueva, permítaseme la frase, los dos autores que más logran y que más valen, comenzaron por trabajar en renglones cortos. Paul Bourget no ha escrito solamente las admirables páginas de *Cruelle énigme* ó de un *Crime d'amour* y de sus estudios acerca de Baudelaire, Renan, Flaubert, Taine, Stendhal, Dumas, los Goncourt, Leconte de Lisle, Tourgueniev y Amiel, sino las hermosas poesías de *La vie inquiète*, *Edel* y *Les aveux*; Guy de Maupassant,

antes de poner su nombre al frente de *Une vie*, de *Miss Harriet* y de *Bel-Ami*, firmó su libro *Des vers*.

Finalmente, los problemas del espíritu inspiraron las *Poesías filosóficas* de Ackermán; las miserias del mundo contempladas sin fe y sin ilusión, *Les Névroses*, de Maurice Rollinat, y *Les Blasphèmes*, *La mer* y *Les chants des gueux*, de Jean Richepin; los encantos de las primeras horas de la vida, *Les chansons de l'enfant*, de Jean Aicard, y el sentimiento de la Naturaleza vista en el campo su hermoso idilio *Miette et Noré*; las primeras impresiones de las aterradoras luchas á que el hombre del día se consagra ó el mundo visto á través de un temperamento que se desarrolla templado en las corrientes del modernismo, los versos quizás no muy atildados, pero sí muy sentidos y profundos de Maurice Bouchor; el poeta preferido por el gran Zola, y entre otras muchas, por ejemplo, las estrofas bellísimas de dos afortunados jóvenes que acaban de empezar: el uno Gabriel Vicaire, autor de *Emaux bressans*; el otro Jean Rameau, laureado en los últimos concursos de *Le Figaro*.

No faltará quien extrañe que, pareciendo haber afirmado que ya se acerca el fin de mi enumeración, olvide nombres tan sonados como los de Albert Glatigny, Catulle Mendès, Armand Silvestre y los mismos de Sully Prudhome y Coppée. Desde ahora le puedo asegurar que lo hice tan sólo pasajeramente.

y de intento. Cuantos he nombrado ya, todos figuran, desde Leconte de Lisle á Aug. Dorchain, en el desarrollo de la poesía lírica francesa contemporánea como *poetas sueltos*, y valga el dicho, que si es vulgar es exacto. Los demás, los que nombraré, forman grupo.

Al modo con que allá por los años de 1830 y 1835 se reunió el de la *Jeune France*, tan entusiasta en la defensa del movimiento romántico, naciente por aquel entonces, tan célebre por su ruidosa campaña la noche del estreno del *Hernani* de Víctor Hugo, y al que pertenecían Th. Gautier, Petrus Borel, Gerard de Nerval, Celestin Nauteil, Jehan du Seigneur y tantos más, también así bajo el Imperio nació el de los *parnassiens*, y en los días que corren surge el de los *decadents*. ¿Qué relaciones guardan entre sí? Por más que diga Paul Bourde que dichos tres grupos marcan en la historia de la literatura francesa el movimiento de una degeneración constante, para mí no hay tal cosa. Los tres son grupos, y se parecen porque lo son; casi por nada más. Ni por el origen, ni por la aspiración, ni por los méritos se asemejan. Aparentemente quizá, verdaderamente no. Estos grupos, que grupos son y no escuelas—y del que formaron los *parnassiens*, lo de clara con la autoridad que le presta el dominio de la causa propia uno de los más famosos: Catulle Men-

dès—determinan tendencias y escriben historias muy dignas de consideración y de estudio. El de la *Jeune France* representa hoy, cuando más, un recuerdo. Pasaron ya sus circunstancias y se desvaneció su influjo, que logró algo más que los cabellos larguísimos ó los chalecos de tonos chillones de Theophile Gautier; recordándole cumplí. El de los *decadents* comienza. El de los *parnassiens* tiene ahora, para nosotros, marcadísima importancia. En él figuró desde un principio François Coppée. De las glorias que los *parnassiens* alcanzaron, las mayores son las suyas.

¿Qué fueron los *parnassiens*? ¿Quiénes fueron? Oigamos á Catulle Mendès, que lo hace de modo tal que yo no pudiera hacerlo, y que no permite nuevas dudas. Habla de él y de sus compañeros. «Atraídos los unos hacia los otros—dice—por su común amor al arte, unidos por el respeto á los maestros y por una gran fe en el porvenir, no se comprometieron de ningún modo á seguir una senda única. Distintos los unos de los otros, estaban resueltos á desenvolver sus características originalidades de una manera independiente en absoluto. Ni tuvieron consignas, ni jefe; todas las personalidades eran absolutamente libres. Curiosos los unos de las cosas modernas; los otros enamorados de las antigüedades religiosas ó legendarias; *hindous* ó *parisiens*; éstos familiares,

BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEÓN

"ALFONSO" 16113

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

épicos ó líricos aquéllos; algunos rimadores de odas pequeñas y galanas, entre todos no había quien tuviese que dar cuenta á ninguno de la elección de sus asuntos, ni que someter su inspiración á ninguna regla aceptada. Haz lo que puedas, siempre que lo hagas con un religioso respeto á la lengua y al ritmo; tal debió ser y tal fué, en efecto, nuestra divisa. Por lo demás, ni fueron ni intentaron ser innovadores. Bajo el punto de vista de la poesía, no imaginaban llegado el instante de una revolución en los espíritus. ¿Qué será la poesía francesa en un porvenir lejano y que nosotros no veremos? Nadie podría ni decirlo ni aun preverlo; ése es el secreto de los genios futuros. En el siglo XIX toda la poesía francesa, verdaderamente digna de este nombre, se deriva de Victor Hugo.....» Si no la consecución y la defensa de un ideal artístico determinado, ¿qué les unió? Lo que tan admirablemente dice Catulle Mendès, y aun algo más. El amor al arte, los entusiasmos de la juventud que sabe sentir, las ilusiones de gloria, la identidad en la perfección de los gustos, las semejanzas en los deseos, la suerte, las simpatías, las miserias..... ¡Quién sabe cuánto! Se reunieron poco á poco, y después siguieron siempre unidos. *Voilà les parnassiens!*

Al principio la gente se resistió á tomarlos en serio. ¡A cuántas risas dieron lugar, y burlas y chanzonetas! Les llamaron *stylistes*, *formistes*, *fantaisistes*, *impassibles*,..... ¡qué sé yo! De cualquier modo

resultaban perfectamente grotescos. El mismo nombre de *parnassiens* quiso ser una sátira. Y ellos lo aceptaron valerosamente y lucharon y triunfaron con él. Tuvieron su periódico: *La Revue Fantaisiste*; sus libros, los que se presentaron con este rótulo al frente: *Parnasse contemporain, recueil de vers nouveaux*. Las primeras entregas fueron editadas por Louis Xavier de Ricard, que dirigía entonces un periódico semanal titulado *El Arte*. Cuando Ricard abandonó la empresa, la continuó quien después ha sido el editor constante de las obras de los *parnassiens*, con lo que ha logrado mucha honra y no menor provecho: Alphonse Lemerre. Tenían sus reuniones magnas en el despacho de Leconte de Lisle. El les dió la sola disciplina que se impusieron, cuando les dijo: «Venerad el arte y despreciad los éxitos que se consiguen fácilmente.» Las de los salones del General Marqués de Ricard les abrieron las puertas del gran mundo. Allí, al calor de aquella hospitalaria sociedad, hasta se transformaron en actores y representaron *Marion de Lorme*. Catulle Mendès era Saverney; Coppée, Didier. Ya habían pasado las angustias y las miserias de los tiempos de *l'hotel du Dragon bleu*, de que luégo se hablará.

Los *parnassiens* fueron muchos. He aquí los principales: Albert Glatigny, el poeta infortunado é ilustre de *Vignes folles* y *Les Flèches d'or*; León Cladel, el inimitable prosista de *Va-nu-pieds*, *Porte-*

*glaiue* y *Kerkadec, garde barrière*; Villiers de l'Isle Adam, medio genio, como le llama Catulle Mendès, el admirable autor de las *Historias extraordinarias*; Sully Prudhome, soberano artista de la palabra, que ha cantado como nadie «en una lengua dulce y clara como un crepúsculo todas las amargas angustias del alma que busca el amor, del espíritu que persigue lo bello», que tan largo juicio merece, y de quien hablaría mucho, sin cansarme nunca, si no temiese ahora que los elogios y el examen que dedicara, si quiera á *Les Épreuves* y al poema *La Justice*, desviasen mi rumbo; Albert Merat, el misterioso cantor de los alrededores de Paris; León Valade, tan moderno en sus poesías, pero más soñador aún que Albert Merat, con quien tradujo en hermosos versos el *Intermezzo* de Heine; Catulle Mendès, el vate de *Philomela* y *Contes épiques*, y el novelista de *Les Monstres parisiens* y *Les Jeunes filles*, portentoso dueño de las más variadas aptitudes, que lo mismo se complace soñando con los esplendores de la epopeya que se entretiene trabajando en las más delicadísimas filigranas del ingenio; León Dierx, Ernest d'Hervilly, Armand Silvestre, José María de Heredia, y en fin, Coppée, François Coppée, el más insigne entre todos.

Tiempo es ya de que me ocupe en su vida y sus obras con el detenimiento que requieren su importancia y

la ocasión; pero antes séame permitido, para concluir con el empeño en que estoy, no terminado aún, decir algunas palabras acerca del grupo de los *decadents*, con el que finaliza la historia de los poetas líricos franceses contemporáneos. Como á los *parnassiens*, la sátira les dió el nombre con que se les distingue. ¿Alcanzarán también, como aquéllos, las glorias de la redención y del triunfo? No es fácil asegurarlo.

El naturalismo, hoy tan en boga, pretende cortar casi por completo las alas de la fantasía. Es una exageración capaz de producir fatales consecuencias. He aquí la inmediata. El grupo de los *decadents* responde á la exageración opuesta. Su musa es la de la tristeza artificial y las afectadas perversidades. Alienan á la fantasía, y la fantasía toma vuelos desatinados. No tienen, como los *parnassiens*, ni reuniones determinadas ni editor común, pues León Vaunier, que pretende serlo, todavía no lo ha conseguido. Les une el bizantinismo en sus gustos, las mismas divagaciones y excesos en el pensar, y extravagancias semejantes en el decir. El vulgo les inspira profunda aversión. El poeta, según ellos, debe aislarse en busca de lo raro, de lo exquisito. La salud abunda. El poeta debe, por lo menos, padecer de neurósis. Ser histérico es ya una gloria. El estado sanguíneo es degradante. La anemia ennoblece. La Naturaleza es eternamente hermosa; pero es preciso descubrir en ella

lo inexplorado y hacerlo aparecer revestido con formas novísimas. Las selvas son azules. Entre las flores son preferibles las más extrañas; entre las aves, las más lúgubres; entre los aromas, los más penetrantes; entre las mujeres, las más nerviosas; entre los vicios, los más precoces.

Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé, dos *parnassiens* de indudable mérito, seducidos por el ansia de la novedad se inspiraron en las exageraciones que, al ser aplaudidas é imitadas, dieron origen al grupo de los *decadents*. Hoy sus discípulos abundan. Jean Moréas, el autor de *Syrtes*, Laurent Tailhade, el poeta del *Jardin des Rêves*, Charles Vignier y Charles Morice son los de nombre más sonado. Negarles mérito en absoluto, fuera gran error. No sólo á veces aciertan, sino que, por lo general, es la factura de sus versos irreprochable. ¿Triunfarán? ¿Porque el público se convenza, ó porque el público los enmiende? Todo eso es ya muy difícil para dicho.

Y aun hay otro grupo, al que antes no cité porque no está constituido en un todo ni reviste en absoluto carácter poético. Hablo de los redactores de *La Revue Independent*, porta-estandarte del naturalismo.

Cierto día, uno de los más tristes de aquel tiempo calamitoso en que los primeros *parnassiens* vivían juntos en las desabrégadas y lóbregas habitaciones

del famoso *Hôtel du dragon bleu*. Catulle Mendès, que, formando ya en el número de aquellos, pertenecía al de los poco medrados huéspedes de aquella lúgubre mansión, fué sorprendido por una extraña visita. Era una tarde en la que, según la feliz expresión de Mendès, «había *spleen* en el aire.» Y continúa él mismo: «Mi puerta—dice—se abrió sin que hubieran llamado, y ví entrar á un poeta húngaro, llamado Manuel Glasser, á quien había conocido cinco ó seis meses antes, en un viaje en el ducado de Baden, en las orillas del Neckar, una noche de verano.» (Es de advertir, con objeto de que se compaginen las existencias de miserable *bohème* y de afortunado *touriste* en que sucesivamente se nos aparece Mendès, que hacía muy poco aún, por los tiempos á los que ahora se refiere, que los malos ojos con que su familia miraba sus aficiones poéticas, proponiéndose hacerle disuadir de su aspiración, y su voluntad inquebrantable en contra de tal empeño, habían ocasionado una escisión violenta, por cuyo motivo, de la noche á la mañana, pasó nuestro inflexible joven de la regalada existencia que á los suyos concedía la fortuna á los disgustos y miserias de la más desordenada y azarosa vida). Y añade luego: «Detrás del poeta húngaro apareció un joven al que no había visto nunca. Era muy joven, bastante delgado, pálido, con aire fino y ojos tímidos, que miraban á su alrededor. Iba vestido con un traje estrecho, nuevo, y muy



limpio; tenía apariencia de ser un empleado en algún comercio ó en las oficinas de cualquier Ministerio, y á la vez la elegancia de sus facciones, la gracia irónica de su sonrisa, yo no sé qué de dulce, de un poco triste, de parisién en toda su actitud, hacía que se le distinguiera, invitaba á que se le atendiese. — Os presento á Mr. Francis Coppée, me dijo Manuel Glasser, un joven que ha leído vuestros versos. — Aunque me lisonjeaba mucho que mis versos hubieran sido leídos en un tiempo en que nadie los leía, confieso que estuve á punto de no acoger bien al recién llegado. Me disgustaba verme interrumpido en mis tristezas y sorprendido en mis miserias. Francis Coppée tampoco dejaba de mostrar algún disgusto. Miraba á su alrededor; la chimenea sin fuego, la única silla de donde acababa de levantarme, la cama estrecha de hierro desteñido, las viejas cortinas de tela rosa de algodón, la tristeza de los vidrios en los que la claridad era casi negra. Y después que miró todo aquello, todo aquel tedio, todo aquel fondo gris del cuadro, me dijo considerándome con melancolía: «¡Oh, señor, vive V. en un cuarto que da ganas de ahorcarse!» «Éstas fueron las primeras palabras que le oí pronunciar á Francis Coppée.» No obstante una introducción tan agria como sincera, Mendès y Coppée llegaron á ser muy en breve amigos inseparables. Coppée ingresó en el círculo de los *parnas-siens* y pronto se hizo lugar. En una de sus veladas

se dió á conocer como poeta al terminarse la encomiada lectura de un poema, *Les fleurs mortelles*, que había sido enviado bajo sobre y sin firma. No satisfecho sin embargo de sus obras, quemó en un solo día más de seis mil versos, y se consagró durante meses y meses, cariñosamente advertido y acompañado por Mendès, á una ímproba tarea de trabajos de corrección y estudios minuciosos de crítica. Entonces fué cuando escribió su poema *Le Jongleur* que figura en sus colecciones y en el que ya se revelaba como gran escritor el que había de ser más tarde, según las hermosas palabras de uno de sus biógrafos, «el poeta parisién, el poeta de las realidades, de las amargas discretas y de los suspiros ahogados, de las almas que tienen alguna vez su novela y nunca historia y cuyas lágrimas corren siempre en silencio.»

François Coppée, Francis Coppée (que tal es su verdadero nombre, como luego se verá) nació en París en un entresuelo de la *rue des Missions*, hoy *rue de l'Abbé Grégoire*, en su número 9, el año de 1842. De origen limpio y aun noble, su familia ocupaba una obscurísima posición. Su padre era un modesto empleado en el Ministerio de la Guerra, y su cortosuelo apenas bastaba para atender á las necesidades y obligaciones de su mujer y de tres hijas, mayores que Francis; tanto, que al nacer éste crecieron sus apuros y les fué preciso mudarse á la *rue Vanneau* y reducirse á un piso quinto. A los seis años Fran-

cis comenzó sus estudios en la *pensión Hortus*. Á fuerza de privaciones de la familia se fué logrando su instrucción. Después, como externo en el liceo *Saint Louis* no dejó muy buen nombre. Vivía entonces en la *rue Monsieur le Prince*. Era muy débil y muy soñador. A los doce años empieza á escribir sus primeras estrofas. La desgracia le persigue cada vez más. Una de sus hermanas muere, y poco después su padre le sigue á la tumba. El pobre Francis abandona sus estudios y entra con un mezquino empleo en las oficinas donde su padre trabajaba. El horizonte parecía ennegrecerse por días; dijérase que por momentos. Los deberes iban siendo cada vez más apremiantes para él y los suyos. Las privaciones cada vez más angustiosas. Y, sin embargo, les sostenía una fe y una esperanza muy grandes en el porvenir. No en vano en aquel hogar despertábanse las ilusiones de un verdadero poeta, consumido por la nostalgia de la gloria.

Era por aquellos días cuando Coppée fué recibido en el grupo casi formado ya de los que habían de llamarse con el tiempo *les parnassiens*. Entonces también cuando pareciéndole el nombre de Francis poca cosa y un sí es no es femenino, decidió por sí y ante sí Catulle Mendès llamarle por el de François, más vulgar ciertamente, pero sonoro y robusto, con el que desde luego se le conoce. Coppée tenía ventitrés años en aquel tiempo, cuando publicó su primer

libro: *Le Reliquaire*. Meses después le siguió el segundo, con el título de *Intimités*. La fortuna, aun no resuelta del todo á su favor, parecía, sin embargo, empezar á sonreírle. Y el gran triunfo se acercaba.

En otros días, como dice Claretie, cuando era un niño adelgazado por el ideal y por las ilusiones, que rimaba versos debajo de las goteras, nunca pudo imaginarse un triunfo igual. Merced á una feliz circunstancia, la empresa del teatro del Odeón le admitió una obra en un acto: *Le Passant*. El éxito fué tan grande, que en una sola noche consolidó la fama de Coppée. Mlle. Agar obtuvo aplausos inolvidables. Sarah Bernhardt se dió á conocer como actriz eminentísima.

Y, sin embargo, el recuerdo imborrable de aquel triunfo ha servido á veces para lastimar el amor propio del poeta. *Le Passant* fué término constante de comparación con la mayoría de sus obras posteriores. Para los enemigos de Coppée *Le Passant* era en todos los casos, y sin género alguno de duda, incomparablemente superior. Por fin, el éxito indiscutible de su gran drama *Severo Torelli* se impuso á tantas perversas voluntades. Coppée ha dicho á este propósito: «Pobre *petit Passant*, dulce inspiración de una hora hermosísima de mis veinticinco años, perdóname los minutos de impaciencia y de mal humor que me ha producido á menudo tu nombre pronunciado con la intención de hacerme despreciar mis

nuevas creaciones. Tú no has dejado por eso de ser el hijo de mi juventud más amado, el sueño de ideal y de amor del que no se disfruta sino una vez en la vida; y jamás he olvidado, cantor gentil de una hermosa noche de luna, que te debo el primer premio como poeta, aquella rama de laurel que hizo llorar de alegría á mi anciana madre y que supo infundirme para siempre el valor y la esperanza.»

Desde aquel primer éxito caminó Coppée de triunfo en triunfo. Hoy, ya lo he dicho, se encuentra en el apogeo de su gloria. La cinta encarnada de la Legión de Honor luce en su pecho. Es bibliotecario del Teatro Francés, y ocupa en la Academia el sillón que dejó vacante Víctor de Laprade. *Severo Torelli* le abrió las puertas del glorioso Instituto. La lista de sus obras no es breve. Héla aquí: Poesía. *Premières poésies* (*Le Reliquaire, Les Intimités*, etc.), *Poèmes modernes, La bénédiction, La grève des forgerons, Lettre d'un mobile breton, Plus de sang! Les Humbles, Le Cahier rouge, Olivier, Le naufragé, Les recits et les elegies, Promenades et intérieurs, La veillée, La marchand de journaux, La bataille d'Hernani, La maison de Molière, L'Epave, Contes en vers et poésies diverses, L'enfant de la balle, Pour le drapeau, Aux bourgeois d'Amsterdam, L'amiral Courbet y Résurrection*. Teatro. *Le Passant, Deux douleurs, Fais ce que dois, L'Abandonnée, Les bijoux de la délivrance, Le rendez-vous, Prologue*

*d'ouverture pour les matinées littéraires de la Gaîté, Le luthier de Crémone, La Guerre de Cent ans* (en colaboración con Armand d'Artois), *Le trésor, La Korrigan* (en colaboración con L. de Mérané), *Madame de Maintenon, Severo Torelli, Les Jacobites* y *Maitre Ambros* (ópera cómica, escrita en colaboración con su discípulo favorito A. Dorchain. La música es del maestro Widor). Prosa. *Une idylle pendant le siège, Contes en prose y Vingt contes nouveaux*. Casi á la vez que este libro, por último, según mis noticias, verá luz una nueva colección de versos de Coppée. Se titula *Arrière saison*.

Para conocer detalles preciosos de la vida, curiosa por más de un concepto, del cantor de *Les Humbles*, hay una fuente de hermosísimos datos: las conferencias que sobre sí mismo dió Coppée, no ha mucho, en la célebre sala del *Boulevard des Capucines*. Hablar de sí propio sin alarde alguno de vanidad ni falsa modestia, y hablar de tal modo un literato, ya es difícil. Coppée lo ha conseguido. Con qué suma de arte y de ingenio, yo no sabría decirlo bien. Recuerdos conmovedores de los trabajos y luchas de su vida se encuentran además en su poema *Olivier*.

*Olivier* es Coppée.

Lo poète Olivier, cet être chimérique  
qui, tout en racontant son beau rêve féerique,  
a trouvé le moyen de charmer quelquefois  
ce temps d'opéra bouffé et de drame bourgeois....

Y tiempo es ya de que hable exclusivamente de sus obras. La poesía de Coppée, dice uno de sus críticos (y copio estas líneas porque ofrecen una síntesis acabada), «es una poesía muy moderna, de una intensidad de sensaciones completamente particular, palpitante de emoción, reconcentrada, parisién por los recuerdos, las enervaciones y la gracia sufrida é irresistible. La musa encantadora de Coppée es prima de la musa triste de Sainte-Beuve; pero con su fina mano de *parisienne*, ha tocado la gran espada de Hugo; de este contacto conserva un raro vigor que añade precio á su nerviosidad exquisita. Por lo demás, en sus *Intimités* Coppée ha dado una nota especial. Allí las ternuras, los estremecimientos, los aromas, las reconcentraciones y complicaciones de la pasión moderna ó del *amour-gout* contemporáneo están analizados en una lengua de una simplicidad sabrosa y sabia. Allí se muestra Coppée en yo no sé qué aspecto de profundamente sentido, apasionado y doloroso, sincero y real; parisién enamorado y poeta de París, con murallas grises para dar marco á sus idilios y con días de nieve para despertar su neurósís; verdadero poeta moderno, contemporáneo, sensible, expresando con una claridad decisiva, llena de conmovedores *dessous*, las realidades cotidianas.»

Ese es el poeta.

Ya profetizando sus triunfos, dijo de él, en 1858, Théophile Gautier, en su *Rapport sur les progrès de la*

*poésie*, publicado bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública: «François Coppée es el autor de un libro de versos encantadores: *Le Reliquaire*, que promete y que vale.»

Todo gran artista debe señalar sus obras con el sello de su carácter, ¿quién lo duda? La historia lo demuestra. Pero ¿debe reducir sus inspiraciones al círculo, siempre estrecho, de su exclusiva personalidad? No. Lo que fué tan sólo representación de un hombre, no cesa de exponerse al riesgo de morir con él. No se explica de otra manera que Lamartine, que gozó un tiempo de tan gloriosa popularidad, haya sufrido un cambio tan grande en la estimación de las gentes. «La poesía—ha dicho uno de los *parnassiens*—es una caridad suprema que los espíritus hacen á los pueblos; la poesía bien ordenada empieza por los demás.»

Como en la de Lamartine, en la obra poética de Coppée domina su propio, su peculiar subjetivismo, pero á la vez se ensalzan, se compadecen, se curan, se muestran los deseos y las pasiones de los demás. Coppée, como alguien ha dicho de Víctor Hugo, es un hombre en quien vive el hombre. Por eso goza de tan creciente fama. Por eso, porque siente y canta los dolores, y porque interpreta la angustiosa aspiración de la sociedad en que vive como ningún otro, sin duda es el primero de los poetas líricos

franceses contemporáneos. La vida moderna se caracteriza, más que la de otros tiempos, por esa inmensa lucha en que cada hombre á su vez y todos juntos se empeñan; eso que los ingleses designan con su famosa frase: *struggle for life*. Las inspiraciones cambian con el correr de los siglos. Homero cantó las hazañas de los dioses y los héroes; Horacio las esplendideces y los excesos de la orgía romana; Ariosto los trances y aventuras de los andantes caballeros, lanza en ristre; Ercilla las de nuestros valerosos conquistadores.

Hoy todo es diferente. Yo no diré que es un mal síntoma, pero indudablemente la reconcentración de pensamientos que hoy se observa acrece el número de los egoísmos; y tómese la palabra en su acepción menos desfavorable. Nos impresionan los dramas que salen al exterior, pero tanto ó más nos conmueven los íntimos, los que se adivinan, los que cada cual sufre. Hoy, en el seno del hogar honrado, allí donde se escuchan todos los ayes del mundo y donde se padecen todas sus miserias y todas sus dudas, las abnegaciones, las grandes y ocultas abnegaciones se multiplican y son por momentos más que cuantas vieran Troya y sus muros. La humanidad es sierva de un fatalismo invencible. A menudo lo temió. Hoy más que nunca lo sufre, y es que lo reconoce y lo experimenta. La ley del contraste separa eternamente á los vencedores de los vencidos. En vano quie

el pensamiento sacudir tan humillante yugo. Todas las soluciones son aparentes, porque tan sólo consiguen cambiar los términos del problema; no lo resuelven. Los humillados triunfarán, y en seguida gemirán los nuevos vencidos. ¡Los vencidos! ¿Hay nada más conmovedor que su historia? Victor Hugo los llamó los miserables; Coppée les llama los humildes. ¡De qué admirable manera ha sorprendido Coppée la inmensa poesía, la dolorosa poesía de este gran drama contemporáneo, tan sencillo, tan sincero, tan aterrador! Y no, como Sully Prudhomme, reduce sus inspiraciones á fórmulas abstractas. Coppée se dirige al hecho brutal, y le descubre en su espantosa desnudez. Más que todas las bellísimas divagaciones del poema *La Justice*, convence el espantoso relato de *La grève des forgerons*. Yo no sé decir cuán profundamente me admira tan hermosa comprensión de una de las fases del gran espíritu de la poesía moderna, y en este sentido cuán grande es mi entusiasmo por François Coppée.

«Ama y canta— como dice Claretie— á los pequeños, á los tímidos, á los desolados, á los que arrastran sin ruido y obscuramente las más pesadas cadenas, á los parias de nuestra sociedad dichosa y sonriente, á esos pobres diablos cuya carne no parece hecha sino para suministrar *humus* al suelo en que se abren las flores que recogen los otros; y ya sean estos humildes un pobre quinto arrancado al país na-

tal por el gran deber, ó un niño raquíptico condenado á las exhibiciones de la escena; un deportado, un *oullaw* que vuelve á encontrarse francés cuando la bandera está en peligro, ó una pobre vendedora de periódicos, ó hasta un tenderillo de comestibles — el tendero de comestibles ya burlado, y sin embargo hecho célebre por Balzac — que sueña, rompiendo en terrones su azúcar, Coppée tiene para cada uno de ellos su piedad y su ternura. Se emociona en la vida, y también en esa otra vida castigada, el viaje, ante todo heroísmo y toda abnegación: Walhubert en Avranches, ó Cambronne en Nantes. En Bretaña, si Santa Ana d'Auray y Carnae son para él, como para mí, dos decepciones, el país de Brizeux le gusta porque allí encuentra á los pescadores, «esas buenas figuras de lobos de mar, verdaderos jamones cocidos por el sol y salados por el viento de mar adentro.» ¡Los marinos! F. Coppée los ha saludado á menudo, en verso y en prosa, no solamente por sus horas de sacrificio como en *L'Epave*, sino también en sus horas de labor cotidiana, consagrados á cuidar su buque. «Este, que está en su puesto para barrer — dice — estará también en su puesto para combatir, y quien no tenga miedo de una nube de polvo no retrocederá delante del humo de un cañonazo.» Con todo así, Coppée ha visto la grandeza de los destinos humanos en la humildad conmovedora, y su obra es la glorificación de los oscuros y de los sencillos de cora-

zón. No conozco mejor manera de emplear el talento que dejar venir á uno á los pequeños para coronarlos »

Este es el gran carácter de Coppée, considerado como poeta lírico; de donde nacen sus mayores méritos, según mi pobre entender. Su voz es siempre la voz de la misericordia. Los espíritus honrados le mirarán siempre también, ya que no con admiración, á lo menos con simpatía. ¡Y de qué modo tan conmovedor canta los dolores que compadece! Léanse los versos que en seguida copio. Ellos dan evidencia. Y ¡con qué arte maravilloso de ingenio van enlazándose las palabras dolientes, de manera que sus sonidos parecen como si fueran sollozos!

## REVERIE.

Au sortir du lit de dentelle,  
Les cheveux enmêlés encor,  
Ce matin, à quoi rêve-t-elle  
Dans le vieux fauteil gaufré d'or?

Sur sa poitrine sa main fine  
Se pose d'un geste distrait.  
Hélas! est-ce qu'elle y devine  
Le lent travail d'un mal secret?

Car c'est un matin de novembre,  
Et sous le velours onduleux  
De la longue robe de chambre  
Son frêle corps est tout frileux.

On dirait presque qu'elle tremble;  
Ce cher visage est amaigri,  
Et cette bouche exquise semble  
Avoir plus toussé que souri.

Serait-il si cruel, le rêve  
De l'enfant pensive aux yeux las?  
Songe-t-elle qu'elle est bien brève  
La claire saison des lilas?

Pauvre mignone! Songe-t-elle  
Que l'automne vient de finir,  
Qu'il fait froid et que l'hirondelle  
Sera bien lente à revenir?

Como poeta lírico ofrece además Coppée otros dos aspectos dignos de consideración: como patriota y como enamorado.

(Y conste que comprendo en la obra lírica todos los poemas sin excepción que Coppée ha escrito. El poema, tal como hoy se concibe y se publica, ofreciendo exacta imagen de la manera de sentir del autor generalmente, naciendo al choque del mundo exterior y el pensamiento que lo examina, sólo puede ser así clasificado).

Como Paul Deroulède, el autor de *Le Reliquaire* luchó con las armas en la mano por la honra nacional herida en la hecatombe de 1870. Sus dos poemas *Plus de sang!* y *Lettre d'un mobile breton* son dos cuadros sombríos que traen á la memoria los horrores del año terrible, mirados á través del vapor de la sangre y de la niebla de las lágrimas.

Algo dije ya antes de Coppée como poeta del amor. Poco tengo que añadir. Sus cantos son generalmente dulces y melancólicos. En *Les Intimités*, *Le Cahier rouge* y *Promenades et intérieurs* se leen estrofas que resisten las más arriesgadas comparaciones.

En el corazón del poeta hay una herida no cicatrizada. En sus versos habla un desengaño muy triste, pero que se resigna y que perdona. En su poesía *Pour une fiancée* se escapa un sollozo, por el que se adivinan la pena y la resignación. Oigámosle para admirarlas. No tiene la poesía más defecto que el de ser muy breve. Dice así:

Elle était blonde comme vous,  
Celle dont les yeux fins et doux  
Me laisserent l'ame blessée.  
Pourtant mon cœur n'est pas jaloux  
De vos bonheurs de fiancée.

Honte à ceux qu'aigrít la douleur!  
Je n'ai rien d'elle qu'une fleur;  
Mais, quand un couple d'amants passe,  
Je dis au bon Dieu: Rendez-leur  
En félicité ma disgrâce.

Bien qu'il soit de vous séparé  
Votre ami se sent désiré;  
Il est triste comme vous l'êtes,  
Moi, j'ignore s'ils ont pleuré,  
Les charmants yeux de violettes.

Qu'on vous aime comme j'aimais,  
C'est le vœu que je me permets,

Le secret que je vous confie,  
J'ai de la peine pour jamais;  
Soyez heureuse pour la vie!

En el teatro, después del ruidoso triunfo de *Le Passant*, Coppée ha conseguido varios éxitos. El mayor lo obtuvo con su drama en cinco actos y en verso titulado *Severo Torelli*, que se estrenó en el Odeón la noche del 21 de Noviembre de 1883. Con gusto haría una larga nota sobre este drama, uno de los más hermosos que se han escrito en todo tiempo, si no temiera alargar demasiado estos renglones. Básteme decir que en él, como en casi todas las obras dramáticas de su autor, se distingue una preferencia marcadísima por los estudios y reproducciones de carácter histórico.

En prosa tiene Coppée una interesante novela con el título de *Un idylle pendant le siège* y una colección de cuentos encantadores, que en mayor parte vieron luz en las columnas de *Le Figaro*. Después se publicaron en tomo.

También ha escrito durante algunos años el folletín de crítica del periódico *La Patrie*.

La forma es siempre superior al fondo, si es posible, en cuanto sale de la pluma de Coppée. Es en verdad sorprendente, según la exacta expresión de Jules Lemaitre, uno de los críticos que mejor han comprendido y alabado á nuestro poeta. Posee un dominio absoluto de la lengua, según atestigua la

opinión de las mejores autoridades franceses en juicios literarios y la Academia, que en tres distintas ocasiones ha premiado sus obras, y que por último le ha llamado á su seno, como dicho queda. Sus versos, hermosísimos siempre, son rotundos, irreprochables, cincelados, en fin, como hoy se dice en España de los del gran Núñez de Arce. Es muy buen lector.

Su editor de ahora y de siempre es Alphonse Lemerre.

Debo abreviar mucho en lo que me resta por decir, si ha de cumplirse la palabra que en un principio empené.

Algunas gentes, Zola entre ellas, han pretendido clasificar á Coppée como poeta naturalista, con sujeción á todos los cánones y dogmas de la flamante escuela del apostol de Medán. No voy á detenerme ahora contestando semejante pretensión. Consignaré tan sólo que el poeta de *Les Humbles* la ha rechazado terminantemente.

¿Figura Coppée en la política? ¿Lo ha pretendido? ¿Lo pretenderá? Él ha asegurado á este propósito lo siguiente: «La política es una ciencia poco exacta; pero una ciencia, en fin, para la que, aun más que para las otras, no me siento con ninguna aptitud. Tengo la modestia, más rara de lo que parece en los tiempos que corren, de considerarme comple-

29853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE TAMPICO

"ALFONSO REYES"

Tampico, 1625 MONTERREY, MEXICO



tamente incapaz de legislar ó de mezclarme en asuntos de gobierno; soy poeta y nada más; trato de hacer versos lo mejor posible, y todavía me parece que es la mejor manera que tengo de ser un ciudadano bueno y útil.»

Coppée idolatra á París con dos amores: con el de parisién y con el de poeta.

Él lo ha proclamado en *Ollivier*.

¡Car revoir son pays, c'est revoir sa jeunesse!

Conozco muy pocas traducciones de las poesías de Coppée en castellano: dos ó tres, primorosamente escritas por D. Cayetano de Alvear. Me dicen que el actor Catalina, muerto hace poco, dejó varias entre sus papeles, pero no he tenido ocasión de verlas. Imitaciones de sus obras he leído algunas: un hermoso poema de nuestro gran novelista Don Juan Valera, publicado en *La Ilustración Española y Americana*; otros del Sr. D. Ramiro Blanco, si no me es infiel la memoria, que vieron luz en las columnas del *Madrid Cómico*, y un monólogo: *El dedal de plata*, escrito por D. Manuel Reina en brillantes versos, que se estrenó con mucho aplauso en el teatro *Español* de Madrid, hace dos años. No conozco más.

En la *rue Oudinot*, en uno de los barrios más pacíficos de París, hay un precioso *hôtel* rodeado por

un jardín pequeño. En sus enarenadas veredas pasease á menudo un hombre de regular estatura, rostro meditabundo, frente despejadísima, ojos vivos y sin pelo de barba. Es Coppée. De la casa y de las flores cuidan la vigilancia y el cariño de una mujer ejemplar. Es la hermana del poeta, Annete de nombre, la mayor, que no le ha abandonado ni un instante.

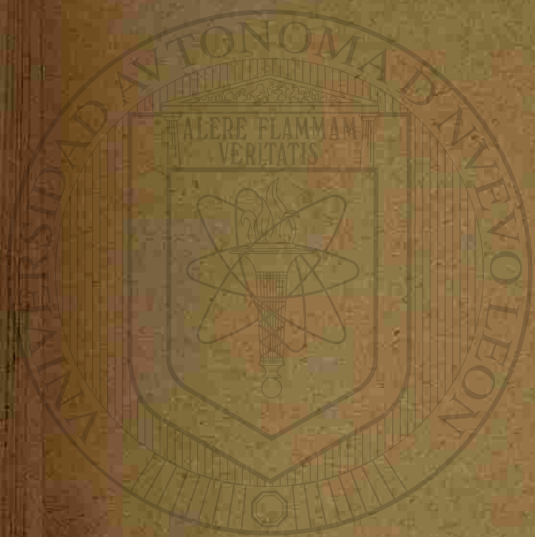
Allí viven los dos tan solo. Allí vive el cantor de *Le Passant*, ni envidioso, ni envidiado.... casi.

«Lo que me gusta más en él, dice uno de sus más entusiastas amigos, es que el ruido que hace lo hace con sus obras. Oculta con gusto su vida. Cultiva su jardincillo, como quería Cándido, y deja pasar á las gentes amigas del estrépito, á las que van arrastradas por el paroxismo y por la exasperación con su sonrisa de otros tiempos, que conserva constante, pero que con la edad se vuelve un poco astuta, *et voilà tout*.»

*Et voilà tout!*

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW.

Octubre 1886.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## AL LECTOR.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO IRLA"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



A profunda admiración que, desde hace tiempo, me inspiran las obras de F. Coppée, me indujo á traducir algunas de ellas. No son mis traducciones literales, y me apresuro á declararlo, de tal modo que, á veces, más se asemejan á paráfrasis que á otra cosa, muy singularmente, y cito por vía de ejemplo, *La bendición*. ¡Es tan difícil para quien no dispone de otras cualidades que las que yo poseo, ajustar con palabras distintas ritmos iguales ó, por el contrario, sustraerse á la belleza de alguna encantadora imagen ó de algún giro de rica dición de los que tan á menudo ofrece nuestra maravillosa lengua castellana! Ahora bien; ¿reflejan mis versos fielmente cuanto en los originales se propuso decir el autor? ¿Guardan con lealtad sus ideas, una

á una? ¿No perdieron, al pasar por mi pluma, los sonoros alejandrinos del cantor de *Angelus* el sentimiento de sincera y profunda poesía con que tan hondamente nos impresionan? *That is the question!*.... y no seré yo ciertamente quien la resuelva, que mi trabajo—yo lo reconozco—sufre defectos, y no leves, á los que mi voluntad no pudo vencer y los que recomiendo á la sana intencion de cuantos, benévolaente, lean estos renglones.

La suposición, errada quizás, de que no fuese recibida con unánime censura la obra que hoy concluyo, me resuelve á entregarla de una vez á la publicidad, á la que ya dí algunas de las traducciones que este libro contiene, con tan favorable éxito, que necesariamente lo he de atribuir, por convicción y por deber, á los méritos de los originales.

¡Ojalá que ahora, vagando por esos caminos del mundo, no les abandone la buena suerte, ni den con las encrucijadas!

C. F. S.

Madrid, Octubre 1886.

ANGELUS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1.

ENTRE las peñas que á la playa miran,  
al pie del resistente acantilado,  
asómase el risueño pueblecillo.  
Escalonadas en la gran pendiente  
de las oscuras, desiguales rocas,  
en caprichosa confusión las casas  
hacia la mar parecen inclinarse,  
y los palos y jarcias, en que ondulan  
mil gallardetes, vistos desde lejos,  
al campanario y á su cruz rodëan.  
Es en Mayo. La mar en esos días  
de un azul más brillante se colora,  
himnos alegres y armoniosos canta,  
y más reluce al sol la que desliza  
espuma leve en la dorada arena.  
Mézclase al aura del vecino bosque  
el acre olor de las azules ondas,  
é inundan el jardín del presbiterio

rayos y flores á la par. Cazando  
 las primeras volubles mariposas,  
 un rubio niño sobre el césped salta.  
 Ya se aproxima al viejo sacerdote,  
 que por lo bajo su oración murmura;  
 ya al otro anciano, que de negro viste  
 y que las flores delicadas riega.  
 Dulce trabajo y oración olvidan  
 para verle mejor. Él salta y corre  
 entre la viva luz; ellos sonríen.

Uno es el cura del lugar; el otro  
 es el sepulturero. Veintè años  
 hace que el cura, respetado siempre,  
 allí su vida miserable sufre.  
 ¡Santo varón! Con el ejemplo muestra  
 la palpable virtud de lo que ensalza.  
 Cuando se le celebra no se asombra,  
 mas tampoco su celo disminuye.  
 Como que siente largas soledades,  
 como le gusta conversar un poco  
 al resplandor del fuego que chispèa  
 en el profundo hogar, como no entiende  
 de los azares de la mar vecina,  
 como que el triste y pobre camposanto  
 muy cerca está, su inseparable amigo  
 es aquel otro anciano, que las flores  
 del jardincillo de la iglesia cuida.  
 Gran compañía para el ocio es siempre

la amistad de algún noble veterano.  
 Aquel, amigo del piadoso cura,  
 hace ya muchos años que reposa  
 por la guerra vencido y por el tiempo.  
 Cava sepulcros, y en los grandes días,  
 en el húmedo coro de la iglesia,  
 con destemplada voz, himnos entona.  
 ¡Feliz, irremplazable compañero!  
 Tal vez narrando lances y batallas  
 de su distante juventud fatiga,  
 mas ¿quién no le disculpa sus chocheces?  
 ¡Es tan constante, y es tan fiel, tan bueno!  
 ¿Y el niño? ¿El niño que en el césped salta?  
 Es *Angelus*. El niño abandonado.  
 Ellos le recogieron, y le adoran  
 ¡con qué profundo y ejemplar cariño!  
 Sus blondos rizos que acaricia el viento  
 son como resplandor tibio y dorado  
 que en sus tranquilas almas se refleja.  
 Allí sus melodiosas carcajadas  
 encuentran dulces, repetidos ecos.  
 El claro sol de su niñez parece  
 que á aquel invierno de los años dora  
 con luz de nueva y fecundante vida.

Hace poco, las noches, ¡oh, qué largas,  
 qué largas eran! ¡y los dos qué solos  
 pasar las horas y pasar veían!  
 Mientras el viento sollozaba afuera,

y rasgábase el mar en los peñascos  
de la cercana costa, densa nube  
entre los dos, cansándolos, pasaba.  
Con las últimas chispas de los troncos  
en el hogar ahumado conclüfa  
toda conversación. Cerraba el cura  
su libro; persignábase, ahuyentando  
de sí la sombra del menor desêo  
de leve tentación, la más furtiva  
mensajera de mal, y el veterano  
su gran pipa vaciaba, lentamente.

Después, después, ¡qué soledad! ¡qué angustia!  
Pensaron tantas veces que los mismos  
que allí, tan cerca de los dos, envueltos  
en el sudario fúnebre yacían,  
y que les reclamaron la plegaria  
y el hoyo miserable de la fosa,  
vëían, por lo menos, á menudo  
llegar alrededor de aquellas tumbas,  
siempre llorando, niños y mujeres;  
que jamás se olvidaban las promesas  
de amiga flor ó de piadoso rezo,  
y que cuando la muerte silenciosa  
hasta los dos llegara, no tendría  
ninguno de los dos quien arrancase  
la ortiga punzadora que creciera  
por entre los guijarros de sus tumbas,  
á los soplos del viento, enfurecido

al rugir contra el fuerte acantilado  
donde las olas de la mar se estrellan!

Cierta noche con tono vacilante  
dijo el sepulturero: «Señor cura,  
ya que vuestro saber á todo alcanza,  
respondedme, señor, ¿en qué consiste  
que no podemos ya ni sonrëirnos?  
Sin recurrir á grandes indulgencias,  
puede alabarse nuestra honrada vida.  
Yo no sé nada, pero yo pregunto;  
¿por qué nuestros cansados corazones,  
cada día más puros y læales,  
se van sintiendo cada vez más tristes?»

— «Es verdad, es verdad», el cura dijo;  
y después añadió timidamente:  
«Á pesar de los gritos de la carne  
ambos á Dios y al César hemos dado  
lo que la ley del Evangelio manda.  
Son nuestros corazones inocentes  
como cuando corrió sobre nosotros  
el agua redentora del bautismo.  
Ni bajas tentaciones los humillan,  
ni recuerdo fatal los amenaza.  
Guarda el vuestro valor; piedad el mío.  
Rogando sin cesar por los que viven,  
velando sin cesar por los que mueren,  
ya sin remordimientos ni ambiciones

al fin de la jornada caminamos,  
 y, sin embargo, nuestra vida es triste.»  
 —«Triste, de tal manera—dijo el otro—  
 que os he visto, señor, no pocas veces  
 dirigiendo miradas envidiosas  
 á los mendigos del lugar.» Entonces  
 el otro anciano contestó:—«Dichosos  
 más que ningunos, sin pasar la angustia  
 del labrador, esclavo de su tierra,  
 los pescadores son. Tienen su playa,  
 en cuya arena se recuesta el bote  
 y en la que cuelgan de los viejos palos,  
 que el agua pudre, las tupidas redes;  
 y si del fondo negro de su barca  
 en brillante montón la pesca asoma,  
 rojos salmones y exquisitos congrios  
 y cien pescados más, canta y olvida  
 el riesgo que pasó; vuelve anhelante  
 (sin pensar en la lucha de mañana,  
 siempre contra los vientos y las olas)  
 al dulce hogar, y en las mejillas deja  
 y en las rosadas frentes desiguales  
 de sus hijos, el beso tembloroso.....  
 ¡la mayor recompensa de su triunfo!»  
 —«¡ Un hijo! ¿Si será lo que nos falta?»  
 —«¡ Ay! jamás lo tendremos», dijo el cura;  
 y añadió, removiendo lentamente  
 sobre el hogar la amortecida lumbre:  
 «Todo camino de la vida sirve

para llegar á Dios. Es agradable  
 ser obediente, ser humilde, casto;  
 mas nuestro corazón ¿es tan pequeño  
 que Dios y que la patria ya no dejen  
 lugar apenas para más cariño?  
 No, no, no puede ser. Dios, sin embargo,  
 es el amor; nos hizo amar, y luego,  
 ¿gloria más pura que el amor existe?  
 ¿triumfo mayor que el de engendrar al hombre?  
 Es hermoso luchar bajo la sombra  
 de la noble bandera de la patria  
 y consagrar á Dios toda la vida  
 al pie de sus altares, ¿quién lo duda?  
 pero es también hermoso, muy hermoso  
 vivir con hijos, si en sus nobles pechos  
 la fe domina, la virtud alienta.  
 Es el mayor quizá de los deberes,  
 pero también la recompensa es grande.  
 ¿Es un hijo, tal vez, lo que nos falta?»  
 —«Me parece que es cierto», dijo el otro.  
 «En los distantes y felices días  
 de mis duras campañas, cuántas veces  
 (malheridos mis pies con los guijarros  
 que llenan los senderos en los montes,  
 al descansar bajo el humilde techo  
 de las chozas de pobres campesinos,  
 siempre de mal humor al recibirme,  
 que apenas se tomaban el trabajo  
 por mi persona de mover un poco

el heno duro con la fuerte horquilla),  
 cuántas reí, mirando los alegres  
 y bulliciosos juegos de los niños.  
 Y yo seguía, y sin decirles nada,  
 sin abrazarles, ni una vez siquiera,  
 en las tablas crujientes del granero  
 iba á dormir sobre mi duro saco.  
 Entonces me sentía más rendido  
 por las luchas del mundo, y al marcharme  
 siempre llevaba el corazón más sombras.»

Y los dos suspirando largamente,  
 junto al abrigo del hogar siguieron  
 de tal manera meditando absortos,  
 que ni escucharon los terribles ayes  
 del intranquilo mar, que se estrellaba  
 en los negros peñascos de la costa.

## II.

Si es triste siempre el són de la campana  
 lo es más en el invierno, cuando vibra  
 desde la torre de la santa iglesia  
 el *Angelus*, y el viento de la noche  
 dilatándole va, por los sollozos  
 de las olas del mar acompasado.  
 ¡Qué tristes ecos al vibrar despierta  
 en todo corazón! La que en la playa,  
 pobre mujer, sobre las olas grises  
 y entre el vapor confuso de la niebla,  
 miró partir sobre la barca débil  
 á su fiel compañero, se pregunta  
 si desde el seno de la mar el hombre  
 escucharía el són de la campana  
 y si á pesar del repetido embate  
 de la furiosa mar se acordaría  
 de persignarse y de pensar en ella!

Espiraba en los aires la sonora  
 última vibración de la campana,



y, después de acabar sus oraciones, en el umbral del templo se decían los dos viejos «adiós», cuando en la piedra, sobre su fondo gris, vieron moverse alguna cosa blanca; se acercaron, y entonces ya su asombro fué más grande. Hacia el objeto misterioso el cura inclinándose, vió, casi desnudo, un pobre niño; la terrible madre, valiéndose del sueño de la infancia, allí le abandonó, como viajero del fatigoso caminar cansado al suelo arroja la insufrible carga.

—«¡Ay!—dijo el cura, que del suelo duro al pobre niño alzó—¡cuando pretende nuestra razón abandonar la senda que nos conduce á Dios, se vuelve loca! Señor, Tú viste nuestra sorda angustia y oíste por nosotros lamentada tu influéncia, fatal sobre nosotros. ¡Con qué dulce venganza nos obligas! Hace poco sentimos fermentando en nuestro corazón torpe desêo que habló por nuestras bocas, y dijiste: *¡Esos dos pobres viejos se doblegan al golpe de la edad; largas sus vidas y trabajosas fueron, y se sienten muy fatigados ya; plácida sombra*

*y fuente de consuelo necesitan. Son buenos; es preciso perdonarlos!* ¡Oh, gracias, gracias mil; ni en ese escollo quieres dejar que nuestra fe sucumba! Que este niño, Señor, que á nuestra casa entre las sombras del milagro llega para endulzar nuestras angustias, lleve el nombre misterioso de la hora en que le vimos; *Angelus* se llame.

*Angelus* se llamó.

Con mucho miedo el veterano de que el aire frío incomodase á la infeliz criatura y que se despertase, dulcemente contra su pecho la abrigó, y, aprisa, al través de una tierra cultivada cruzó, y al presbiterio, por el cura acompañado siempre muy de cerca, tembloroso llegó. Luego, delante del ancho hogar se arrodilló, y el niño, mientras el fuego del hogar aviva, deja en los brazos del alegre cura, que, sin que oculte su emoción, parece de San Vicente de Pául la imagen.

Otro niño también, en otro tiempo, el Niño aquel á quien los Reyes Magos,

siguiendo el rumbo de brillante estrella  
y al ténue són de cántico divino  
que por el gran desierto les guñara,  
mirra brindaron, y el incienso y oró;  
Jesús, el Niño Dios, á quien venera  
con reverente gratitud el mundo  
que dejó y olvidó tantos altares,  
menos hermoso pareció que el niño  
en el húmedo umbral abandonado,  
después que sobre el lecho, blanco y puro  
como una cuna, reclinó su frente,  
sin despertar de su tranquilo sueño,  
mientras sobre su rostro se extendía  
la sombra del espeso cortinaje  
por entre cuyos pliegues, escondidos,  
los viejos, con amor le contemplaban.

«¿Verdad—dijo de pronto el veterano—  
que es un bonito obsequio? ¡Y oportuno!  
Queríamos un niño; ¡si parece  
cosa de fantasía! ¡Lo tenemos!  
¡Y crecerá! Y habremos de educarle;  
hacerle fuerte como el roble, bravo  
contra todo peligro, buen creyente  
y honrado, ¿quién lo duda? ¡por supuesto!  
Y es necesario comenzar, y ahora.  
Vos tenéis mucha ciencia. De seguro  
el niño será un sabio; mil pequeñas  
atenciones habrá, que soliciten

la vigilancia del amor, y entonces  
educaré mi endurecida mano,  
y sabré manejar hilo y agujas.  
Lejos del dulce hogar, lejos, muy lejos  
de las cunas, señor, hemos vivido;  
siempre muy lejos. La admirable ciencia  
que allí se aprende la ignoramos toda.  
¿Cómo vestir el delicado cuerpo  
del niño débil, entonar canciones  
para hacerle dormir, cuidar su vida  
siempre en peligro? Contestadme, ¿cómo?  
¿Una mujer que su cuidado tome?  
¿Y podremos pagarla? ¿Cuántos días  
comeis dos veces? Y añadid, los pobres  
á vuestra protección acostumbrados,  
¿qué no dirán si sus limosnas pierden?  
Y cuidado y amor se me figura  
que nadie le tendrá como nosotros.»

—«Nosotros, sin que nadie nos ayude,  
le cuidaremos. Si con él se logran  
nuestras más codiciadas ambiciones  
y nuestras esperanzas—dijo el cura;—  
si el Señor, compasivo, nos lo envía,  
por gratitud y por deber nosotros  
debemos vigilar de su existencia.  
Verle con el mayor de los cariños,  
tal como su desgracia lo merece,  
no será ni pecado ni torpeza.

Somos los dos, á la verdad, muy pobres;  
 mas, indudablemente, nuestro niño  
 no morirá por hambre, ni por falta  
 de calor y cuidados que lo abriguen.  
 La ropa blanca sobrar . ¡Si tengo  
 de tan llenas mis cómodas saltando!  
 ¡Llueven las bendiciones en mi casa!  
 Y recordad también al cocinero  
 que cuando viene Monseñor nos hace  
 tanto rico manjar, que Su Excelencia  
 dice: «Seguramente, que los días  
 que paso por aquí no son de ayuno.»

—«Pero, señor, ¿los vinos y los pollos  
 son para el chiquitín? ¡Ni que   sus meses  
 comiera lo que come el Arzobispo!  
 Antes se me figura.... ¡Vamos!»

—«Antes  
 le podemos buscar alguna cabra.  
 Y suspended la risa, que os prohibo  
 ciertas indiscreciones con el clero.»

«Si es que las reprimendas se concluyen,  
 arreglaremos los asuntos pronto.  
 Primeramente, cuando el niño os vía  
 la barba gris y los vestidos negros,  
 nos mirar  con displicente asombro,  
 hasta que le convenza la sonrisa

que pondr  nuestro amor en nuestros labios.  
 Después.... Los sacerdotes son, lo mismo  
 que las mujeres, delicados, tiernos  
 y dulces en sus pródigas caricias.  
 ¡Qué dulcemente vuestras manos blancas  
 abrigar n y cuidarán su cuerpo!  
 Yo le querr  con la tenaz id a  
 con que mis flores delicadas cuido,  
 y al fin ¿qu n duda? ¡lo sabremos todo!

Entretanto, lo mismo que dormia  
 sobre las duras piedras de la calle,  
 sobre las ropas de su blando lecho,  
 aun más encantador en la inocencia  
 de su gracia infantil, el niño duerme.  
 Y los viejos besaban y besaban  
 sus manecitas, y turbados luego  
 las dejaban volver   su abandono.  
 Como se dobla pensativa frente  
 sobre el abierto libro, los ancianos  
 inclinaron las suyas, conteniendo  
 las ansias de su voz, sobre el semblante  
 del niño que durmiendo sonr a.  
 Después el cura se quedó mirando  
 con la penetración de quien intenta  
 persuadir,   su bravo compañero,  
 y al niño se acercó muy poco   poco  
 y le bes  con timidez la frente.  
 Angelus bosquejó con su bracito


sobre los aires, el gracioso gesto  
del vago despertar que se aproxima,  
mientras que, reprochando sus audacias,  
el cura vió con el placer más grande  
que el niño abría sus rasgados ojos;  
tal como por las noches el marino,  
ya preocupado por el rumbo, goza  
al ir apareciendo las estrellas.

Y el niño dulcemente les miraba.

Y el cura entonces, conteniendo apenas  
sus inquietudes, lo cogió en sus brazos,  
y temblaba, temblaba como nunca....  
y más inquieto, con mayor zozobra  
que el mismo día en que por vez primera  
después de consumir bendijo al pueblo,  
buscó los resplandores de las llamas  
que en el hogar saltando relucían.

Mientras que, lamentando su torpeza,  
separaba las ropas, los andrajos  
que envolvían al niño, con asombro  
de no poderle descubrir las alas,  
el otro viejo con amor profundo  
sin atreverse á hablar le sonreía.  
¡Oh vagos y dulcísimos instantes!  
Apenas resonaban los murmullos  
de los errantes vientos que lloraban  
perdidos en las sombras de la noche,

sobre las olas de la mar inmensa.  
El silencioso ambiente protegía  
la silenciosa intimidad. Brillando  
en el profundo hogar, las ramas secas  
al crujir divididas por el fuego  
abrigo, luz y animación prestaban.  
Del fondo oscuro de las grandes ollas  
salían, tras alegres burbujéos,  
hilos de luz de ráfagas azules,  
en caprichosa ondulación, y en tanto  
el chiquitín desnudo, satisfecho  
al sentir las caricias de las llamas,  
entre los brazos débiles del cura,  
apretaba sus puños, sacudía  
sus blancos piecitos en el aire,  
y, sosegadamente, murmuraba  
su trémulo vagido monotonó.



III.

¡Qué rejuvenecido, cuán alegre  
 el presbiterio se presentá ahora!  
 Aunque siempre en las áridas orillas  
 del agitado mar no luce tanto  
 sus galas y su amor la primavera,  
 ni sus vistosos múltiples primores  
 como en los senos fértiles del campo,  
 en los senderos del jardín anima  
 las yerbas, asustadas por el frío,  
 calienta el viejo umbral, alumbra y dora  
 las cepas retorcidas, y en las gradas  
 de la escalera gótica se pierde.  
 Todo el jardín parece que revive,  
 y allá por las ventanas entreabiertas  
 se escucha el eco de constantes risas.  
 Hasta el ladrillo, de color de rosa,  
 la vista halaga cual si adorno fuera,  
 y ya las mieses brillan como el oro.

¡ Ah!; si los viejos, si los tristes muros  
 se ven transfigurados tan aprisa,  
 y las rosas pudieron libertarse  
 de aguda ortiga y espinoso cardo  
 tan aprisa también; si la esperanza  
 siempre risueña y el perdón amable  
 entre las nuevas flores escogieron  
 tan oscuro rincón para sus fiestas;  
 si allí más exquisitos se perciben  
 los aromas primeros de las lilas;  
 si tal milagro sucedió, sin duda  
 en él tuviste, sin cesar, tu parte  
 y tú le diste conclusión, Infancia!  
 Entre tu gracia y la de Abril se mueve  
 irresistible y dulce simpatía;  
 un encadenamiento misterioso  
 á los dos á la par os embellece  
 con iguales encantos y sorpresas.  
 Los sonidos alegres de tus risas  
 gustan como los cantos de sus auras,  
 y tus cabellos rubios se parecen  
 á los vivos y rápidos reflejos  
 del sol primaveral, y también joven!

Y después dulces meses, casi un año  
 corrió de misteriosa bienandanza,  
 y el tiempo fué para los goces corto.  
 Comenzaron los viejos en seguida  
 sus delicadas obras, y la suerte

les fué desde el principio favorable.  
 Retoño que nació de las desgracias  
 y halló la fuente del cariño seca  
 y á quien su madre le negó, lo mismo  
 que las caricias del amor, su seno,  
*Angelus*, educado por las penas,  
 en vez de ser rendido por la muerte  
 se crió más robusto cada día;  
 que si no rinde, salva la miseria.  
 Ya soportaba fuertes alimentos  
 impropios de los niños de sus años,  
 y, cada vez más bueno, sugería  
 nuevas preocupaciones á sus padres.  
 La noche que los dos le recogieron  
 al abrigo seguro de su casa,  
 lo llevaron allí casi desnudo.  
 Era preciso que comprasen telas  
 y que buscasen quien hiciese ropas,  
 y pagarlas después. El pobre cura  
 tenía sus recursos agotados.  
 Son muchos los mendigos de la aldea  
 y en el invierno los gastaron todos.  
 Y el cura con dolor se reprochaba  
 por muchas caridades imprudentes.

Pero el soldado tuvo la fortuna  
 de concebir la salvadora idea.  
 Tomó dos paños de los muchos grandes  
 que guardaban las cómodas del cura,

y con fe valerosa, manejando  
 sus agudas tijeras afiladas,  
 cortó pequeños círculos, y luego  
 cuadradamente dividió los paños.  
 Muchas veces maldijo su ignorancia  
 con la furia del sastre que perdiera  
 reconocidas glorias, destrozando  
 con inhábiles cortes manto regio.  
 El cura sorprendido le escuchaba  
 soplar con emoción á cada instante  
 que pasaba la aguja por la tela,  
 y le miraba separar sus obras.  
 Muy á menudo se limpió las gafas,  
 no fueron muy derechas las costuras,  
 pero después de tan audaz trabajo  
*Angelus* pudo conseguir su equipo.

¡Qué dulces fueron ya sus existencias  
 para los dos ancianos! Poco diestros,  
 pero valientemente sostenidos  
 por el noble fervor de la constancia,  
 adivinaron, cada vez más pronto,  
 esas mil pequeñeces que las madres  
 al concebir sus hijos adivinan,  
 tal vez por misteriosas intuiciones.  
 Lo adivinaron, pero no sin dudas,  
 no sin esfuerzos, no sin inquietudes.  
 Cuando el niño, tendiéndoles sus brazos  
 lloraba sin cesar, muy á menudo

ni lo que hacer ni qué decir sabían.  
 Más tarde, como siempre quien trabaja  
 descubre de seguro, descubrieron.

¡Qué sorpresas, qué múltiples hallazgos  
 y qué satisfacciones! ¡Los placeres  
 nacen de tantas nimias futilidades!  
 Andaban tantéando; ya temían  
 los males de los niños, preguntaban  
 á todas las comadres de la aldea  
 para cuando sufriese con la boca.....  
 ¡Oh sublime candor! Y cuando el niño  
 se dormía desnudo, y enseñando  
 sus redondos muslitos y la sangre  
 que viniendo purísima llegaba  
 á matizar su piel color de rosa,  
 los viejos con los ojos encendidos:  
 «¡En verdad, se decían, que es hermoso!»

¡Y cuán grandes no fueron los extremos  
 de sus caricias la dichosa tarde  
 que pudo andar, sujeto por las manos!  
 Encorvados los dos y lentamente  
 seguían los esfuerzos temblorosos  
 del precoz chiquitín, hijo y alumno  
 á la vez de su amor. Todos los días  
 y con las ansias del mayor cuidado  
 los tres se pasaban por las sendas  
 en el jardín y por la playa á veces,

vigilando con gusto sus progresos,  
 llegando cada vez á más distancia,  
 y más aprisa cada vez andando.

¡Qué regocijo tan profundo siempre,  
 cómo el despierto chiquitín gritaba  
 al querer perseguir algún cangrejo  
 ó sacar de la arena removida  
 el pulido guijarro que las olas  
 dejaron descansar de sus vaivenes!  
 ¡Cuánta sorpresa y emoción el día  
 en que por fin el pequeñuelo pudo  
 andar sin sujetarle de las manos!  
 Desde entonces en todos sus paseos  
 él, con veloz andar, abre la marcha,  
 y los dos viejos cuando el niño corre  
 muy aprisa, temblando se apresuran  
 y apenas si consiguen alcanzarle.

Después de los esfuerzos misteriosos  
 del primer paso tímido, llegaron  
 las primeras brevísimas palabras.  
 ¡Contábanse los días por sorpresas  
 que parecían cada vez mejores!

Y, como que la dicha nos aturde  
 con sus volubles vértigos, apenas  
 si el niño moduló sus balbuceos  
 (ansias de las ideas que principian  
 á recibir confusas impresiones

y que van bosquejando las palabras),  
 y el cura ya feliz, y seducido  
 por el afán y el noble pensamiento  
 de hacerle sabio, sin perder instante  
 sacó de los cajones y las tablas  
 de sus viejos armarios los enormes  
 y amarillentos libros de su ciencia,  
 todos en griego y en latín escritos,  
 y todos con sus grandes caracteres  
 casi desvanecidos bajo el polvo  
 que con espesas capas los cubría.  
 Leyéndolos de nuevo, su memoria  
 tantas veces dudó, que temeroso  
 de no poder cumplir dando lecciones,  
 puesto que le asaltaban los olvidos  
 y la equivocación y hasta las dudas,  
 se dió la disciplina cotidiana  
 de repetir los textos de sus libros,  
 fueran ya en griego ó en latín, en alto.  
 Siempre que sin querer se detenía,  
 «Amén» el veterano contestaba.  
 ¡Oh, qué felices eran! Por las noches  
 sentábanse muy cerca de la cuna,  
 y sin hablar y contemplando al niño  
 ¡qué breves deslizábanse los horas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
 [V.]

Siete veces tornó la primavera;  
 el ardoroso estío, derramando  
 sobre las mieses, en sus rubias ondas,  
 sus dorados reflejos fecundantes,  
 siete veces rindió su gran cosecha,  
 y el otoño volvió con sus vendimias,  
 y con sus nieves el invierno duro.  
 Junto á las dos ancianos que le adoran,  
 siempre reconcentrado y temeroso  
 el niño fué creciendo, fué creciendo,  
 mas sin mostrar el aire libre, vivo,  
 ni el gusto por la charla interminable,  
 ni la afición por los ruidosos juegos  
 que en los muchachos de su edad se encuentran.  
 La gracia, patrimonio indiscutible  
 de todo niño siempre, parecía  
 dormir en él velada y temerosa,  
 y algún dolor profundo se ocultaba  
 tras el azul sereno de sus ojos.  
 Cual flor que crece en abrigada estufa,



era pálido y dulce; su sonrisa  
¡cuán difícil y rara! ¿Qué tormento  
era el suyo? ¿qué pena? ¡Quién lo sabe!  
¿Padecía? ¡Tal vez! Si padecía,  
era sutil su mal, sutil y lento.

Como que el pobre nunca se quejaba  
ni el temor despertóse ni la angustia  
en los sencillos viejos, que, al contrario,  
cada vez le encontraban justamente  
aun más encantador porque tenía  
aquella melancólica dulzura.

Sin embargo, si bastan, como dicen,  
los reflejos del sol y los amores  
para que en los tranquilos claros aires  
vierta la flor su delicado aroma,  
para que el niño vigoroso crezca,  
*Angelus*, doblemente rodado  
por el cariño paternal, debía  
como las sanas flores, desplegarse  
desarrollando su salud robusta.

Si el beso largamente repetido  
hace que en las mejillas se refleje  
como el matiz de la encendida rosa;  
si las abnegaciones, las bondades,  
la trémula ternura siempre alerta,  
la vieja frente que las canas ciñen  
siempre inclinada vigilando el sueño,

para guardar y defender bastasen  
esa débil y tímida esperanza  
que se llama niñez, *Angelus*, vivo  
como el pájaro alegre, cuando pudo  
abandonar las ropas de su cuna,  
debió salir, correr, enamorarse  
de alguna flor azul, de algún insecto  
que al sol ardiente brille como el oro;  
amar debió, sentir, ceder al ansia  
de los deseos ávidos y, libre,  
con el rubio cabello enmarañado  
por los continuos golpes de las ramas,  
morder la fruta verde á dos carrillos,  
reír, y que al instante se rieran  
con él todos los ecos de los valles,  
y al potro inquieto y á la vaca dócil  
acariciar con su menuda mano.

*Angelus* no. Los bulliciosos juegos  
de los niños jamás le distraían.  
Al contrario, ¡quién sabe cuántas veces  
levantando sus ojos (que buscaban  
indagadores, tristes, asombrados,  
un no sé qué perdido en el ambiente),  
cuando volvía la estación hermosa,  
miró pasar, en grupos, á los niños  
de la gente del mar, que perseguían  
por los senderos del vecino bosque  
ya el dulce fruto que el follaje espeso

en las ramas altísimas oculta,  
ya el vuelo de la errante mariposa!

Y mirando venir, pasar alegres  
tantas felicidades en andrajos,  
*Angelus* con amor les sonreía,  
y después, lentamente, lentamente  
volvía, soñador, callado, solo  
al tranquilo jardín y al presbiterio,  
que dormir parecían sumergidos  
en soledades y silencio y calma.  
Al mirarle volver, el veterano  
entretenido con regar sus flores  
escuchaba los cantos de los niños,  
y en aire belicoso le gruñía:  
«Corre, si quieres, á jugar con ellos.»  
*Angelus*, sordo á su decir confuso  
y á las continuas y ruidosas voces  
del bullicioso bando, suspiraba,  
suspiraba muy quedo, sacudía  
su cabecita, negligentemente,  
y á la pregunta natural del viejo  
respondía: «¿Qué quieres? Pues, me gusta  
mucho más que jugar venir contigo.»

Leía muchas horas, muchas horas,  
y no es padre el saber de la sonrisa.  
En un principio tan febril deseo  
hizo dichoso al deslumbrado cura.

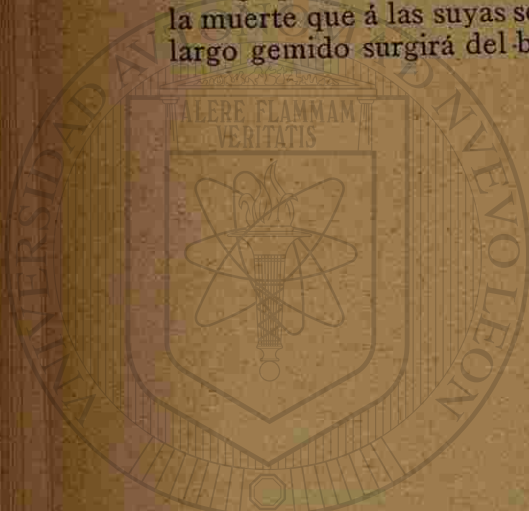
Quien sembró se entusiasmo fácilmente  
al ver como prosperan sus semillas.  
Aquel joven espíritu, muy joven  
y lleno ya de cosas impensadas,  
sus rápidas sorpresas, sus continuas  
y admirables preguntas, inspiraron  
grande ambición al viejo sacerdote.  
Sus gustos le admiraban. Siempre hicieron  
libros con él muy buenas amistades.  
Al aprender el alfabeto, apenas  
tuvo necesidad rápidas horas  
de seguir aquel dedo tembloroso  
que le enseñaba á distinguir las letras.  
Era el abismo seductor, y el cura,  
sin sospechar, sin comprender, caha,  
Y ¡cuántas veces le faltó su ciencia  
sin lograr responder á las preguntas  
de aquel niño curioso que sabía  
más, mucho más que las lecciones dadas!

Y absorbiéndose fué la inteligencia  
del niño débil en las negras líneas  
y en las estampas de los grandes libros.  
Y el viejo cura ni miró siquiera  
qué fatigosamente palpitaba  
bajo su joven sien la inquieta sangre,  
ni cómo su cerebro despedía,  
ansioso de lo extraño y de lo nuevo,  
tímida luz de imágenes precoces.

Y cada vez, sin que impedir lograsen  
 tan soñolienta languidez malsana  
 los mil encantos del vivir tranquilo,  
 (entre las flores cuando el sol las dora  
 y junto al fuego del hogar seguro  
 cuando rugen los aires del invierno)  
 y cada vez más pálido y más triste,  
 el pobre niño, sin gemir, sufría.  
 Y de su lento mal, visible apenas,  
 casi los torpes viejos se alegraban,  
 porque—¿dónde no vela el egoísmo?—  
 si no cual otros bullanguero y sano,  
 él á las diversiones prefería  
 la calma de sus dulces existencias.  
 Sus temerosas dudas olvidaron.  
 Hablarles del amor, de la continua  
 solicitud que la niñez exige  
 hubiera sido calumniosa ofensa.  
 Muy poco natural, muy diferente  
 de los muchachos de su edad sería....  
 ¡y un prodigio también! ¡Y aquel prodigio  
 era la bendición de sus afanes!  
 Obra ¿de quién? pues, ¡sin dudar! ¡suya!  
 ¡Y de lograrla tal se enorgullecen!  
 ¡Ay! no fué su ignorancia la culpable,  
 sino sus corazones. Más **carino**,  
 más amorosa **abnegación** no existen,  
 ni **mayor caridad**. Y no aprendieron  
 lo que tan solamente se adivina.

Sus razones heladas no buscaron  
 lo que más vale que el saber á veces:  
 ¡el instinto! ¡Y es siempre tan celosa  
 nuestra madre común, Naturaleza!  
 Solicita que nadie se desvíe  
 de los preceptos rígidos que impone,  
 y si á los niños delicados hace  
 así consigue la mayor prudencia  
 en el profundo amor que se les tiene.  
 Desëa que sus tímidas miradas  
 no soporten los rayos ardorosos  
 que el sol derrama y á sus ojos llegan  
 sin que los miren reflejados antes  
 en los de la mujer de quien la vida  
 y el amor recibieron, que á sus llantos  
 alivio da, que sus ensueños vela.  
 Y quiere que su boca torpe y ruda  
 al recibir la nutritiva leche  
 el mismo seno generoso muerda.  
 Á cuantos viven bajo el dulce yugo  
 del amor, fatalmente, sin descanso,  
 mil trabajos recíprocos impone;  
 para los niños, á sus propias madres,  
 y para la mujer, á los esposos.  
 Al celibato sin piedad maldice.  
 Ni el respetable altar, ni el noble triunfo  
 en fatigosas lides conseguido  
 alcanzan á vencer su regla dura,  
 y sin cesar, y sin cesar repite:

y al mirar resignados, no temiendo  
ni el golpe ya del hacha que les hiera,  
la muerte que á las suyas se anticipa,  
largo gemido surgirá del bosque!



## V.

Aquella triste noche no salieron  
ni los viejos ni el niño de la casa.  
Hacia mediados era de Septiembre.  
*Angelus* más que nunca padecía,  
y el soldado y el cura, los dos padres,  
ni sospechaban de su fin cercano.  
«Será—dijeron—cosa pasajera.»  
Ni les turbaron lastimeras dudas.  
Les engañaba su cariño ciego.  
El infeliz á sus caricias daba  
más pronto cada vez, y por instantes,  
ternura más febril y más traviesa.

Cerca de la ventana, refrescado  
por las primeras brisas de la tarde,  
el pobre niño reclinó su cuerpo  
en un ancho sillón. Y en el profundo  
tenaz silencio que los tres guardaban,  
envueltos por los rayos de la luna,  
escucharon morir una tras otra

en la menuda arena de la playa  
 las ondas tenues de la mar tranquila.  
 Cansado, con los ojos entreabiertos,  
 de aquel niño infeliz que se moría  
 dijérase tan sólo que soñaba.  
 Un helado sudor sobre su frente  
 ya sujetaba sus cabellos de oro.  
 Como quien pide salvación y ayuda,  
 sus manos con terribles movimientos  
 encantadores á la vez, parece  
 que reclaman las manos de sus padres.  
 ¡Espantoso dolor, no comprendido!

Y, como al lado siempre de las cunas  
 sueñan las madres dichas engañosas,  
 evocando quiméricos placeres  
 para los hijos de su amor, los viejos,  
 al sentir sus amantes corazones  
 rebosando ilusión y confianza,  
 sin sospechar que el niño les oía,  
 así con voz entrecortada hablaron:

«Puesto que el niño duerme—dijo el cura—  
 necesario será, mi buen amigo,  
 que no olvidemos que su buena suerte  
 algo más que plegarias necesita  
 para que alcance término dichoso.  
 Vamos, pues, á escogerle su carrera.  
*Angelus* crece mucho; se transforma

el chiquitín de ayer; su pensamiento,  
 flor purísima, rompe su capullo  
 como buscando luz. Ya se concluye  
 el término tranquilo de su infancia,  
 y á deciros verdad hemos triunfado.  
 Ni los dolores padeció del mundo  
 ni sabe su maldad; sólo conoce  
 las maravillas de la mar y el cielo.  
 Le durmieron los cantos de las olas,  
 y el celestial azul es menos puro  
 que sus vagas idéas inocentes  
 y que sus sensaciones, todavía  
 confusas y turbadas. ¡A los niños  
 la gran Naturaleza los defiende!  
 Tan sólo triunfos la ocasión nos brinda.  
 Aprovechemos la ocasión. Mañana,  
 cuando el tiempo nos venza y nos acabe,  
 solo se quedará. Nuestros deberes  
 duras necesidades nos imponen.  
 Ha de luchar, si vive, con el mundo,  
 y puesto que le aguardan los combates,  
 que sepa al menos separar los golpes;  
 que encuentre, si el dolor le martiriza,  
 armas que le defiendan y le salven.  
 No deséa que siga tras mis pasos;  
 que sea buen católico me basta  
 y que la fe sus días ilumine;  
 que espere y ame con fervor, que sea  
 tal como el lirio puro que florece

bajo la sombra del altar. Me asusta  
que mi sana intención al cielo ofenda,  
pero en verdad os digo que no quiero  
que *saque* vocación. Para que viva  
sufriendo sin cesar, es delicado.

El pastor que vigila sus ovejas  
constantemente, si las ama, sufre.  
Cuando apenas se alumbra el horizonte  
con el incierto resplandor del alba  
el cura se despierta, y en seguida  
oye la voz del anhelante aviso.

Atraviesa caminos y sembrados,  
envolviendo su cáliz en su capa,  
y con la vista fatigada busca  
los pálidos fulgores que le muestran  
la casa de labor, la pobre choza,  
donde, al llegar, algún agonizante,  
mezclando á sus sollozos sus blasfemias,  
«Ved, ved—le dice—mi familia toda  
sin hogar, sin trabajo, sin abrigo.»

Y es preciso que vuelva, y acompañe  
á la oración que salve y purifique  
el alma débil que sostuvo al muerto,  
una limosna que á los vivos salve.

Si la mayor pobreza le devora  
no será la pobreza su disculpa.

Aun el más infeliz entre nosotros  
debe su protección á los que sufren.  
Si algún día tranquilo se pasëa,

mientras va respirando los aromas  
de los floridos árboles, y un hombre  
al salir de beber en la taberna  
le maldice, le insulta y le amenaza,  
sin que por un momento palidezca  
debe sufrir y perdonar la injuria.

Y mucho más. Quien vive consagrado  
á su Dios y á su culto, vive siempre  
rendido por sus mil obligaciones.

¡Es un deber tan grave, tan austero!  
¡Por qué cerca del púlpito, de donde  
surge siempre la voz tan limpia y alta,  
ese confesonario donde todo  
se vela con las sombras del secreto?

Para no sucumbir ¡cuánto precisa  
que el Señor nos ampare y nos ayude!  
No lo tomes, Señor, á tu servicio,  
y que de tal manera desconozca  
los encantos del mal, que ni tan sólo  
para luchar con ellos se le acerquen.  
¡Dios mio! Tú bien sabes que la oveja  
no puede ser pastor.»

—«Llegó mi turno

—el veterano dijo—señor cura.

Soy, como vos, su padre; mi derecho  
es claro; mi ambición como la vuestra.  
Que no lleve los hábitos; bien dicho.  
Hábitos no, pero tampoco sable.

A menudo las plumas tricolores  
halagan á los sueños de los niños.  
¡Les ilusionan, les seducen tanto  
esos esplendorosos uniformes  
que nuestros jefes por las calles lucen,  
cubiertos de galones y bordados!  
¿No se les deja cabalgar de chicos  
sobre nuestros bastones, y no suben  
sobre nuestras rodillas cual si fuesen  
murallas? ¿Quién no sabe de qué modo  
les disgusta que nadie les reprenda?  
Es agradable, pero llega un día  
en que dicen: «Nos vamos.» Ya son hombres,  
Uno se queda sollozando solo.  
Ellos se van muy lejos, á la guerra,  
yo no sé dónde, pero nunca vuelven.  
Allí sucumben, y después los viejos  
los siguen á su vez. ¡No tiene gracia!  
Es preciso guardarnos de sorpresas.  
Observar y temer. *Angelus* tiene  
aire marcial. ¡De veras! Cuando estaba  
con más humor del que demuestra ahora,  
á los más altos árboles subía.  
Mirar á los soldados le seduce.  
Los domingos va siempre á la parada.  
Como se le encapriche, reñiremos.»

—«Bien, muy bien, dijo el cura. Sin que sea  
ni cardenal ni mariscal de Francia,

puede ser algo bueno todavía  
y colmar nuestras grandes ambiciones.  
Tiene tan perspicaz inteligencia  
que á menudo me asombra. Yo confío  
en que será muy sabio ó muy artista,  
y de todas maneras un buen hombre.  
Es preciso criarle, sin embargo,  
fuerte y robusto; que recobre pronto  
su buen color y sus alegres risas;  
que la buena salud es lo primero.  
Que corra en el jardín y entre las flores,  
y que se olvide un poco de mis libros.  
Es demasiado listo. Necesita  
dar más brincos y saltos que lecciones.  
Aplazaré la discusión por tanto.»

Así los dos hablaban complacidos,  
cuando entreabriendo sus rasgados ojos,  
con aire de sorpresa y de malicia  
*Angelus* dijo: «¡Bien! ¿Con que se arregla  
todo mi porvenir? ¡Bien! No dormía,  
no. Todo lo escuché. Se me figura  
que disponer de los demás no es bueno.  
No sintáis, sin embargo, mis palabras.  
Tal vez no será fácil que se opangan  
vuestras aspiraciones á las mías.  
Y las mías son grandes. Hace tiempo  
que pensaba deciros las. Mis libros  
y el amor al magnífico Océano,

cuyo dulce cantar me arrulla el sueño,  
 el grande impulso de mi afán inspiran.  
 Quisiera ser marino. ¡Cuántas obras,  
 que tantas veces admiramos juntos,  
 que todavía con asombro leo,  
 no nos cuentan grandiosas maravillas  
 de lejano país, siempre florido,  
 en donde cantan sorprendentes aves  
 de mágico matiz, donde es el cielo  
 propicio siempre á la fecunda tierra  
 y para cuyas costas son las aguas  
 del apacible mar fácil camino!  
 ¡Ay! ¡estos cielos grises me entristecen!  
 ¡Cuando cierro los ojos, todo toma,  
 entre las ilusiones de mis sueños,  
 el color de la luz del sol ardiente  
 que tan distantes campos ilumina!  
 Y las tranquilas ondas á lo lejos  
 me dicen al llegar sobre la playa:  
 «Ven con nosotras, ven. ¡Huye los climas  
 en donde mueres!» Padres, ¡yo comprendo  
 sus palabras tan bien! ¡Me animan tanto!  
 No detenedme, no; fuerzas me sobran;  
 ni me habléis de naufragios y arrecifes.  
 Yo sé que al naufragar se encuentra siempre  
 alguna buena tabla que nos salve  
 y que muy pronto rasga el horizonte  
 el tenue punto de la blanca vela  
 del barco pescador, que nos devuelve

la fe, la paz y el abrigado puerto.  
 ¿Es que tardo ya mucho? Pues tampoco  
 hay nada que temer. Seguramente  
 me lanzaron las furias de las olas  
 sobre la tierra, en isla solitaria,  
 donde, cual nuevo Robinsón, aguardo  
 el bergantín que pase. Pasa. Llega  
 en el momento necesario. Vuelvo.  
 No es verdad lo que dicen de aquel padre  
 que llora, que sucumbe, sin que logre  
 abrazar otra vez al hijo ingrato  
 que no regresa. No. Tienen los cuentos  
 siempre mejor final. El hijo vuelve  
 al viejo hogar donde los padres lloran,  
 y junto al fuego que deslumbra, cuenta  
 sus dichas y sorpresas y viajes,  
 exagerando, sin querer, un poco.  
 A la manera que el feliz viajero  
 de mis hermosos libros, yo podría  
 describir mis extrañas aventuras.  
 Con los ojos abiertos y asombrados  
 vereis la mar, las tierras diferentes  
 á donde me conduzcan mi destino,  
 la vela y el vapor; los grandes buques  
 cerca de los islotes desplegando  
 al inconstante viento la bandera  
 que á las azules ondas se confía,  
 y en la playa, guardando sus canoas,  
 á las gentes salvajes y desnudas,



que gritan con furor y nos persiguen,  
 lanzando al aire sus agudas flechas.  
 Y en lo mejor de mi feliz historia  
 os miraréis confusos y asombrados,  
 y direis satisfechos: «¡Y es valiente!»  
 Lograr nuestra ambición no es cosa fácil.  
 Para lograr mis sueños necesito  
 estudiar y saber. Poco me importa.  
 ¿Estudiar? ¿Por qué no? Días y días.  
 ¡Y después á la mar! ¡Meses y meses!»

*Angelus* dijo, y al callar, sus labios  
 como á dichas ocultas sonrieron.  
 El continuo zumbiar de la maréa,  
 que azotaba las peñas de la costa  
 mientras subía, resonó más ronco.  
 Tal como grito de febril hambriento  
 que reclama su presa. De repente,  
 densas nubes cruzaron por los aires.  
 El niño se moría, y el murmullo  
 indefinible de la mar ahogaba  
 con ecos sepulcrales el sollozo  
 y el lánguido estertor de su agonía.

Y lentamente reclinó su cuerpo,  
 cerró sus ojos y tendió sus manos  
 flojas y heladas á sus dos amigos.  
 Pálidos ellos, con terror veían  
 las angustias del niño moribundo,  
 la aterradora lóbreguez del cielo.

¡Ay! al oír los gritos de las olas,  
 sintieron sus amantes corazones  
 ese vago temor al que resiste  
 y del que nunca se defiende el alma.  
 ¡Serían ilusiones de muchacho,  
 volubles, fugitivas; pero todo,  
 ¡cuán elocuentemente les hablaba  
 del dolor intranquilo de la ausencia!  
 «¡No verle nunca, nunca más!.. ¡Diosmío!»

Y con sus ojos tímidos cerrados  
*Angelus* prosiguió: «¡Venid más cerca!  
 Ya no consigo ver. El ancho cielo,  
 el ancho mar, ¡qué oscuros me parecen!  
 Sé que sufrís por lo que siento y digo.  
 ¡Olvidadlo por Dios! ¡Ay! ¡yo tenía  
 un sueño singular! Venid, cogedme  
 entre las vuestras y abrigad mis manos.  
 ¡Por piedad! ¡Por favor! ¿Es algún sueño?  
 ¿Es algún sueño? Todos, confundidos  
 unos tras otros en el mar los astros  
 caían y caían, y en el cielo  
 completamente obscuro, como Cristo  
 de plata mate sobre negros paños,  
 uno solo quedó. Todas las noches,  
 cuando me acuesto, solitario brilla  
 detrás de mi ventana. Le conozco.  
 ¿Le conocéis? ¡El mismo! De seguro.  
 Y también palidece, palidece

como si algún abismo le atrajera.  
 Se diría que sufre, que se extingue.  
 ¡Oh! ¡miradlo! ¡se va! ¡cayó! ¡Dios mío!  
 ¡Ay! ¡qué miedo! ¡llegó, llegó la noche!  
 ¡Es la noche! ¡Qué noche tan oscura!»

Y al murmurar sus últimas palabras  
 sobre sí mismo se rindió postrado.  
 Sus labios entreabiertos y las órbitas  
 de sus ojos llenáronse, llenáronse  
 de un espanto sublime y misterioso,  
 mientras que los dos viejos le veían  
 doblar sobre su pecho la cabeza,  
 y á sus heladas manos resbalarse  
 y duros golpes dar contra su cuerpo.  
 Atravesando la profunda noche,  
 se desprendió su espíritu del mundo;  
 tal como sale por balcón abierto  
 á las primeras brisas de la tarde  
 alguna leve mariposa negra.

Después de contemplarse con asombro,  
 mudos los dos, cayeron los ancianos  
 junto al cuerpo del niño de rodillas.  
 ¡Qué larga noche de terribles sombras!  
 ¡Qué trémulos sollozos! ¡Cuántas veces  
 besaron las heladas manecitas  
 del pobre niño, conteniendo mientras  
 la temblorosa voz y entrecortando

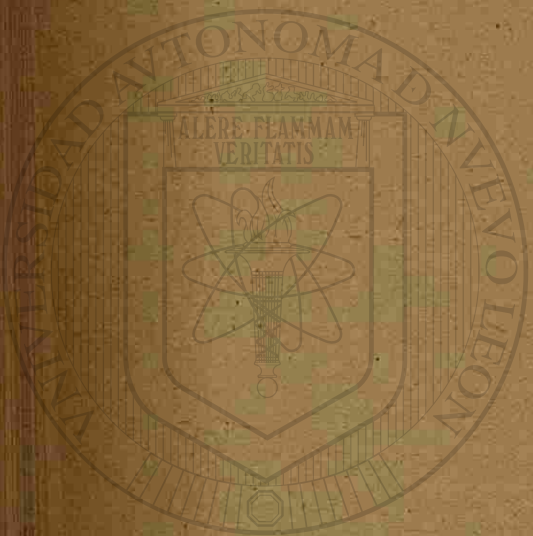
el continuo gemir! Ni se atrevieron  
 á contemplar su lívido semblante,  
 que, cada vez más pálido, tomaba  
 el matiz blanco mate de las piedras.  
 Ellos, ¡ay! sin embargo, le veían  
 sobre el fondo sin luz de su memoria,  
 inmóvil, resignado, sonriendo.

Y en las eternas horas de la noche,  
 desesperados, tétricos, ¿tan sólo  
 por la muerte del niño sollozaban?  
 ¿No se acusaron? ¡Ah! ¿No maldijeron  
 sus estúpidas canas? ¿Padecían  
 por fin remordimientos? ¡Pobre niño!  
 ¡Pobre niño! Las dudas, los asombros  
 y las torpes caricias lo mataron.  
 ¡Oh! ¿Ya sentían ellos sus dolores,  
 su ceguedad, por fin? ¿Ya comprendían  
 que ni las guerras ni los rezos bastan  
 para que el hombre cumpla sus deberes?  
 ¿que los que solamente se dedican  
 á lo que les señala su egöismo  
 ó desgraciados son ó son cobardes?  
 ¿que la ley del deber es ley de amores?  
 ¿que llega un día en que el amor conmueve,  
 y aun otro más feliz: el de ser padres?  
 ¿que el hogar es el templo y es la patria,  
 y que la soledad nos paraliza,  
 y que los ojos de los niños hacen

esperar y creer? ¿Lograron *ellos*,  
 lograron sus famosas experiencias  
 adivinar la silenciosa angustia  
 del hijo suyo? ¡No! ¡si parecía  
 divertir á los dos como juguete!  
 Una madre, la madre que en la choza  
 del pobre marinero cose, lava,  
 zurce su ropa y en sus ruecas hila,  
 hubiese remediado los dolores  
 del niño, mártir del saber, guiada  
 por el impulso noble solamente  
 de sus grandes instintos! ¡*Ellos*, nunca!

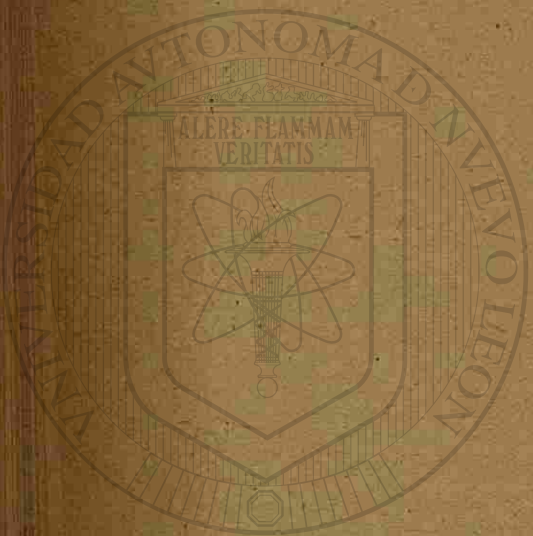
Todavía la luz de la mañana  
 los miró sollozar arrodillados.  
 Después se repitieron los detalles  
 de la historia vulgar, siempre la misma,  
 que de tal modo nos espanta siempre,  
 con sus últimos besos prolongados  
 y sus miradas últimas eternas.  
 Para nuestros ancianos, todavía  
 fué la suerte más dura, y el suplicio  
 más desesperador. El sacerdote  
 junto al cadáver demacrado tuvo  
 que murmurar los rezos funerales,  
 interrumpidos por tenaz congoja.  
 ¡Y el veterano removió la tumba,  
 y el féretro dejó sobre su fondo,  
 y con su azada lo cubrió de tierra!

¡Qué solos otra vez! ¡Qué solos sufren!  
 ¡Volvió la calma de sus viejos años  
 y el orden monotonó de sus vidas!  
 Sin que nada ni nadie les preocupe,  
 junto á la llama del hogar, en brazos  
 de sus viejos sillones se recuestan,  
 sin hablar un momento, sin mirarse,  
 y así las horas y las horas pasan.  
 No se resignan á su mala suerte,  
 pero la sufren, sin gemir siquiera.  
 De nada saben ya, todo lo ignoran,  
 menos que el niño se murió. Muy poco,  
 muy poco vivirán. El sacerdote  
 dice sus misas, reza, y el soldado  
 abre sus negros hoyos. En sus almas  
 las ilusiones de la fe vacilan.  
 Cuando con ropas de perenne luto  
 (en el momento en que la noche tiende  
 por los cielos azules sombras grises)  
 los dos salen al átrio de la iglesia,  
 yo no sé qué terrible desencanto  
 en sus miradas lúgubres asoma.  
 Y el pescador que pasa los saluda  
 y con dudosa timidez los mira,  
 mientras que lento, fúnebre, solemne,  
 al morir el crepúsculo, resuena  
 el toque melancólico del *Angelus*,  
 que parece que llora por los muertos!



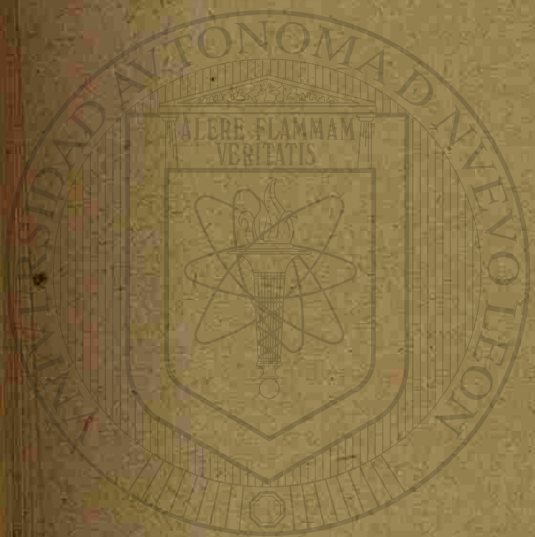
LA TABLA.  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA TABLA.  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUNTO á la puerta del hogar sentados  
y ante la mar que agita su ancho seno,  
del marino la mísera viuda  
y el hijo sufren su constante duelo.

El equinoccio del otoño trajo  
horror, angustias y gemir eternos  
sobre las costas de Bretaña, duras  
y erizadas de rocas..... ¡Ay! por eso,  
soñando entre las luces de la tarde,  
los dos se visten de colores negros.

En aquel lago dulce y apacible,  
en que al soplo suavísimo y ligero  
de las calladas brisas, alejándose  
y alejándose van los barquichuelos,  
cuyas zurcidas velas se destacan  
sobre las verdes ondas, á lo lejos,  
¿quién descubrir ni adivinar pudiera

al crüel Océano traicionero  
 que en solo un día del que fué temido  
 y lamentado y borrascoso invierno  
 veinte barcas lanzó sobre la costa,  
 sació á la muerte su implacable anhelo,  
 hirió á la esposa que su angustia gime,  
 y al niño hirió que se lamenta huérfano?

Sonría el cielo transparente y puro;  
 el mar se agite halagador y bello;  
 la misera viuda sólo siente  
 un rugir espantoso y un recuerdo:  
 el de la tempestad que la persigue  
 con ronca voz; el del esposo muerto.

«Culpa fué de su arrojo»—la viuda  
 dijo al rapaz, que la escuchaba atento.—  
 «Á los que naufragaban ¿quién podía  
 abandonar? ¡No, no! ¡Pobre Matéo!  
 ¡Ay! no temer ni aun á la misma muerte,  
 ¡era tentar á Dios! ¡Horrible tiempo!  
 Jamás las furias de tan altas olas  
 ojos humanos como entonces vieron.  
 Tu padre descansaba entre nosotros  
 y, al cenar, dijo: «Con tan malos vientos,  
 maldito debe estar el que se arroje  
 desesperado á combatir con ellos.»  
 De sobremesa ya, tomó su pipa  
 y la encendió; ¡salió! Sobre los negros

peñascos de la costa, donde apenas  
 de las olas llegaban golpes sueltos,  
 mirándolas saltar, curiosamente  
 sonreían algunos marineros.  
 ¡Ah! de improviso, entre la densa bruma,  
 del lado de las rocas de San Pedro,  
 vió tu padre llegar, rápidamente,  
 un bergantín..... ¡Dios mío! Te lo cuento  
 más despacio que fué. Contra un escollo  
 se hundió su quilla. Con rugido trémulo  
 tu padre dijo: «¡Sin tardar! ¡Un bote!»  
 Espantada quedé. Sus compañeros  
 le enseñaron el mar, que entre las peñas  
 al estrellarse rápido y revuelto,  
 en hervidora espuma se cambiaba  
 rajando grietas y llenando huecos.

«¡Un bote, y á las olas!—repetía  
 tu padre.—¡Pronto, sin tardar! ¡Seremos  
 cobardes? ¡Nunca! ¡Sin tardar! ¡El mío!  
 ¡Ni á las olas temió ni al aire fiero!  
 ¡Adelante! le llaman.»—No lo dudes;  
 locos los hombres son. ¡Al mar se fueron  
 y ninguno volvió! La misma hora  
 era en que tú me ves llegar gimiendo  
 todas las tardes hasta el borde mismo  
 de las arenas y del mar sereno.

El Océano que á mis piés se humilla,  
 mientras los baña con mojados besos,  
 no devolvió del tan querido bote

ni una tabla siquiera. Tú, mi cielo,  
hijo del corazón, ¡ay! si me quieres,  
no te lances al mar. ¡Nunca! Ya tengo  
tu promesa..... ¡Por Dios! El padre cura  
te quiere mucho. ¿Me comprendes? ¡Bueno!  
Serás un sacerdote. Tu destino  
abre á tus pasos cómodo sendero.  
Sin mirar estas luchas borrascosas,  
sin escuchar sus espantosos ecos,  
cuando seás ya cura, tu criada  
yo seré. ¡Qué tranquilos viviremos,  
lejos del mar! Recuerda que hace días  
que me lo prometiste. ¡Lejos! ¡Lejos!

El niño calla. Piensa en sus amigos,  
en sus amigos, pobres y pilluelos,  
que, al despuntar el alba, por las bordas  
de las chalupas corren satisfechos  
mientras que él, resignado, no se atreve  
ni aun á anudar un cable. Dócil siervo  
es de sus votos y promesas. Quiere  
obedecer, y sufre obedeciendo.  
¡Ah! cuando el cura cierra el blanco libro  
diciéndole: «¡A jugar!» ¡oh, qué contento,  
ya libre, corre por la arena fina,  
acariciando su imposible sueño!  
Mas ¡ay! sentir el aire humedecido  
que mueve y ensortija los cabellos,  
y el agua que acaricia; desde tierra

ver las espumas de las olas, cierto  
que apacigua su afán, pero no basta  
á su indomable voluntad con eso.  
Sobre las olas su ambición se mece,  
sobre la vieja barca sus desèos;  
allí la vela desplegada flota,  
allí los foques hincha rudo viento;  
el horizonte se engrandece, salta  
el corazón bajo el desnudo pecho,  
el aire franco de la mar alegra  
y fascina su cántico soberbio.....  
¡Y sufrir tantos meses de martirio  
sin ver llegar el suspirado término!

Los meses pasan. Torna el equinoccio  
y con él sus furros. En el puerto  
un día lamentábanse reunidos  
algunos infelices marineros,  
y un *brick* miraron que tocaba casi  
las peñas ya del arrecife negro;  
¡con las olas saltaba, del naufragio  
la fatal agonía padeciendo!

«¡Un bote al mar, valientes!» uno dijo.  
¿Quién olvida los trágicos recuerdos  
de la pasada tempestad? ¡Ninguno!  
Mas el bote se armó. Contra su pecho  
abraza la viuda á su muchacho,  
que tiembla sin cesar, y no de miedo;



y al oído le dice: «¡Ya lo sabes!  
 ¡lo prometiste! ¡Por piedad! ¡No quiero!»  
 Sus grandes ojos en las olas fijos  
 y sus labios de púrpura mordiendo,  
 el niño no responde; mas de pronto  
 una oléada de color de cieno  
 salta en las peñas, y al caer, arroja  
 á los desnudos pies del niño trémulo  
 una tabla podrida en que sus ojos  
 «¡Adelante!» leyeron.  
 ¡El feroz Océano la sacaba  
 de su fondo revuelto!  
 ¡Era la voz de caridad sublime!  
 ¡El mandato paterno!  
 El bote va á arrancar. El niño deja  
 los brazos de su madre. ¡Dios eterno!  
 ¡Míralo ya sobre la mar que ruge!  
 ¡Ampáralo! ¡Protégelo!

¡Cómo les siguen las miradas todas!  
 ¡Cuántos son los valientes! ¡Qué resueltos!  
 «¡Virgen santa! ¡Las olas los ocultan!  
 ¡Ay! ¡hacia dónde van? ¡Oh! ¡percieron!  
 ¡No! ¡Miradlos allí! ¡Se salvan todos!  
 ¡Oh! ¡Vuelven! ¡Ya! ¡Valor! ¡Ya! ¡Todos ellos!  
 ¡Hasta las bordas sube el agua inquieta!  
 ¡Qué importa! ¡Vienen todos! ¡Bravo esfuerzo!  
 ¡Hurrah!»—«¡Pronto! Lanzadnos una amarra,  
 ¡Ayudadnos! ¡Ya! ¡Bien!»

Mientras ligeros  
 todos gritan y corren, á los brazos  
 de la madre infeliz el hijo ha vuelto,  
 y la besa y le dice: «¡No me riñas!  
 ¡Ay! ¡estará mi padre tan contento!»



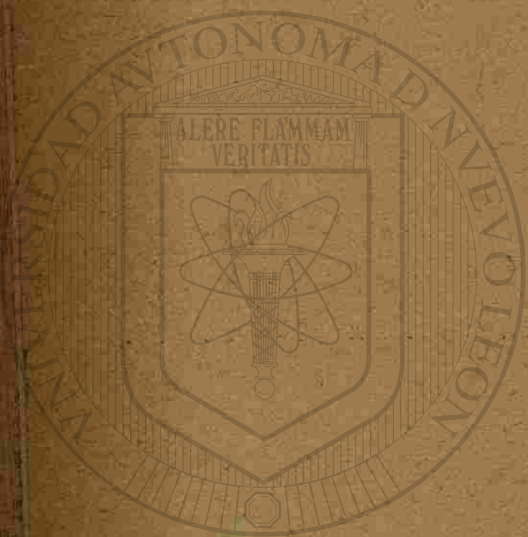


LA VENDEDORA DE PERIÓDICOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Los diarios de la tarde!  
¡Eh! ¡La Libertad! ¡La Francia!»

Al escuchar estos gritos  
salir de la voz cascada  
de una vieja, en una esquina  
del *boulevard*, me paraba  
todas las tardes. Los vidrios  
en farolas y ventanás  
del sol los rayos postreros  
partían en rojas bandas.  
Yo pedía mi periódico,  
interrumpiendo la marcha,  
y, luchando con el aire,  
sus dos hojas desplegaba.  
Las intermitentes luchas  
políticas no me exaltan;  
las revoluciones hacen

escépticas á las almas,  
y no consiguió la mía  
lauros de privilegiada;  
mas por añeja costumbre  
maquinal y necesaria,  
compro siempre algún diario  
y lëo todas sus páginas  
para enterarme siquiera  
del que sube y del que baja;  
como quien mira al barómetro  
antes de salir de casa.

«¡ Los diarios de la tarde !»  
grita sin cesar la anciana.

A veces, ágil muchacho  
por allí corriendo pasa,  
y sobre la tiendecilla  
un grueso paquete lanza  
de diarios, que aun conservan  
el acre olor de la máquina,  
por entre cuyos cilindros  
ruedan las hojas gallardas,  
apareciendo partidas  
en líneas negras y blancas.

«¡ Ya no me queda ninguno !  
¡ Señor ! ¡ Es muy tarde ! ¡ Vaya !  
¡ Un País ! ¡ Una Estafeta !»

Así, con sonrisa franca,  
la vieja todas las tardes,  
al llegar yo, me gritaba.  
«¡ Las discusiones aumentan !  
¡ El Ministerio declara  
su política ! ¡ Las gentes  
peroran y se entusiasman,  
cruzando por las aceras,  
con mucha ansiedad ! Aguardan  
los periódicos..... Y vienen.....  
¡ zás ! ¡ y me los arrebatan !»

¡ Lo que yo me divertía  
con sus veras y sus chanzas !

« Vamos mal, ¡ oh ! ¡ Los veranos,  
son lentos ! ¡ Nunca se acaban !  
¡ No producen emociones !  
¡ Y, ya usted lo sabe, tardan  
de una manera en abrirse  
las sesiones de las Cámaras !  
¡ Hasta el quince de Noviembre !  
¡ Si no fuera por las causas  
criminales, de seguro,  
de seguro me arruinaba !  
» Es muy triste confesarlo ;  
pero las grandes infamias,  
los grandes robos, las grandes  
explosiones en las fábricas,

nos producen tanto, tanto,  
que..... ¡la verdad!..... hacen falta.

»En los días del proceso  
Billoir, ¡Dios mío, qué ganga!  
Pagué todos mis atrasos;  
deshice todas mis trampas.  
Pero..... como las sesiones  
en Versalles, ¡nada, nada!  
¡Todas tan entretenidas!  
¡Todas! ¡Y luego, diarias!!.....»

Al ir entrando la noche  
de la tienda me alejaba,  
riéndome del destino  
que en sus volubles mudanzas  
permite que las más grandes  
trasformaciones, las altas  
empresas, el mismo crimen,  
no sólo sirvan y valgan,  
ya de feliz escarmiento,  
ya de costosa enseñanza,  
sino para que en el pobre  
rincón de su oscura casa  
viva, sin la compañía  
del temor, aquella anciana.  
Desde entonces los ruidos  
de la prensa no me cansan.  
Gracias á sus discusiones,  
y á sus veleidades gracias,

en el bajel del Estado,  
que se tuerce, gira y vaga,  
puede vivir satisfecha  
una mujer desgraciada;  
así como el ratoncillo  
que por las bodegas salta  
de un gran vapor..... no se cuida  
ni del vino ni del agua!

## II.

Una tarde—ya los frios  
 tiranizaban la tierra—  
 entre las sombras del fondo  
 de la pobrísima tienda  
 algo ví de triste y nuevo  
 que me causó larga pena.  
 Un niño; no contaría  
 más de nueve primaveras;  
 rubio, pálido; su rostro  
 transparentaba tristeza;  
 sus vestidos convenían  
 á su dolor; negros eran.  
 Estaba sentado en una  
 butaquilla muy estrecha,  
 y sosteniendo en su falda  
 un Diccionario. Sus tiernas  
 miradas, á quien supiese  
 descubrir, estremecieran.

«¿Quién es?» dije; y al instante  
 con cierto orgullo la vieja  
 me respondió: «¡ Si es mi nieto!  
 ¡ Aprende mucho! ¡ Son buenas  
 todas mis noticias!»—«¡ Bravo!  
 repliqué, ¡ bravo!»—La abuela,  
 temblorosa, no sabía  
 cómo pagar mis finezas.

Yo le pregunté: «¿ Lo mandan  
 sus padres para que os vëa?»  
 —«No, señor, el pobrecito  
 es huérfano; ya en la tierra  
 sólo en mis cansadas manos  
 ayuda y apoyo encuentra.  
 Pero si yo vivo mucho  
 ha de valer, á la fuerza.  
 Él estudia, y sabe, ¡ sabe!  
 y yo le idolatro, y mientras  
 estudio y amor le valgan.....  
 ¿ no comprende usted mi idëa?»  
 «Toma—le dije al muchacho—  
 toma y corre, buena pieza,  
 ¡ toma!» y en sus dedos hice  
 deslizar una moneda.  
 Solos quedamos, y entonces  
 dije: «¡ La verdad! ¿ Es buena  
 su salud?» Con un sollozo  
 dió principio la respuesta.  
 «¡ Ay, señor, esos temores

son los que me desesperan!  
 No va bien, no; ¡sufre tanto!  
 ¡Ay, señor, y no se queja!  
 ¡Tan débil como su padre!  
 ¡Tosé mucho! ¡Duerme apenas!  
 No conozco ningún niño  
 más dispuesto á la obediencia,  
 ningún otro que más calle,  
 ningún otro que más sepa.....  
 pero sus ojos se cubren  
 con unas sombras muy negras  
 y sus mejillas se tiñen  
 del color de la azucena.»  
 —«¡Valor!» contesté.—«Lo tengo.  
 ¡Oh! mi negocio prospera;  
 así, que nada le falta  
 al pobrecito. Si ordena  
 el médico muchos gastos,  
 Dios en seguida me presta  
 salvación. Hace tres meses  
 temieron por su existencia,  
 y fueron las medicinas  
 muchas y muy caras. Era  
 por los días de la crisis  
 Dufaure; aumentó la venta,  
 y con lo que fui ganando  
 le salvé.» La pronta vuelta  
 del niño cortó mis frases,  
 todas rápidas y trémulas.

A París y á su tumulto  
 dejé con el alba nueva.  
 Entre brumas se quedaron  
 sus *vaudevilles*, sus tragedias,  
 su *lago*, su hermoso *Bosque*,  
 sus pillos y sus *grisetas*.  
 Desde entonces ya leía  
 con más interés la prensa;  
 y cuando en las apretadas  
 líneas de menudas letras  
 surgían ya fuertes luchas  
 en las Cámaras, ya horrendas  
 catástrofes, ya el escándalo  
 de la actriz más hechicera,  
 soñando con perspectivas  
 más libres y más risueñas,  
 sin cuidarme de perfiles  
 gramaticales, de necias  
 metáforas ó de giros  
 de pretenciosa belleza,  
 decía: «¡Cuánto me alegro!  
 ¡Lo que ganará la abuela!»

## III.

Al volver á París, supe  
que ya el niño estaba muerto.  
«¡Ay, ay, señor», me decía  
la pobre abuela gimiendo.  
«¡Educarlo, contemplarle  
con tanto amor..... y perderlo!  
¡Dígame usted si en el mundo  
cabe mayor sufrimiento!  
Este dolor me asesina,  
al andar me tambaleo,  
todo logra trastornarme  
y ya de nada me acuerdo.....  
Antes por verle dichoso  
me afanaba en mi comercio;  
más de una vez combinando  
ardides venciómelo el sueño.  
Ya, ¿qué me importa? ¡ Ya sólo  
en mi desventura pienso!

¿Cómo no? *Los Incurables*  
me abrirán sus puertas. ¡ Quiero  
morir pronto! ¡ Tal vez pueda  
volverle á ver! ¡ Ya veremos!»

¿Qué responder á sus frases?  
¿Cómo calmar su tormento?  
Para tamaños dolores  
alivio eficaz no encuentro.  
Todas las tardes volvía  
por mis diarios, y viendo  
su pena muda, guardaba  
un elocuente silencio.

Por entonces discutíanse  
los actos de aquel Gobierno  
con tan irritado encono,  
con tan visible desprecio,  
que al fin logró interesarme  
aquel batallar tremendo  
de pasiones desbordadas  
y femeniles desëos.  
Ya con furor atacando,  
ya con afán defendiendo,  
eran muchas las polémicas  
y el hablar alto y violento.  
«¡ El Gabinete no sabe  
utilizar los progresos!  
¡ Ah, señores! es preciso



derrotar al Ministerio.  
 ¡ La agricultura y las artes,  
 y la industria y el comercio  
 florecerán con la vida  
 y la protección del nuevo,  
 que será más decidido,  
 que será más homogéneo !»

Después de siete semanas  
 de lucha, cayó el Gobierno.  
 Yo estaba desesperado.  
 ¿Cómo tolerar aquello?  
 ¡Destruía las costumbres  
 del orden ! ¡Clamaba al cielo!  
 Abandoné muy temprano  
 la cama y salí corriendo  
 á la calle. ¡No podía  
 convencerme ! ¡lo confieso!  
 ¿Lo afirmaban los periódicos?  
 ¡Era preciso leerlos!

Ya todo París se había  
 anticipado á mi celo.  
 Tan solo quedaba un *Siglo*  
 de la víspera. Recuerdo  
 que ya estuve casi á punto  
 de desesperarme; pero  
 al reparar en el rostro  
 alegre, movido y fresco  
 de la pobrecita anciana,

mudaron mis sentimientos.

«¡ Vaya ! ¡ se olvida !» me dije.  
 «¡ Ya no se acuerda del nieto !  
 ¡ Todas iguales !» Mas ella,  
 que leyó mi pensamiento,  
 así dijo : «¡ Vaya ! Cuando  
 está mi rostro risueño  
 es ¡ ay ! porque solamente  
 por su dicha me intereso.  
 Yo ¿ para qué necesito,  
 diga usted, tanto dinero ?  
 ¡ Ya la tierra que le envuelve  
 es suya ! ¡ propia ! Yo rezo  
 allí todas las mañanas,  
 muy temprano, y cuando puedo,  
 muchas flores, sobre todo  
 rosas y adelfas, le llevo.....»  
 — «¡ Muy bien !» — « Señor, esparcidas  
 sobre su tumba las dejo,  
 y al irme digo, llorando :  
 ¡ Mis plegarias recogieron  
 en sus cálices ; su aroma  
 las hará subir al cielo !»

Estreché la débil mano  
 de la infeliz, y sintiendo  
 mis infundadas sospechas,  
 mis criminales recelos,

UNIVERSIDAD DE NEZOTLÁN  
 BIBLIOTECA UNIV. DE NEZOTLÁN  
 "ALEGRIA" 1873  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

en tristezas y en ternuras  
medité por largo tiempo.

Desde entonces, cuando llega  
á mis oídos el eco  
de la noticia que anuncia  
alguna crisis, me alegro,  
porque digo: «¡Pobre abuela!  
¡Lo que estará recogiendo  
para rosas! ¡Cuántas rosas  
va á tener el pobre nieto!»



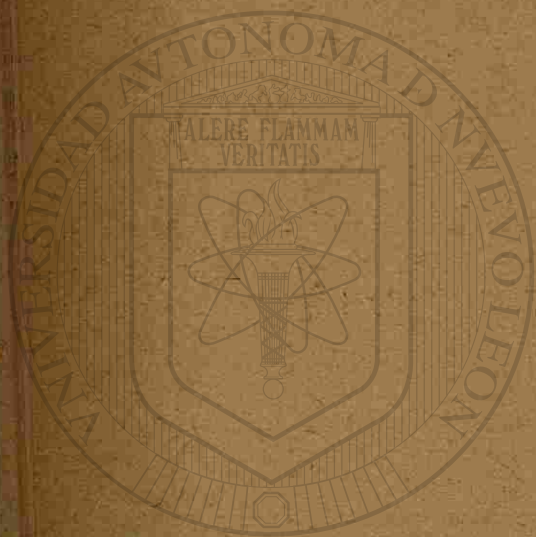
POR LA BANDERA.

en tristezas y en ternuras  
medité por largo tiempo.

Desde entonces, cuando llega  
á mis oídos el eco  
de la noticia que anuncia  
alguna crisis, me alegro,  
porque digo: «¡Pobre abuela!  
¡Lo que estará recogiendo  
para rosas! ¡Cuántas rosas  
va á tener el pobre nieto!»



POR LA BANDERA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



**A**MOR bendito de la patria! En todos los corazones vives. Tú penetras en el cerrado corazón más duro como la luz del sol esplendorosa en el repliegue del abierto abismo.

En el triste desierto y en Argelia, delante de los picos y gargantas del Atlas imponente, ya pasados los días del feroz cuarenta y ocho, los insurrectos del terrible Junio, culpables ¡ay! pero también franceses, en los rudos azares del trabajo expían sus desgracias y dolores, guardados por algunos centinelas..... también franceses. En aquellos grupos forman el orador impetuoso, el utopista cándido y sincero, el envidioso, eterno desterrado de los placeres de la vida, el pobre

trabajador vencido por sus males....  
 y todos sueñan con futuros días  
 y quebrantan durísimos terrones.  
 Era bueno el lugar para presidio.  
 Por un lado se extiende gran desierto  
 y por el otro larga cordillera.  
 Algunos arbolillos se destacan  
 sobre tierra, muy secos y muy pocos;  
 é insufrible prisión que por la noche  
 á todos, centinelas y forzados,  
 encerrará, sobre cercana loma  
 un reducto se ve. Sus dos cañones  
 brillan amenazando tras sus muros;  
 guarda en sus cuevas numerosas armas  
 y en asta vigorosa tiende al aire  
 una bandera tricolor que ondula  
 en el azul del infinito cielo.

Cien condenados son; soldados treinta.

Un día, cuando el alba con sus rayos  
 tibios, de rosa y oro, desceñía  
 surgiendo hermosa sus flotantes velos,  
 cuando calla el león, y las estrellas  
 palideciendo van; en los instantes  
 en que el duro trabajo da principio,  
 surgiendo entre las rocas puntiagudas  
 de los barrancos próximos—fantasmas  
 con blancos albornos, agitando

sus espingardas con furor horrible—  
 los bravos bedúinos del desierto  
 por todas partes se mostraron.

Eran  
 dos tribus largo tiempo sometidas,  
 que rompiendo su yugo, se lanzaban  
 ansiando luchas, golpes y victorias.  
 Cual negra nube en la que el rayo viene,  
 por el desierto, rápidas, cruzaron  
 entre las olas de su ardiente arena.

Ante aquel fuerte, inesperado ataque,  
 el comandante del reducto, bravo  
 pero prudente, y á las guerras hecho,  
 palideció. ¿Qué hacer? Su escasa tropa  
 apenas el empuje contendría  
 de aquel golpe feroz, y los forzados  
 huirían, de seguro, los primeros.

En este instante de sus largas filas  
 uno salió, después que con los suyos  
 habló de prisa y vigorosamente.  
 Era un mozo gallardo, que llevaba  
 impresas en su rostro las señales  
 de largas horas de tenaz miseria  
 y en cuyos negros ojos aun lucía  
 el resplandor vivísimo y siniestro  
 del fuego de las grandes barricadas.

Amador venid  
y topi oximóse al viejo comandante  
y gritó con acento decidido :

«Vengo á decirle que nosotros somos  
cien condenados, si, pero cien hombres,  
y todos muy valientes, y sabemos  
que hay guardados fusiles, que son muchos,  
más que nosotros. Dádnoslos. El día  
nuestro será. Cuando concluya todo,  
los fusiles irán á vuestras manos.  
¡Mi palabra de honor, mi comandante!»

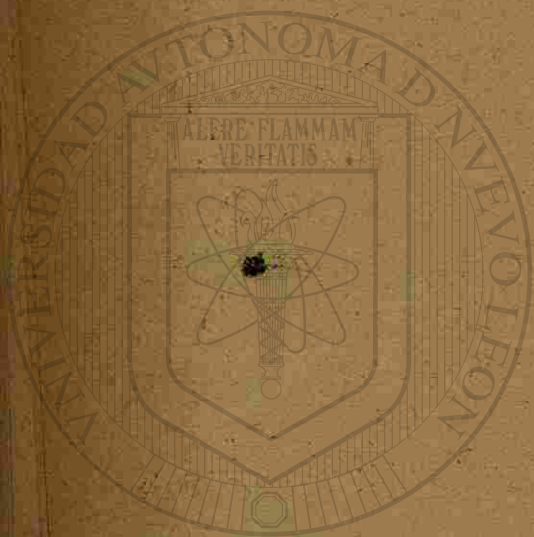
El pobre veterano, conmovido,  
les repartió fusiles, municiones  
con prontitud y sin temor..... ¡y á tiempo!  
Galopando veloces y clamando  
¡Alah!, clamando ¡Alah!, sobre los muros  
en torrente frenético venía  
la turba de los bravos bedüinos.  
De improviso rugieron los cañones,  
y al empuje brutal de la metralla  
que, al cruzar por los aires agitados  
hendió, barrió, partió, retrocedieron.  
Salió del fuerte la columna entonces  
y se trabó la lucha; fué muy vivo  
el fuego, muy constante, muy constante,  
pero pronto cesó. Desesperados  
los bedüinos, con furor tres veces  
se lanzaron, rabiosos, á la carga,

remolinos haciendo con los sables,  
y siempre, maldiciendo, se pararon  
al dar con las agudas bayonetas.  
Muerto por fin su jefe, ya perdidos,  
como bandada de veloces cuervos,  
castigaron sus potros y escaparon.

En columna cerrada, lentamente  
volvieron los forzados al reducto,  
y, sin vacilación, fueron las armas  
dejando en pabellones, clara muestra  
de sus heroicas voluntades dando.  
Uno por uno, á todos, conteniendo  
sus lágrimas, el viejo comandante  
fué estrechando la mano con las suyas;  
y les decía sollozando :

«¡ Gracias!  
¡ Gracias mil, gracias mil! ¡ Por la bandera!»





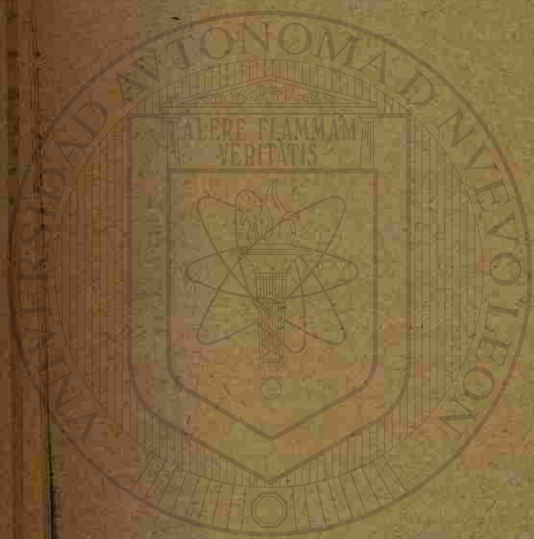
LA BENDICIÓN.

CUENTO DE UN VETERANO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CUANDO tras larga y formidable lucha  
conquistamos por fin á Zaragoza,  
era sargento yo; cuando en las tristes  
veladas del otoño se amontonan  
—como alrededor del fuego que las quema  
volubles y pintadas mariposas—  
sobre mi corazón grandes recuerdos,  
mi espíritu cansado se remoja.  
¡Grandes recuerdos de mis grandes días,  
derramad vuestra luz en mi memoria!  
La llama alegre en el hogar chispëa,  
el vino seco de la estrecha copa  
se desliza en mis labios temblorosos.....  
Hijos, llegad y oid; ¡Que Dios mē oiga!

Vencido el débil muro, nos quedaron  
entonces por vencer las casas todas;  
una por una las domó el asalto,  
mas, antes, sus balcones, como bocas



del irritado infierno, vomitaban  
 plomo asestado y vil, muerte traidora.  
 Cuando el terror los ánimos invade,  
 la audaz sospecha entre sus llamas sopla;  
 por eso tenue voz que se difunde  
 — como por el rastrojo llama pronta —  
 dice al oído alerta del soldado  
 que el golpe teme que al herir se emboza:  
 «¡ Deben de ser *los curas* los culpables!»  
 y al eco largo de la voz, la cólera  
 en cada noble corazón cual muda  
 y sanguinaria vibora se enrosca.  
 Aunque tenaz fatiga nos rindiera,  
 y aunque la mano desmayase floja,  
 secos los ojos, la garganta seca  
 de tanto respirar humo de pólvora,  
 siempre cuando á lo lejos se veían  
 cruzar entre las luces y las sombras  
 de la feroz contienda los contornos  
 de un sacerdote, sus talares ropas,  
 el súbito fulgor de algún disparo  
 iluminaba las espesas ondas  
 del aire, que, partiéndose, rugía  
 breve canción con descompuestas notas.

    Mi batallón marchaba lentamente  
 una calleja atravesando angosta,  
 y vigilaba yo con el cuidado  
 y con la diligencia del que explora,

viendo por todas partes y en los ojos  
 concentrando el afán del alma toda.  
 Ya el espacio de pronto esclarecía  
 un vivo resplandor, ya voces roncadas  
 luchaban con el viento, ya sollozos  
 y maldiciones y blasfemias; ora  
 dulce rumor de llanto comprimido,  
 sordo rumor de injurias espantosas.  
 Ibamos entre muertos; los soldados,  
 inclinándose, todos, como dobla  
 campo de trigo sus doradas mieses  
 ante la brisa, en las casucas lóbregas  
 entraban, y al salir sus bayonetas  
 se estremecían, hasta el cubo rojas  
 de sangre, que al caer diseminaba  
 sobre las piedras sus calientes gotas.  
 Todo calla; ni música resuena,  
 ni grito zumba, ni tambor redobla.  
 Todos sospechan y su marcha siguen,  
 ya turbando al herido que incorpora  
 sus rotos miembros, ya por las ruinas  
 de fuerte muro, que en el cieno moja  
 el relieve gentil donde hace poco  
 la luna reflejó su luz hermosa,  
 colgó el rosal sus trémulos capullos  
 y la hiedra sus ramas trepadoras.

    De pronto, y á la vuelta de una calle,  
 una voz conmovida y temblorosa

«¡Socorro!» dijo. «¡Por piedad!» Aun pienso  
 en tanto horror, y el alma se trastorna  
 cual si mis ojos á mirar volvieran  
 el tremendo rigor del que destroza,  
 la convulsión horrible del que lucha  
 y la ansiedad creciente del que implora.

En el átrio espacioso de un convento  
 que rica y fuerte columnata adorna,  
 y que delante de espaciosa plaza  
 eleva al cielo su negruzca bóveda,  
 algunos granaderos se defienden  
 contra la rabia descompuesta y loca  
 de treinta frailes, que con rudos golpes  
 y decidido empuje los acosan.  
 Demonios son. La cruz de lana blanca  
 sobre sus toscos hábitos, las torvas  
 miradas, los enormes crucifijos  
 con que golpēan y golpēan, forman  
 un extraño contraste, que los rayos  
 del sol ardiente, que en el cielo arroja  
 á olēadas su luz, con rojo y vivo  
 y palpitante resplandor colora.  
 Todos hicimos fuego. Densa nube  
 cubrió los aires, y al huir, sus formas  
 volubles y fugaces desgarrando,  
 ver nos dejó sobre las pardas losas  
 de la iglesia y del átrio, conmovidos  
 por la corriente lenta y silenciosa

de sangre, que flüía por las gradas,  
 tres montones de muertos.

En la sombra,  
 detrás de tanto horror, la iglesia abría  
 franco refugio al alma pecadora.  
 Los cirios arden como puntos de oro  
 que rasgan las tinieblas, y sus ondas  
 vierte el incienso, y tibias, perfumadas,  
 se extienden por las naves, que decoran  
 imágenes guardadas tras cancelos  
 ó en el fanal que irisa la medrosa  
 claridad que en las altas vidrieras  
 sus tibios rayos, impalpables, roza.  
 Delante del altar un sacerdote  
 su misa acaba. La rugiente cólera,  
 el horrible fragor no parecían  
 turbar su calma recogida y honda  
 ni su noble fervor. Este recuerdo  
 no deja descansar á mi memoria.  
 ¡El temblor de la lucha no acabada,  
 la sed que va secándonos la boca,  
 los grupos de cadáveres, la horrible  
 humareda tenaz que nos ahoga,  
 y allá, en el fondo, el santo sacerdote,  
 de nevados cabellos que, corona  
 dan á sus sienes, y nosotros mústios,  
 callados, sin movernos... ¡Ah! ¿quién osa  
 ni aún respirar, cuando la dulce mano

de la emoción los corazones toca?

Yo era entonces blasfemo impenitente.  
¡Verdad! Más de una vez cuando las tropas  
saquëaban los templos, en los cirios  
del altar encendia mi ostentosa  
pipa, que, rebosando, levantaba  
una azulada nube. ¡Qué persona  
era yo entonces! ¡Vengador! Impío!  
¡Oh! pero al ver la caridad piadosa  
de aquel fraile temblé; sentí deseos  
de llorar. ¡Ay del triste que no llora  
cuando le duele el corazón! Yo, entonces  
¡ay! no pude llorar; sufrí, me roba  
el sufrimiento hasta la voz; no pude.....  
¡Hijos míos, por mí llorad ahora!!

Un oficial gritó: «¡Fuego!»

Ninguno

le oyó. Como quien todo lo perdona  
y nada teme, el fraile de improviso  
volvióse cara á cara. Que responda  
por lo que entonces padeci, la pena,  
la ansiedad y la angustia que aun me postran.

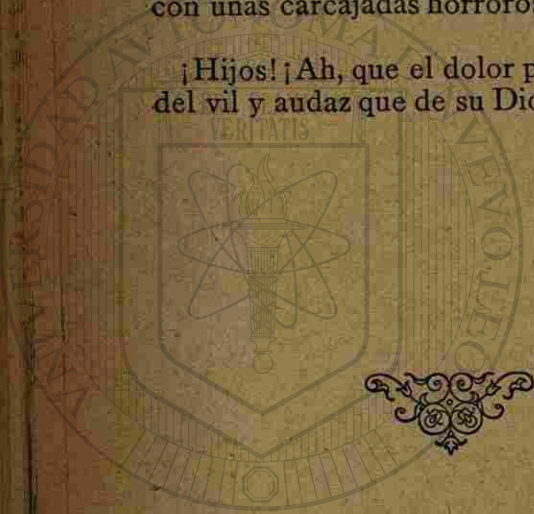
Era llegado el imponente instante;  
el de *la bendición*. Como paloma  
al entreabrir sus alas, con su mano  
que ni aun tembló, con pausa rigurosa,

hizo la cruz y nos bendijo á todos.....  
¡A todos, sí! Cuando las dulces notas  
de su acento clamaban: *Benedicat  
vos, omnipotens Deus.....* «¡Quién trastorna  
la disciplina? ¿quién?» dijo gritando,  
y como loco, el oficial. «Que rompa  
las filas. ¡Fuego!» repitió. Y entonces  
sonó un disparo. Con nobleza heroica,  
reprimiendo el impulso de coraje  
que desde el fondo de su pecho brota,  
ni aun se movió el anciano; su mirada  
fija permaneció; la tinta rosa  
de sus mejillas pálida tornóse  
y con serena voz, conmovedora,  
siguió: «*Pater et filius.*»

¿Qué locura  
sentimos? No lo sé. Sé que en las bóvedas  
otro disparo retumbó, que el fraile  
inclinó la cabeza, que la tropa  
retrocedió espantada... Vió sus manos  
hacia el altar volverse temblorosas,  
y las miró después mostrar á todos  
la augusta santidad de la custodia;  
y otra vez nos bendijo, y por lo bajo,  
con el acento triste del que llora,  
«*et Spiritus Sanctus*» dijo, y muerto,  
tembló, cayó, rodó sobre las losas!!  
Todos retrocedimos espantados,

y entonces, con acento de victoria,  
« *Amén* » dijo un tambor ¡y se rëia  
con unas carcajadas horrorosas !!

¡Hijos! ¡Ah, que el dolor parta la lengua  
del vil y audaz que de su Dios se mofa !



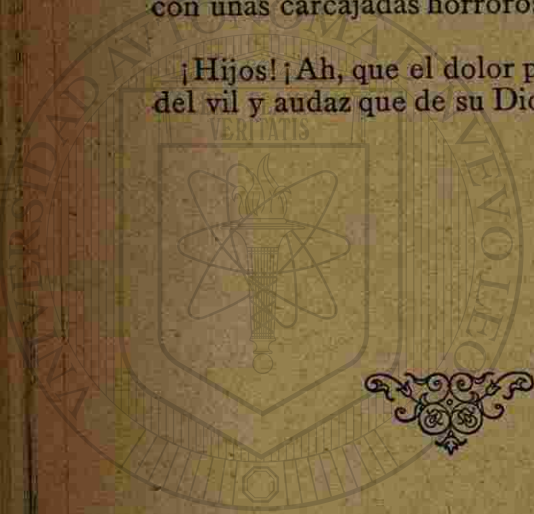
EL PADRE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

y entonces, con acento de victoria,  
« *Amén* » dijo un tambor ¡y se rëia  
con unas carcajadas horrorosas !!

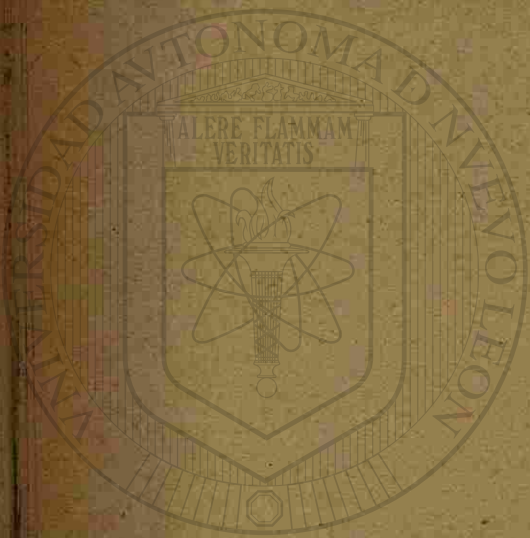
¡Hijos! ¡Ah, que el dolor parta la lengua  
del vil y audaz que de su Dios se mofa !



EL PADRE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



TODAS las noches llegaba  
ya borracho á recogerse,  
y á su querida pegaba  
con furor, hasta caerse.....

Y mientras se retorcia  
blasfemando contra el suelo,  
maldecía, maldecía  
de los hombres y del cielo.

¡En qué negros precipicios  
lloraban los dos sus penas!  
Los apuros y los vicios  
les labraron sus cadenas.

Ella, después de sufrir  
mil ansias, buscó su apoyo,

por no tener que dormir,  
en el fango del arroyo.

Él, que nunca la encontró  
dulce ni tierna jamás,  
cada noche que volvió  
la maltrató más y más.

Y sus gritos incoherentes  
y á menudo aterradores  
asustaban á las gentes  
de aquellos alrededores.

Fruto del torpe yacer  
de aquel hombre tan rüin  
y aquella mala mujer,  
un hijo nació por fin.

Apenas sobre su frente  
sintió lo que gusta el beso.....  
y ni fué más displicente  
ni menos puro por eso.

Aquella noche su padre  
volvió como de costumbre,  
y al contemplar á la madre  
junto al amor de la lumbre

tranquilamente meciendo

al chiquitín en la cuna,  
se detuvo, conteniendo  
sus mañas una por una.

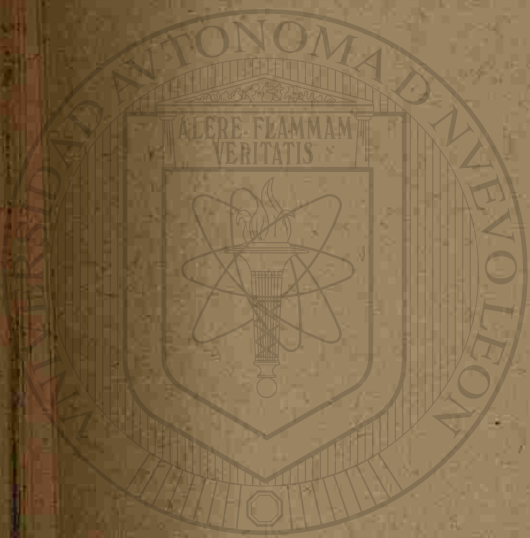
Hacia su terrible amante  
la mujer se revolvió  
y, descompuesto el semblante,  
con ira: «¡Ven!» le gritó.

«Pégame, ¿qué te detiene?  
¡Pega, furia del infierno!  
¿Es que baja el pan? ¿que viene  
más compasivo el invierno?»

¿Qué sospechas? ¿qué te asusta?  
¿Es que te vas enmendando?  
¿Es que por fin no te gusta  
ser canalla? ¿Desde cuándo?»

Y él, sin oirla, muy quedo  
y hasta con voz de cariño  
decía: «¡Si! ¡Tengo miedo  
de que se despierte el niño.



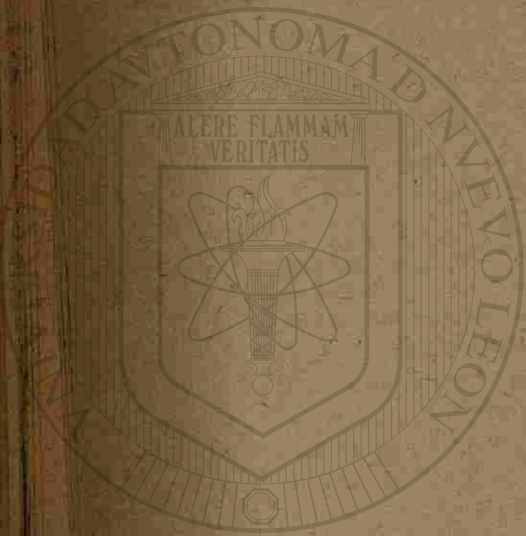


LA VELADA.  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1.

**D**ESDE que se fué su novio  
Irene ya no sosiega ;  
se fué su novio muy lejos,  
se fué su novio á la guerra.  
Ya vuelve á vestir los trajes  
que en el convento vistiera ;  
la crucecita de plata  
ya sobre su pecho cuelga ;  
aparta sus lindas joyas,  
su alegre piano cierra.  
Sólo guarda y guarda ansiosa,  
como inseparable prenda,  
aquel anillo que tantas  
emociones le recuerda,  
memoria de aquella tibia  
tarde de la primavera,  
en que un mismo sentimiento  
confundi6 sus existencias.

Y sorda á cuanto le dicen,  
y á cuanto ve siempre ciega,  
estóica y pálida, junto  
al caliente hogar le espera.

Cuando llegó á los oídos  
de Roger la infausta nueva  
de la primera derrota,  
de la desgracia primera,  
como el feliz á quien turban  
en las danzas de una fiesta  
palideció, pero pronto  
recuperó su entereza.

Y aproximándose á Irene,  
valido con su licencia,  
un blondo rizo cortando  
de su hermosa cabellera,  
en un medallón lo pone,  
bajo su cristal lo encierra;  
el medallón puso al pecho,  
sobre su pecho lo lleva.  
Y después como soldado  
se alistó, fuése á la guerra  
y ¡ay! que ya sabemos todos  
el desastre que fué aquella!

Impasible, silenciosa,  
y hasta sin nombrarle apenas,  
Irene todas las tardes

desde su ventana acecha,  
febrilmente, la venida  
del peatón, que, á duras penas  
bajo el peso del gran saco  
de cartas, al hombro, llega.  
Muchas veces viene aprisa,  
¡ay! pero aprisa se aleja,  
¡y sin levantar los ojos  
á su ventana siquiera!

Pero Roger escribía  
á menudo, y las tristezas  
de la pobre enamorada  
ni muchas, ni largas eran.  
Por fin, él sufrió el bloquëo  
de Metz; supo entonces ella  
por un pobre fugitivo,  
lastimado en la pelëa,  
que el bravo Roger vivía,  
y dominando resuelta  
á sus lágrimas rebeldes  
y á su inútil impaciencia,  
vivió, llevando sus cuitas,  
vivió, llevando sus penas  
sobre el alma, con la muda  
voluntad de quien espera.  
Largas horas la vëian  
en las sombras de la iglesia;  
llegaba al hogar del pobre

brindándole fortaleza  
y al infeliz, maltratado  
por el azar de la guerra,  
largamente consolaba  
con numerosas ofrendas.

Eran entonces los días  
(cuyo recuerdo quisiera  
desterrar) del largo sitio  
de París. Como gangrena,  
la invasión rápidamente  
destruía Francia entera.  
Casi tocaba al castillo  
de Irene ya. Por las selvas  
vecinas merodaban  
los hulanos. Sus proezas  
eran ya terror y asombro  
de las gentes de la aldea.  
Todas las noches el cura  
y el médico, en la serena  
beatitud de la velada  
que fuego de hogar calienta,  
referían mil historias  
complicadas y tremendas,  
sin conseguir ni un momento  
que Irene palidciera.  
El estaba en Metz, gozaba  
há poco salud muy buena.  
¡Debía vivir! Por eso

vive, de esperanzas, ella.  
Deslizanse entre sus dedos  
muy lentamente las cuentas  
de un rosario, y silenciosa  
y junto al hogar, le espera.

## II.

Un día, que fué muy triste,  
 despertó sobresaltada;  
 allá abajo, al fin del parque,  
 bajo las espesas ramas,  
 escuchábanse crecientes  
 y repetidas descargas.  
 ¡El enemigo venía!  
 ¡El enemigo llegaba!  
 Ella sufrió gran vergüenza  
 de sentirse amedrentada;  
 como su amante quería  
 ser, junto á los riesgos, brava.  
 Por eso, como si el campo  
 yaciese en risueña calma,  
 se vistió, rezó completas  
 sus fervorosas plegarias,  
 y luego, al salon bajando,  
 sonreía confiada.

Fué sólo una escaramuza,  
 unos tiros, unas balas...  
 algunos exploradores  
 sorprendidos, que se escapan.  
 Todo al silencio volvía

todo á la quietud tornaba,  
 cerca y lejos, cuando Irene  
 exclamó: «¡Si habrá desgracias!  
 ¡Sería muy necesario  
 disponer una ambulancia!  
 ¡Sería muy conveniente!  
 ¿Dónde mejor que en mi casa?»

No fué precaución inútil.  
 Sobre el campo de batalla  
 á un oficial recogieron  
 mal herido en la garganta.  
 Bávaro. Cuando vertiendo  
 mucha sangre, apresurada,  
 con los ojos muy cerrados  
 y con la color muy pálida,  
 Irene lo vió, al instante  
 hizo abrir la vieja sala  
 que Roger, cuando venía  
 á su castillo, ocupaba,  
 y ordenó que sobrè el lecho  
 preparado le acostaran.  
 Y así fué. Llevóse afuera  
 las ropas ensangrentadas;  
 á sus viejos servidores  
 riñó por tener cachaza,  
 y cuando el doctor hacía  
 la cura, como una Hermana  
 de la Caridad, estuvo

pendiente de sus palabras,  
 sujetando los vendajes  
 y procurando sus largas  
 tiras de lienzo, de muchas  
 de sus ropas arrancadas.  
 Cuando por fin el herido,  
 con ojos llenos de lágrimas  
 la miró, ya descansando  
 la cabeza en la almohada,  
 pidió que se le trajese  
 de su vieja ropa blanca,  
 y en hilas muy abundantes  
 poco á poco fué cambiándola.  
 ¡Solamente así creía  
 cumplir su deber!

Llegaba  
 ya la noche, y nuevamente  
 vino el doctor; su gran barba  
 mesó con disgusto y dijo  
 entre dientes: «¡No me agrada!  
 ¡Sí! ¡La sangre en la mejilla!  
 ¡Pulso vivo! ¡Noche mala!  
 ¡Fiebre!»—«¡Morirá? ¡Dios mío!»  
 Irene gritó asustada.

«¿Quién sabe? Yo me propongo  
 cortar la fiebre, que gana  
 mucho. Será necesario

que alguien vele, por si avanza  
 el peligro.»

«Estoy dispuesta»—  
 dijo Irene.—«¡No, no! Basta  
 con uno de los criados  
 en que tenga confianza.»  
 —«No, doctor, quiero velarle,  
 me lo está pidiendo el alma;  
 si el pobre Roger cayera  
 en lance igual, deseára  
 que lograrse igual esmero  
 de manos de una alemana.»—  
 «Bien—dijo el doctor.—Es justo.  
 Si es así, no digo nada.  
 ¡Bien! pero, mucho cuidado.  
 A velar, y hasta mañana.  
 Ya sabéis la medicina.  
 ¡Ojalá tenga eficacia!  
 De cuarto en cuarto de hora  
 dadle la porción marcada.  
 Un solo acceso de fiebre  
 puede matarle. Dios haga  
 que su dolor.....»

Así hablando,  
 dejó el médico la sala,  
 quedando Irene en la misma  
 cabecera de la cama.

UNIVERSIDAD DE ALFARO  
 BIBLIOTECA DE ALFARO  
 Aprob. 1825 MONTARRIEL, MEXICO

## III.

Muy difícilmente habría transcurrido ni un momento, cuando hacia Irene sus ojos con gran trabajo volviendo, con una voz muy velada pudo exclamar el enfermo:

«Creyó que estaba dormido, y todo lo estaba oyendo.  
¡Gracias, mil gracias, mil gracias!  
¡De corazón! ¡Gracias! Menos ¡ay! por mí que por aquella mujer á quien tanto quiero, y que me aguarda llorando, sola y triste, sola y lejos!»

Ella dijo: «¡Calma! ¡calma!  
¡Dormid tranquilo! Del sueño depende la hermosa vida que tanto ansiáis.»

«¡Gracias! Pero  
necesito confesaros  
antes..... antes..... un secreto.

Es una promesa..... justo.....  
y..... ¡ya lo veis! ¡si me muero!»—

«¡Hablad!»—«¡La guerra! ¡la guerra es horrible.....! Mes y medio hace que en Metz he matado á un francés. ¡Qué horror!

Queriendo

ocultar al pobre herido su inconsolable tormento, Irene bajó la mecha del brillante reverbero.

»Íbamos, por un camino muy obscuro, á paso lento, para atacar una choza ocupada por los vuestros, sigilosamente, como cazadores en acecho. Arma al brazo preparada, seguíamos un sendero, arrimados á dos filas de grandes álamos negros. Del centinela en la espalda hundi mi sable el primero; ni aun pedir pudo socorro; tras mi pasaron los nuestros, y ya todo fué matanza,

exterminios y saqueo.»

Irene bajó los ojos  
ya casi, casi gimiendo.

«Temblando, quise apartarme  
de tanto furor sangriento,  
cuando, de pronto, la luna  
brilló en el azul del cielo  
detrás de una parda nube  
rasgada por sus reflejos.  
Y entonces vi, revolcando  
contra las piedras su cuerpo,  
sobre una charca de sangre  
esparcida por el suelo,  
casi á mis pies, al soldado  
que dividí con mi acero.  
Conmovido por su angustia,  
quise prestarle consuelo;  
mas él, con la voz cansada  
del que va desfalleciendo,  
suspiró: «¡Tarde, ya es tarde!....  
sois oficial.... caballero....»—  
«Sí; respondedme—le dije.  
Si os puedo servir, si puedo....»—  
«Sí—contestó—prometedme....  
sí.... prometedme dar esto....  
y mientras tanto sacaba  
un medallón de su pecho;

á.....» Se fué perdido el nombre  
con sus últimos alientos.  
Del medallón en las tapas  
hay unos blasones. Créo  
que no es difícil empresa  
¿me comprendéis? devolverlo  
á la mujer adorada  
por aquel soldado muerto.  
Tomadlo.... si yo no vivo....  
hacedme el favor.... espero  
que buscaréis á quien deba  
conservar ese recuerdo.»

De las manos del herido,  
que temblaban sobre el lecho,  
tomó con disgusto Irene  
aquel medallón, y al verlo,  
vió lucir sobre sus tapas  
los blasones de su dueño,  
dueño de toda su vida,  
de todos sus pensamientos,  
de Roger. Sufriendo entonces,  
¡horriblemente sufriendo!  
disimulando su angustia,  
«¡lo juro!—dijo;—¡que el sueño  
os alivie de pesares!  
¡Dormid en paz, que yo velo!»

## IV.

Aliviado ya el herido  
 con tan triste confesión,  
 cruzó sus heladas manos  
 y adormecido quedó.  
 Al lado del lecho, Irene,  
 palpitante de emoción,  
 con los ojos encendidos,  
 sin llorar permaneció.  
 ¡El muerto! ¡muerto! ¡Quién duda  
 ya de tan fuerte dolor?  
 ¡Son sus armas! ¡sí! ¡las mismas!  
 ¡nunca las equivocó!  
 ¡es su sangre! ¡sangre suya  
 la que mancha el medallón!  
 ¡Ay! no fué la heroica muerte  
 la muerte que le asaltó;  
 que le asaltó por la espalda,  
 sigilosa y á traición.  
 Y quien duerme en aquel lecho  
 es su asesino traidor,  
 y de la cobarde muerte  
 de Roger se envaneció.  
 Y es él quien allí descansa,  
 objeto de compasión,

## LA VELADA.

y ella, Irene, quien le dice :  
 «¡Dormid en paz! ¡velo yo!»  
 Como suprema ironía,  
 como supremo terror,  
 ella debe consolarle  
 de la angustia que sufrió;  
 velar su intranquilo sueño,  
 escuchar su triste voz,  
 aproximar á sus labios  
 el remedio salvador;  
 y él descansa, y él confía.....  
 ¡qué tremenda situación!

Aunque vencida se siente  
 por aquel odio feroz  
 que la mano formidable  
 de Jähel, tremenda, alzó;  
 aunque el odio le destroza  
 las fibras del corazón,  
 jura salvar al herido,  
 ¡y nunca en vano juró!  
 La misma trémula mano  
 que tiende, tiende veloz  
 hacia el puño de aquel sable  
 que reluce en un rincón,  
 el sable que con la vida  
 del buen Roger acabó,  
 es la que acerca á los labios  
 de su herido matador,



que de su triunfo y la muerte  
de Roger se envaneció,  
la dulce vida, el reposo,  
el sueño consolador.  
¿Romperá el obscuro frasco?  
¿Para qué? Si la inacción  
puede ser el instrumento  
de su venganza, mejor;  
cruce sus manos; confie  
á la muerte su misión  
y al tiempo, y del pobre herido  
le responderán los dos.  
Ella bien pudo dormirse,  
descuidarse..... ¿por qué no?

Luego llora y dice: «¡Nunca!  
¡Jesús! ¡qué infamia! ¡qué horror!»

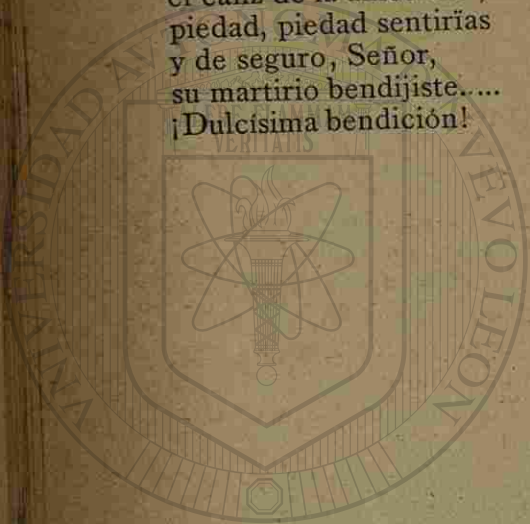
Duraba la lucha horrenda,  
cuando el herido se alzó  
muy lentamente, pidiendo  
de beber, por compasión.

Irene, temblando, entonces  
á un viejo Cristo miró  
que á la cabeza del lecho  
muestra su martirio atroz;  
¡y en sus miradas ardía  
la luz de la abnegación!

Después, con los ojos fijos,  
siempre muy fijos en Dios,  
el contenido del frasco  
en una copa vertió,  
y luego, poquito á poco,  
temblorosa de emoción,  
á los labios anhelantes  
del herido lo acercó.

¡ Señor, Tú que viste el drama  
callado y aterrador  
que junto á la cabecera  
del rico lecho pasó;  
Tú, Tú mismo que llevado  
del demonio tentador,  
seguiste por el desierto  
el rumbo que te marcó,  
y sufriste horriblemente  
para esquivar su furor;  
Tú, Señor, perdonarías  
la espantosa indecisión  
de aquel alma, batallando  
con las olas del dolor,  
¡ay! cuando por fin la viste  
triunfar como al fin triunfó!  
Y la noche recordando  
de Tu sublime pasión,  
cuando Tu acento en el monte  
de las Olivas clamó:

«Padre, aparta de mis labios  
el cáliz de la aflicción»,  
piedad, piedad sentirías  
y de seguro, Señor,  
su martirio bendijiste.....  
¡Dulcísima bendición!



V.

A la mañana siguiente,  
muy poco, después del alba,  
volvió el médico, anhelando  
conocer lo que pasaba.  
A Irene vió junto al lecho,  
de pie, sin llorar, muy pálida,  
y vió bebiendo al herido,  
bebiendo siempre con ansia,  
¡y miró la cabellera  
de Irene, blanca, muy blanca!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL NAUFRAGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL



DELANTE de la misera taberna  
que domina la rada, Juan Göello,  
el viejo gaviero, al que una bala  
amputó en Navarino diestra y brazo,  
la pipa entre los dientes, ó bebiendo  
poco á poco su *grog*, allá en las noches  
de caluroso estio, sus historias  
cuenta, de mar, al caprichoso grupo  
de jóvenes del puerto que le escuchan.

Si—les dice—sesenta bien cumplidos  
sesenta justos, miserables años,  
hace que el mar es dueño de mi vida,  
desde que me lancé sobre sus olas  
en un podrido bergantín, más propio  
que para navegar, para quemado.  
Crecí, corriendo por la extensa playa,  
que hollé mil veces con mis pies desnudos,  
y cogiendo mariscos para ventas  
de un viejo miserable que de noche  
poníase borracho y me pegaba.

Mucho sufrí; pero al hallarme á bordo  
 padecí mucho más, y fui sabiendo  
 padecer mudamente mis angustias.  
 Era el tal bergantín buque negrero,  
 y desde que se vió fuera de costas,  
 nadie negaba en él su infame rumbo.  
 El capitán, feroz, reglamentaba  
 á *rebencazos*. Todos, casi todos  
 vinieron á morir á mis costillas.  
 ¡Es natural! ¡los golpes al grumete!  
 Vivía entre una niebla de porrazos,  
 y á cada instante revolvía el cuerpo,  
 para esquivar tremendas bofetadas.  
 Nadie tuvo piedad de mi flaqueza.  
 ¡Es natural también, aunque es muy triste!  
 ¡Era costumbre, y nada más! A golpes  
 puede el mozo llegar á buen marino.  
 Tanto fué mi dolor, que ni aun lloraba,  
 y hubiese concluído con mi vida,  
 cuando encontré á mi angustia el gran consuelo  
 de la amistad sincera. Entre los hombres  
 que acrecentaban mi ansiedad, Dios puso  
 un perro cariñoso, que vivía  
 tan triste como yo. Golpes iguales  
 nos hicieron amigos. Era el perro  
 un terranova hermoso; Blak de nombre,  
 negro, con grandes ojos, muy brillantes.  
 Iba, como la sombra, tras mis pasos,  
 y por las noches, al fulgor tranquilo

de mil y mil estrellas, que en el cielo  
 irradiaban su luz, cuando ya nadie  
 sino la guardia, sobre el buque, en vela  
 permanecía, junto al ancho puente,  
 entre diversos bultos agrupados  
 al pie del palo de mesana, unía  
 sus brazos á los míos, y en su seno  
 corrían deslizándose mis lágrimas.  
 ¡Así lloraba! el buque lentamente  
 inclinaba sus bordas, contestando  
 á los golpes del mar, y el perro amigo  
 me acariciaba con su gruesa lengua.

¡Pobre Blak! ¡Pobre Blak! ¡Oh! ¡cuántas veces  
 sueño contigo!

Buena mar, buen viento  
 primeramente fuéronnos llevando;  
 mas, una noche de calor horrible,  
 el capitán, abominable bestia  
 al par que buen marino, buen marino,  
 dirigió al timonel extraño gesto.

«Ved, hacia allá, magnífico chubasco,  
 pero, ¡de lo mejor!»

Y dijo el otro:

«Muy negro, capitán, y corre mucho.»  
 «Bien. Voy á prepararme á recibirlo.  
 ¡La cargadera al pitifoque! ¡Arrría!

¡Bien! ¡Al sobrejuanete! ¡Pronto! ¡Carga!  
 ¡Para la tempestad hay mucho trapo!  
 ¡Las gavias! ¡La mayor! ¡Y listo, listo!»  
 En fin, que se tomaron precauciones.  
 Mas era el barco viejo, y en las olas  
 danzaba que era un gusto, y aunque nadie  
 dejó el trabajo; las furiosas aguas  
 nos lograron vencer; sintióse luego  
 que se anegaba la bodega; entonces  
 sonó el horrible *¡sálvese quien pueda!*  
 ¡Cómo nos encontrábamos! ¡Rendidos  
 por el cansancio, por la lucha ciegos!  
 Alaridos de horror nos envolvían  
 y nuestras pobres ropas chorrëaban.  
 Al impulso veloz de nuestras manos,  
 ya sobre el mar colgaba la chalupa,  
 haciendo recrújir á los *pescantes*,  
 cuando el puente, de súbito, estallando,  
 de nuestros pies huyó, con el rúido  
 de un buque al disparar sus andanadas,  
 y rodamos al mar.

¿Cómo os diría  
 lo que entonces senti? No me es posible.  
 Durante aquellos rápidos momentos,  
 en los que el buque hundíase en las olas,  
 por mis ojos pasó toda mi vida,  
 como rayo fatal en noche obscura;  
 mi viejo puerto, mis queridos barcos,

las alegres campanas, y las rocas  
 donde se estrella el mar impetüoso,  
 y la playa, y sus conchas de colores.

El agua me llenó boca y orejas  
 rápidamente; el agua me sorbía,  
 cuando Blak, afirmando sus quijadas,  
 me agarró por el cuello de mi blusa.  
 El bote, cerca de nosotros, iba  
 saltando por las crestas de las olas,  
 y Blak, mi Blak, con vigoroso esfuerzo  
 al bote me arrojó; cogí su borda  
 y al fin pisamos sus unidas tablas.  
 Del bergantín que recibió su azote  
 no perdonó la rápida tormenta  
 más que al grumete y á su amigo el perro.  
 No me faltaban corazón ni arrojó;  
 pero, cuando pasadas ya las nubes,  
 miré mi situación, senti la muerte,  
 el frío de la muerte en mis entrañas.  
 ¿A no encontrar un buque milagroso,  
 ¿cómo podría recobrar la tierra?  
 Estábamos los dos solos, ¡tan solos!  
 sobre la mar inmensa, y solamente  
 salvados ¡oh! para morir de angustia.  
 ¡Qué desastre! ¡ni pan! ¡ni pan siquiera!  
 Completamente igual que en la famosa  
 balsa de la *Medusa*. Pero..... corto;  
 las historias muy largas no son buenas.

Cinco días eternos, cinco noches  
 más eternas aún, fué la chalupa  
 cortando el mar con su afilada quilla.  
 En el cuerpo mordía el hambre seca,  
 y la angustia en el alma. Por instantes  
 me abandonaba la ilusión. Tendido,  
 al sol ardiente ó al fulgor helado  
 de la nocturna estrella, junto al perro  
 que la ardorosa mano me lamia,  
 en vano investigué con ojos fijos  
 el desierto horizonte, por si acaso  
 se dibujaba en él distante vela.  
 Al fin del quinto día ya la fiebre  
 me devoraba, cuando vi, de pronto,  
 en un rincón del remojado bote  
 á Blak, hurraño; su miradas torvas  
 resplandores de fuego parecían;  
 dos carbones ardiendo sus dos ojos.

«¡Vamos, le dije, ven que te acaricie!»

No se movió; miróme con angustia,  
 avancé, y él huyó; gruñó entre dientes,  
 fijando en mí, fijando sus miradas,  
 saltó, quiso morder mi flaca mano  
 que retiré diciéndome, «¿qué quiere?»  
 Entonces se lanzó sobre una cuerda  
 y la mordió, manchándola de baba,  
 de baba repugnante y pegajosa.

¡Todo lo adiviné! ¡Si! ¡Blak rabiando!  
 ¡Él! ¡él! ¡mi salvador! ¿Vais comprendiendo?  
 ¡Entre el cielo y el mar el bote solo!  
 Un niño débil ante aquella furia  
 en húmedo rincón agazapado,  
 y el resplandor vivísimo y ardiente  
 del sol, cayendo á plomo en su cabeza!

Busqué en la blusa y encontré un cuchillo;  
 lo abrí maquinalmente; ¿quién no sabe  
 llegar á todo por salvar su vida?  
 Tiempo era ya; mordiéndose, bramando,  
 á mi cuello saltó; rápidamente  
 huyendo el golpe le agarré la nuca,  
 le sujeté contra las recias tablas  
 y luché, reluché; bajo mis dedos  
 sudando, y con furor, se estremecía;  
 al fin, logré parar sus movimientos  
 y ¡ay! esquivando su mirar de loco,  
 hundi, veloz, tres veces mi cuchillo  
 en su garganta, que rugió al partirse.

Era mi único amigo, y el primero,  
 y yo, yo fui quien le maté. ¡Yo!

¿Cómo  
 ya casi muerto, y entre roja sangre  
 hundidos cuerpo y faz salvóme un barco  
 que hacia el Havre volvía? ¡Bah! ¿qué importa?

He matado á menudo desde entonces.  
En las guerras, al fin, no extraña á nadie,  
y no las cuento, pues. Un triste día  
fui de un siniestro pelotón, y tuve  
que fusilar á un bravo camarada,  
y no sufrí por ello pesadilla.  
En Trafalgar, y entrando al abordaje  
y sacudiendo el hacha, piernas, brazos,  
cuellos hundi, tajé, rompi. Tampoco  
lo que entonces pasó me quita el sueño.  
Y hoy, al contaros la tremenda muerte  
del pobre Blak, me aflijo, y hasta dudo  
de si podré dormirme bien tranquilo  
esta noche. ¡No sé! ¡lo dudo!

Mozo;  
otro *grog*..... ¡y charlemos de otra cosa!

LOS ZARCILLOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



He matado á menudo desde entonces.  
En las guerras, al fin, no extraña á nadie,  
y no las cuento, pues. Un triste día  
fui de un siniestro pelotón, y tuve  
que fusilar á un bravo camarada,  
y no sufrí por ello pesadilla.  
En Trafalgar, y entrando al abordaje  
y sacudiendo el hacha, piernas, brazos,  
cuellos hundi, tajé, rompi. Tampoco  
lo que entonces pasó me quita el sueño.  
Y hoy, al contaros la tremenda muerte  
del pobre Blak, me aflijo, y hasta dudo  
de si podré dormirme bien tranquilo  
esta noche. ¡No sé! ¡lo dudo!

Mozo;  
otro *grog*..... ¡y charlemos de otra cosa!

LOS ZARCILLOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

EN cuanto despunta el alba,  
sacude la pobre el sueño,  
—la infeliz Aimée, que vive  
cosiendo, siempre cosiendo—  
y, muy de mañana, toma  
el camino más derecho  
para llegar hasta el barrio  
*Saint-Germain*, ilustre y viejo,  
y á un palacio suntuoso  
que ofrece, á medias, aspectos  
de coquetona morada  
y caserón solariego,  
cuyas blasonadas puertas  
cubren las hiedras á trechos.  
Allí la aguarda la fiebre  
del trabajo y el recuerdo.  
Por las calles, sumergidas  
en el vapor soñoliento

de las matinales brumas  
 que ya se van deshaciendo,  
 pasa cada vez más gente,  
 mezclándose en un momento  
 los que trasnochan los últimos,  
 los que trabajan primero.  
 Va la infeliz muy aprisa,  
 que está el palacio muy lejos.  
 Sus ropas, sencillas, muestran  
 pulcritud y gran esmero;  
 su estatura no es muy alta,  
 y en su rostro, no perfecto,  
 lleva un algo indefinible,  
 misterioso y hechicero.

Llega por fin. Cruza el patio.  
 Bajo sus pies, muy pequeños,  
 cruje la menuda arena  
 que tapiza los senderos  
 del jardín, á cuyos lados  
 plantas y arbustos crecieron  
 para encantar á los ojos  
 y embalsamar á los vientos.  
 Junto á las enormes puertas  
 de las cuadras, un cochero  
 (seguido y acompañado  
 por un magnífico perro)  
 la saluda, cuando llega,  
 con importunos requiebros.

Ella ni siquiera escucha,  
 y pasa, al instante, adentro.

Ni un mes hace que trabaja  
 la infeliz allí, sufriendo  
 las ansias mortales, siempre,  
 de la inquietud y el recuerdo.  
 A pesar de los insultos  
 y ademanes cancanescos  
 y palabras insolentes  
 de lacayos y cocheros,  
 como que la martirizan  
 tan sólo breves momentos,  
 en la quietud placentera  
 de que goza tanto luego,  
 todos sus pesares hallan  
 compensación y consuelo.

En aquel salón tan lindo  
 que sirve de costurero,  
 desde muy por la mañana  
 todo lo tiene dispuesto.  
 ¡Cómo trasciende venturas  
 aquel lujoso aposento!  
 De vida feliz y hermosa  
 todo en él está diciendo  
 los placeres no pagados  
 ni con el oro de Cresos.  
 Sobre la gran chimenea

donde brilla claro fuego,  
 donde las llamas abrazan  
 y destrozan duros leños,  
 el ancho listón de mármol  
 está, de antiguo, cubierto  
 con *bibelots* y juguetes  
 preciosos y pintorescos.  
 En los grandes entrepaños  
 pintó con tonos ligeros  
 fácil pincel pastorcillas  
 de rostros lindos y frescos,  
 y á sus piés los pastorcillos  
 viéndolas con embeleso,  
 y aquí y allá, por la hierba  
 pacientísimos corderos  
 con moños, rizos y cintas  
 de color de rosa al cuello.  
 En el jardín—ya concluyen  
 los rigores del invierno—  
 se anuncia la primavera  
 con sus capullos primeros.  
 Los árboles deshojados  
 permiten ver á lo lejos  
 los campanarios airosos  
 de la iglesia del convento,  
 cuyas ruidosas campanas  
 cuando saludan al cielo  
 dirigen la voz alegre  
 del barrio feliz, entero.

¡Van las palomas torcaces,  
 van con caprichosos vuelos  
 desde las airosas torres  
 á sus nidos! ¡Qué risueño  
 todo se la ofrece! Todo  
 casi colma sus desëos.  
 ¡Con qué serena sonrisa  
 la pobre sigue cosiendo!  
 Todo, todo la saluda  
 con amor y con respeto.....  
 ¡hasta el gran retrato ecuestre  
 del gloriosísimo abuelo  
 que, de perfil, ostentando  
 grande nariz, mucho ceño  
 y el cordón azul que cruza  
 como una banda su peto;  
 corto bastón agitando  
 en vez de tajante acero,  
 gana el reñido combate  
 cuyo furor váse viendo,  
 cuyas tropas se distinguen  
 y posiciones y fuegos  
 bajo su corcel, que salta  
 gallardamente, sintiendo  
 la punta del acicate  
 más que la razón del freno!  
 Y pensar que todavía  
 distingue tan cerca el tiempo

en que la infeliz no tuvo  
 donde ganar el sustento!  
 Después de mucho dudarle,  
 después de mucho temerlo,  
 llamó por fin una tarde  
 á las puertas del convento.  
 Sor Agata conocía  
 sus angustias y sus méritos  
 por su confesor, el mismo  
 de la infeliz, hace tiempo.  
 ¡Qué bien hizo, qué bien hizo  
 con escuchar sus consejos!  
 Ella le contó sus males  
 y le mostró los misterios  
 de su desgraciada vida;  
 le descubrió sus deseos,  
 todos á cual más ardientes  
 y legítimos y buenos.  
 Y escuchándola, Sor Ágata  
 dejó salir de su pecho  
 interminables suspiros,  
 y frunció después el ceño;  
 le dijo que, por lo pronto,  
 quizá no pudiese..... pero.....  
 ¡de tal modo se interesan  
 nobles espíritus rectos!  
 á la mañana siguiente  
 se vió la infeliz cosiendo  
 junto al balcón y á la lumbre

de aquel lujoso aposento  
 de aquel hermoso palacio,  
 que ofrece á medias aspectos  
 de coquetona morada  
 y caserón solariego,  
 cuyas blasonadas puertas  
 cubren las hiedras á trechos.

En aquel feliz ambiente,  
 en aquel aire sereno,  
 donde todo la seduce,  
 donde sólo vibran ecos  
 de glorias ya conseguidas  
 y placeres satisfechos,  
 en donde todos la tratan,  
 si no con amor, al menos  
 con dulzura no fingida,  
 con amables miramientos,  
 qué tiernamente despierta  
 á dulces encantos nuevos  
 su corazón, bajo el nido  
 que forma su casto seno.  
 ¡Cuántas veces, cuántas veces,  
 mientras al amor del fuego,  
 la pobre, tira que tira,  
 va cosiendo, va cosiendo,  
 la duquesa, cuántas veces,  
 y sus hijas—¡dos luceros!  
 ¡dos ángeles, mejor dicho,

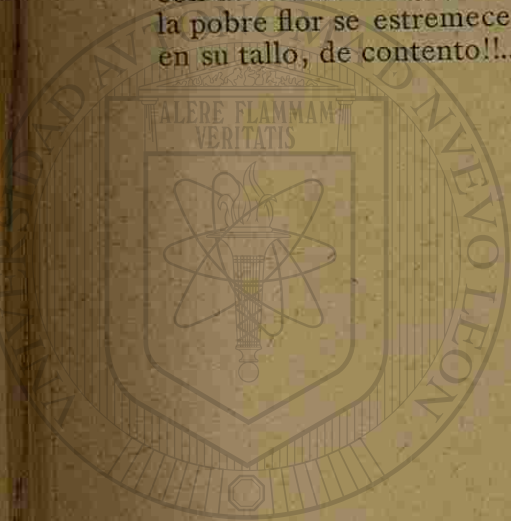
á cual más hermoso y bueno! —  
 adivinando sus ansias  
 y sus penas, le dijeron  
 palabras encantadoras  
 de atención y de consuelo.  
 ¡ Con qué gozo las oía  
 la pobre mujer del pueblo  
 encarecer sus trabajos  
 y adivinar sus intentos!  
 ¡ Qué frases tan exquisitas!  
 ¡ Qué cariño tan sincero!

Y ¡ cómo las interesan  
 los detalles más pequeños!  
 ¡ De qué modo la seducen  
 sus voces de timbres frescos,  
 el aroma delicado  
 que se escapa de sus cuerpos!....

Ellas la colman de elogios  
 y la descubren sus méritos,  
 y cuando se van trabaja  
 la infeliz con más contento,  
 con un afán tan profundo,  
 con tan febriles deseos.....  
 ¡ Y su rubia cabecita  
 se dobla sobre su pecho  
 como si la sedujeran  
 hermosísimos ensueños!

No la confunden con mozos,  
 ni doncellas, ni cocheros.  
 Ella come sola siempre  
 en su lujoso aposento.  
 En cuanto llegan las horas  
 agradables del almuerzo  
 le ponen allí la mesa  
 en un velador pequeño,  
 y un lacayito la sirve,  
 muy locuaz y muy atento.  
 ¡ Son tan preciosos los platos  
 y tan ricos los cubiertos!  
 Y ¡ qué frutas! y ¡ qué vino!  
 ¡ qué manjares tan selectos!  
 La innata delicadeza  
 de su espíritu despierto;  
 instintivamente casi,  
 para finos gustos hecho;  
 ¡ qué bienestar recibía  
 de vivir en aquel medio,  
 en aquel mundo tranquilo,  
 tan feliz, tan hechicero!  
 Así la flor delicada,  
 la flor del abismo negro,  
 la pobre flor que se muere  
 de pena sin ver el cielo,  
 cuando por fin la acarician  
 y la columpian los vientos  
 de primavera, que vienen

todos cargados de besos,  
cuando al fin el sol la dora  
con dulcísimo reflejo,  
la pobre flor se estremece  
en su tallo, de contento!!.....



## II.

Por fin la tarde termina;  
debe ya volver á casa.  
Otra vez atravesando  
la gran puerta blasonada,  
por entre los grandes grupos  
que forman las turbas anda.  
La luz del gas todavía  
se va encendiendo muy pálida.  
El crepúsculo que muere  
deja tintas de escarlata  
en un cielo de muy fino  
color de verde esperanza.  
Los transeúntes se esquivan  
por temor á las paradas;  
apenas atiende alguno  
si le miran ó le llaman.  
Van aprisa casi todos  
los que por la calle pasan;  
les aguija el apetito,  
los hogares les aguardan.  
Ella jamás se detiene.  
¡Dura tanto su jornada!  
Para distinguir los muros  
cien de su casa,

¡dura tanto su camino!  
 ¡más de una legua! ¡tan larga!  
 Y en el hogar, donde muchos  
 se refugian, ¿qué le aguarda?  
 La sopa que se le enfria  
 sobre las murientes ascuas,  
 el mal pedazo de carne  
 que apenas probó la salsa....  
 las blasfemias y denuestos,  
 maldiciones y amenazas  
 del padre, viejo, viudo  
 ya dos veces, cuya espalda  
 se ha doblado al rudo golpe  
 de las fatigas pasadas;  
 los dos rubios hermanitos  
 que cuando la tarde acaba  
 vuelven siempre del colegio  
 á los brazos de su hermana.  
 Piensa la pobre en su padre.  
 Tan sólo pensar le espanta.  
 ¡Con tal de que no regrese  
 bebido, que no les haga  
 sufrir todos los horrores  
 de una escena casi trágica!  
 Y debió cobrar hoy mismo  
 el desgraciado sus pagas.  
 A veces, cuando las cobra,  
 noches y noches se pasan  
 sin que de sus nidos malos

sepa nadie nunca nada.  
 Va la pobre muy de prisa;  
 la agujonéan sus ansias.  
 Ni la detienen requiebros,  
 ni distracciones la paran.  
 Evita rápidamente  
 sufrir la grosera charla  
 del miserable borracho  
 que trazando curvas marcha,  
 ó que en el umbral grasiento  
 del figón maldito baila.  
 Con los ojos inclinados  
 y con la pena en el alma,  
 va cada vez más aprisa,  
 más triste, más fatigada.  
 Modales de gran señora  
 tiene la pobre muchacha.  
 Trasciende todo su cuerpo  
 y en torno á su cuerpo vaga  
 yo no sé qué de tristeza,  
 de admiración y de lástima.  
 Cuantos la encuentran la miran,  
 como si la respetaran.  
 Ella no ve casi nunca  
 porque la ciegan sus lágrimas.  
 ¡Ante su paso, los mismos  
 burladores se le apartan!

Llega por fin á las puertas



miserables de su casa,  
 y al llegar, cobrando aliento,  
 breves instantes descansa;  
 cruje después la escalera  
 bajo sus débiles plantas.....  
 Llegá por fin. Todas, todas  
 sus desventuras la asaltan.  
 Ya todas sus presunciones  
 son realidades amargas.  
 No volvió su viejo padre;  
 luego cobró..... porque falta.  
 Los hermanitos la esperan  
 con miedo..... ¡siempre les causa  
 tal horror y tal espanto  
 la soledad de su casa!  
 ¡La reciben tan a'egres  
 y la besan, y la abrazan!  
 Ella del estante viejo  
 las copas y platos saca,  
 pone luz sobre la mesa,  
 dirige dulces palabras  
 á los niños; comen ellos  
 vigilados por la hermana  
 que los mimá, los atiende,  
 los besa, los agasaja.  
 Después, cuando los acuesta,  
 los dos en lá misma cama;  
 después, cuando ya los niños  
 tranquilamente descansan,

¡ay! otra vez sola, sueña.....  
 ¡más vale que no soñara!

¡Qué tristes habitaciones,  
 y qué pobrísima casa!  
 ¡Cómo se llena del tufo  
 acre y tibio de la lámpara!  
 Sobre los muelles partidos,  
 en la deshecha butaca,  
 entre un montón de papeles  
 el sucio gato descansa.  
 En la pared, casi rota  
 cuelga de un clavo una lámina:  
 —¡¡Gambetta!!..... ¡la frente al aire  
 y encendida la mirada!  
 ¡conduce los regimientos  
 á los campos de batalla!—  
 Los niños ni ropas tienen.....  
 ¡qué miseria les aguarda!  
 Y en aquel triste momento  
 ante su memoria vagan,  
 como sombras de una fuerte  
 pesadilla que la mata,  
 aquel palacio lujoso,  
 aquellas lujosas cámaras,  
 aquel almuerzo servido  
 sobre fina loza blanca;  
 todas aquellas dulzuras  
 de aquella vida fantástica.

Si, todos, todos los días,  
 mientras la pobre trabaja,  
 le dirige la duquesa  
 consoladoras palabras.  
 ¡Qué vida tan seductora  
 la de aquellas dos hermanas,  
 que, cogidas por el talle,  
 como si se prepararan  
 á bailar, tan á menudo  
 cerca de sus ojos pasan!  
 ¡Qué bonitas son! ¡Qué alegres!  
 ¡Qué frescas sus carcajadas!  
 Y en sus clarísimos ojos  
 ¡qué de luz hay, qué de calma!  
 ¡La del que no se preocupa  
 ni del hoy ni del mañana!  
 ¡Comparar aquella vida  
 con la suya, tan ingrata!  
 ¿Será tal vez que no cesa  
 ni un instante de envidiarlas?  
 ¿Qué miserables pasiones  
 le devoran las entrañas?  
 Y la pobre se reclina  
 sobre su deshecha cama,  
 llorando nerviosamente,  
 lúgubre, desesperada.....  
 ¡Qué silencio tan profundo  
 ¡Todo ya, por fin, descansa!  
 ¡Duerme tú, mártir doliente

de las miserias humanas!  
 ¿Qué sordo estrépito suena?  
 dí, ¿por qué te sobresaltas?

El padre vuelve borracho,  
 estremeciendo la casa  
 con la fuerza de sus golpes  
 y sus brutales palabras.

## III.

Nada cambió. Todo sigue  
 lo mismo, á los ocho días.  
 Cose la infeliz, teniendo  
 siempre muy baja la vista.  
 Los mismos aires la envuelven,  
 sufre las miserias mismas,  
 igual esplendor la asombra,  
 riqueza igual la fascina.  
 El jardinero las plantas  
 del jardín con mimo cuida.  
 Ya pronto la primavera  
 perfumada y hermosísima  
 las coronará de flores,  
 ¡tan lozanas y tan lindas!  
 Y sobre los entrepaños  
 los mismos pastores guían  
 los mismos dulces corderos,  
 los de los rizos y cintas.  
 Y el héroe de cien batallas,  
 que no conoció fatiga;  
 el gloriosísimo abuelo,  
 prez de toda la familia,  
 rigiendo el corcel fogoso  
 que se inquieta y encabrita,

guardando su igual postura  
 riñe la batalla misma.

Sufriendo siempre la pobre,  
 consolándose cosía,  
 llena de inquietud el alma,  
 de presagios y desdichas,  
 cuando conmoviendo el aire  
 con sus voces y sus risas  
 entraron las dos muchachas,  
 siempre las dos tan bonitas,  
 siempre las dos tan felices,  
 tan buenas, tan parecidas!  
 La mayor le dijo al punto  
 con espontánea alegría:  
 «Vamos, ¿á que usted no acierta  
 la razón de la visita?  
 Pues bien, quisiéramos..... darle.....  
 ¿No acierta usted todavía?  
 ¡Un par de zarcillos! Siempre  
 damos nuestras alhajillas  
 después que ya nos aburren.....  
 ¡hasta lo bueno fastidia!»

Fácil rubor sorprendióla;  
 se encendieron las mejillas  
 de la infeliz y las lágrimas  
 enturbiaron sus pupilas;  
 quiso hablar, pero no pudo.....

¿qué más su voz les diría  
 que la expresión de sus ojos  
 y su turbada sonrisa,  
 y en el semblante sus lágrimas  
 y el rubor que lo encendía?  
 —«¡Déjenos usted!» dijeron  
 las seductoras loquillas,  
 sin escuchar de la pobre  
 las protestas conmovidas.  
 Tanto á las dos les alegra  
 la gloria de hacer la dicha,  
 que del gozo de lograrla  
 hasta el techo saltarían!  
 ..... Y las dos apoderándose,  
 de sus orejas, le quitan  
 los miserables zarcillos  
 que siempre, siempre traía,  
 y en sus breves agujeros  
 le cuelgan sus manos lindas  
 unos pendientes de oro,  
 de labor curiosa y fina,  
 en cuyos huecos menudos  
 claros zafiros titilan.

«¡Y es tan rubia! ¡tan hermosa!  
 ¡qué bien le sientan!—le gritan.—  
 ¡Mírese usted al espejo,  
 porque está usted preciosísima!»  
 ¡Con qué seductor encanto,

con qué profunda alegría,  
 con qué turbación risueña,  
 tan natural y tan íntima,  
 se vió la pobre al espejo  
 de mano que la ofrecían!  
 ¡Vió tan cerca los *diamantes*  
*azules* y sus pupilas  
 celestes! ¡Ah! Todo aquello.....  
 sí..... ¡todo aquello!..... ¿sería  
 suyo? ¿todo suyo?..... ¡¡suyo!!  
 ¡qué terrible pesadilla!  
 Duda..... tiembla..... Sin embargo,  
 las dos jóvenes *patricias*  
 apenas pudieron casi  
 ni comprender lo que hacían.....  
 ¿por diversión? ¿quién lo sabe?  
 ni ¿quién jamás lo adivina?  
 ¡Tal vez como cuando sopla  
 Junio sus calientes brisas  
 en los huertos, se solazan  
 los chiquillos y chiquillas  
 ensartándose pendientes  
 de cerezas y de guindas,  
 por las puntas de los rabos  
 dos á dos ó tres prendidas!

## IV.

Otra semana muy lenta  
ya pasó. La noche cae.  
La pobre vuelve á su casa  
cruzando calles y calles  
muy aprisa, muy aprisa,  
corriendo, corriendo casi.  
Las dos hermanas felices  
pasaron toda la tarde  
con ella, la entretuvieron  
horas tras horas, contándose  
mil historias divertidas  
y mil pintorescos lances,  
y la regalaron dulces,  
bombones de chocolate.....  
¡Vaya!..... por fin..... ¡que estuvieron  
muy buenas y muy amables!

La pobre vuelve á su casa  
muy compungida, muy grave,  
muy preocupada, muy triste  
con sus pensamientos. Hace  
tres días..... ¡Jesús, qué largos!  
ya tres días que no sabe  
ni cómo vive siquiera

el borrachín de su padre,  
ni en qué derrocha su vida,  
ni en qué gasta sus jornales.  
Y los niños ya no tienen  
que comer. ¡Y el miserable  
todas las noches la riñe,  
todas las noches!..... ¡Cobarde!  
¡Qué vergüenza! Pretendía  
que el patrón le adelantase  
cierta cantidad hoy mismo.  
La pobre va preguntándose:  
«Y ¿qué pasará?»

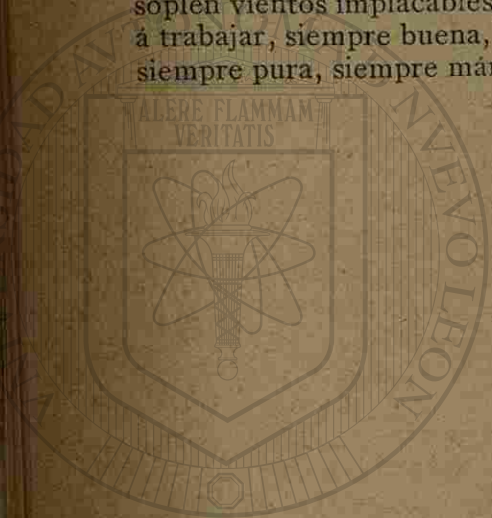
¡Lo mismo!  
¡No se corrige por nadie!  
¡Y sus hermanos en casa  
tienen frío y miedo y hambre!  
¡Y ella tiene los bolsillos  
tan llenos de dulces! Abre  
febrilmente los cajones  
de la mesa, los estantes.....  
¡Oh! ¡nada! ¡ni un mal pedazo  
ni de pan duro que darles!  
¡Y sus hermanos la miran  
y la miran implorándoles!  
Y entonces, dando la vuelta,  
con la furia y el coraje  
de la tigre que se mueve

tras las barras de su cárcel,  
 en el cristal de un espejo  
 que apenas copia su imagen,  
 deslustrado ya, partido,  
 vió de pronto reflejarse  
 los dos pendientes aquellos,  
 los dos *azules diamantes*.....  
 ¡Y sus hermanos la miran  
 y la miran implorándoles!.....  
 Prontamente se decide;  
 luego, bruscamente, sale,  
 baja á saltos la escalera  
 y cruza calles y calles.....  
 «¡No tengáis miedo!—murmura—  
 ¡no tendréis, hermanos, hambre!»

¡Nunca la dolieron tanto  
 sus dudas y sus pesares  
 como aquella larga noche  
 de angustias interminables!  
 ¿Cómo volver al palacio?  
 Si vienen á preguntarle  
 por los zarcillos, que siempre  
 los lleva desde el instante  
 en que se los ensartaron  
 aquellos dedos de ángel,  
 ¿cómo descubrirlo todo?  
 ¿cómo, cómo confesarles  
 sus zarcillos empeñados,

su salario miserable,  
 los horrores de su casa  
 y los vicios de su padre?  
 ¡Si piensan tal vez que miente!  
 ¡que explota sus caridades!  
 ¡Ah! ¡no! ¡qué vergüenza! ¡nunca!  
 ¡no! ¡jamás! En adelante  
 ni recordará las plazas  
 ni recordará las calles  
 de su camino de siempre.....  
 Y, sin embargo..... ¡quién sabe!  
 ¡No la quieren mal! Siquiera,  
 si las conmueven sus males.....  
 ¡No! ¡no! ¡Las limosnas siempre  
 tienen algo despreciable;  
 algo del mismo desprecio  
 de las más puras piedades!  
 Trabajaré mucho, mucho,  
 y al fin, con lo que se gane.....  
 ¡Vosotras, gentes felices,  
 juzgadla, tal como os place!  
 ¡Mancillad su pura frente  
 y escupid en su semblante!  
 ¡Por altiva y orgullosa  
 lanzadla vuestros ultrajes!  
 ¡Yo la adoro, yo que sufro,  
 compadezco sus pesares!  
 Ella por sus dos hermanos  
 y por su maldito padre

correrá por esos mundos  
 noches, mañanas y tardes,  
 caigan nieves y granizos,  
 soplen vientos implacables,  
 á trabajar, siempre buena,  
 siempre pura, siempre mártir.



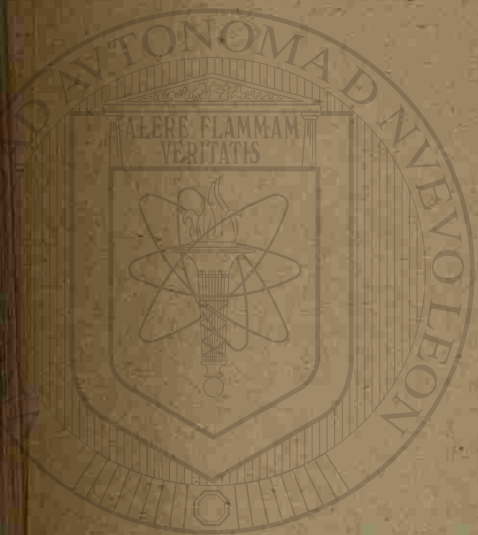
## V.

Ayer, al salir de misa  
 y encontrarse con Sor Agata,  
 con frases de gran enojo  
 la duquesa le contaba  
 que su infeliz protegida  
 — ¡una verdadera ganga! —  
 ¡después de tantos obsequios  
 y de tan dulces palabras,  
 ni explicaba su conducta,  
 ni aun volvía por su casa!

Y Sor Agata le dijo  
 toda confusa: «¡Qué ingrata!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



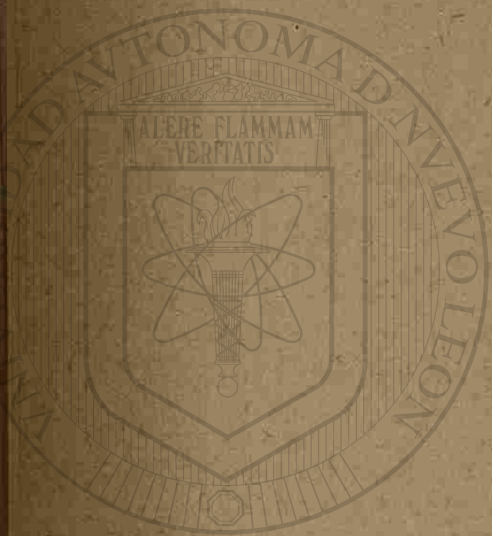
LA CABEZA DE LA SULTANA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Al hijo noble de Murad el grande,  
al gran Mahomet, lo mismo cuando vela  
que cuando al sueño halagador se rinde,  
un mismo pensamiento le atormenta:  
¡ Bizancio la imperial! siempre Bizancio!  
¡ glorioso fin de su ambición suprema!  
¡ Ah! ¡ Cuántas veces en su hermoso esquife  
que al repetido impulso que le prestan  
veinte poderosísimos remeros  
corta las aguas y en las aguas vuela,  
cuántas veces oyó sobre los aires  
los murmullos de zambras y de fiestas  
de la ciudad, y lejos, aún más lejos,  
cuántas veces miró, con cuánta pena,  
las cúpulas doradas que en sus ondas  
las corrientes del Bósforo reflejan!

Como noble caballo de combate  
al que incisivo tábano impacienta,  
el gran Mahomet, esclavo de sus ansias,  
de lograr sus designios desespera.

No se oculta al sultán que necesita  
de tropas fieles para tal empresa,  
y á sus bravos genizaros halaga,  
no ya con oro, sino á manos llenas;  
pero la fácil calma del reposo  
corrompidos los tiene y en pereza,  
y mientras más de su Señor consiguen,  
aun mucho más de su Señor deséan.  
Como en el mundo todo se concluye,  
del sultán acabóse la paciencia.  
Cansóse al fin de su trabajo inútil,  
cerró del gran harén las altas puertas,  
y en la paz encontró de las caricias  
alivio á las nostalgias de la guerra.

Como que fácilmente se corrompe,  
si la hostiga el furor, la soldadesca,  
pronto en sus filas el motín estalla,  
acompañado con feroz tormenta  
de imprecaciones fuertes y silbidos  
que en los muros altísimos se estrellan  
del soberbio palacio. Nadie puede  
ni entrar en él, ni pretenderlo apenas.  
Delante de sus muros imponentes

las indignadas turbas se congregan,  
las turbas de soldados sediciosos  
que crecen sin cesar, y que vocéan.

Dicense los soldados al oído  
que el vil Mahomet, el que sin pan les deja,  
bajo la sombra de jardín ameno,  
bajo el abrigo dulce que le presta  
bellísimo *kiosko*, donde cantan  
las más sentidas aves sus querellas,  
donde el ambiente vaga embalsamado  
con olor de clavel y de azucenas,  
donde los rayos de la luz se filtran  
lánguidamente, descuidado sueña.  
Que sobre mullidísimos cojines  
horas tras horas sin dormir se entrega,  
que dulce filtro dobla sus ensueños  
y disminuye su vigor, se cuenta.  
Dicen también, y sus injurias crecen,  
que dulce joven, pasmo de bellezas,  
con lascivas miradas le seduce  
y en prisiones de abrazos le encadena;  
y dicen que el sultán quiere tan sólo  
vivir, amar y padecer por ella.  
Dicen, al fin, que la guitarra siempre  
su tierna voz á sus palabras mezcla,  
y que entretienen las fugaces horas  
al dulce ritmo de canciones persas.

Y poco á poco suben los insultos,  
como la mar, si crece la marëa.

«¡Baldón mil veces al sultán protervo!  
¡Que mil veces le acabe la vergüenza!»  
dice la multitud, con el zumbido  
de moscas en verano. — ¡«Muera! ¡muera!  
No reclamamos pretenciosas pagas;  
ambicionamos glorias, luchas, guerras!  
El gran sable de Osmán duerme en olvido;  
si no lo empuña valerosa diestra,  
se mancha con la herrumbre; solamente  
se afila cuando corta en la pelëa.  
Nuestro interés no rige nuestra furia.  
Propósitos más altos nos alientan.  
¡Ah! ¿le seducen peregrinos ojos?  
¿nos abandona? Pues ¡maldito sêa!  
Queremos verle sin tardar; hablarle;  
queremos que nos diga su respuesta.  
¡Que salga! ¡Que se muestre! ¡Que nos oiga!  
¡Nos consume justísima impaciencia!  
¡Pronto! ¡El sultán! ¿Nos trata como á perros?  
Abridnos pronto, sin tardar, las puertas;  
que si no, si persisten los engaños,  
sabremos destrozarlas á la fuerza!»

Los gritos crecen cada vez, los puños  
se agitan más, la sedición aumenta;  
pero por más que los clamores suben,  
siguen cerradas las enormes puertas.

## II.

Khalil-pachá, visir de gran influjo,  
consiguió de su fuerte valimiento  
entrar en el recinto, sin embargo,  
donde Mahomet consume sus desêos.  
Insistió, para verle, para hablarle,  
y al fin lo consiguió, no sin esfuerzo.

Sobre un diván, tendido muellemente,  
en su retiro plácido y secreto  
Mahomet le recibió. Vagos perfumes  
lanzan allí graciosos pebeteros.  
Sobre las cuerdas de la guzla deja  
vagar Mahomet los indolentes dedos,  
y la hermosa que manda en sus caprichos  
con el más invisible de sus ruegos  
se reclina á sus pies, casi desnuda,  
en la piel de un león, y sus cabellos  
dan á sus formas, blancas y opulentas,  
sutil, airoso y delicado velo.

Inclinando el visir la altiva frente,  
y las robustas manos escondiendo  
entre las mangas, silencioso espera  
permiso para hablar.

«Si mi silencio  
 turba mi fiel visir—Mahomet le dice—  
 si turba mi feliz apartamiento,  
 ¿qué busca? ¿por qué viene? ¿qué desea?  
 ¿qué le conduce á su Señor? ¿qué objeto?  
 ¿No sabes que descanso de mis cuitas?  
 ¡No escoges el mejor de los momentos!  
 ¡Es tan hermosa, tanto, mi sultana!  
 ¡Yo la decía tan hermosos versos!»

«¡Por Allah!—fuertemente le responde  
 Khalil!—¡oh gran Mahomet, ilustre deudo  
 de tan ilustres principes, el hijo  
 del gran Murad, el valeroso, el recto,  
 aun peor escogiste los instantes  
 para el placer y el ocio y los ensueños!  
 Aquí, junto á las puertas del palacio,  
 y en actitud de sedición revueltos,  
 se indignan tus soldados, y te llaman.  
 ¡Sal, pues, si te propones convencerlos!  
 ¡Que tu sola presencia les recuerde  
 que su deber impóneles respeto!  
 ¡Si te miran, podrás encadenarlos!  
 ¡Si no por ti, por tu grandeza tiemblo!»

Mientras que de tal modo, gravemente,  
 le reprochaba su indolencia el viejo,  
 sonreía Mahomet, sin inmutarse,  
 á la sultana de los ojos negros.

Entonces ella, siempre tan hermosa,  
 temblando por su amor y por su dueño,  
 arrastrándose fué, y al fin llorando  
 se abrazó la infeliz contra su pecho.  
 Sus ojos le miraban con ternura  
 y le imploraban á la vez con miedo,  
 y en la opresión estrecha de su abrazo,  
 sobre su hermoso alabastrino cuello,  
 los cortantes bordados imprimía  
 del lujoso *caftán*, todo cubierto  
 de innúmeros rubíes, que acrecientan  
 la luz del sol si se derrama en ellos!

«Deja los sediciosos; no te asustes.  
 Yo los amansaré como corderos  
 —dijo el sultán.—Conozco mis genizaros,  
 y conozco su amor y su respeto.  
 No andábamos ha mucho muy acordes,  
 y me retraje. ¿Quieren verme? ¡Bueno!»

Levantándose entonces de repente  
 á Djem llamó, con imperioso gesto,  
 al eunuco nubiano preferido,  
 que prueba siempre del manjar selecto  
 que se destina á su Señor, que lava  
 las losas del brillante pavimento,  
 sobre el que extiende la mejor alfombra  
 del gran Mahomet, la alfombra de los rezos.

Á Djem llamó, con fuerza desligándose  
de aquel abrazo pertinaz y trémulo  
de la infeliz y peregrina hermosa,  
de la sultana de los ojos negros.

Á Djem habló, dos frases, por lo bajo,  
y en calma, ni medroso, ni altanero,  
como si no escuchase los murmullos  
de la revuelta, que cual largos ecos  
de los furoros de la mar distante  
irritados llegaban desde lejos,  
seguido por Khalil, hacia el peligro,  
seguro de esquivarlo, fué derecho,  
por la escalera anchísima de pórvido  
del lujoso palacio descendiendo,  
por entre los dragones que la adornan,  
emblemas y testigos de su esfuerzo.

## III.

Zumba fuerte clamor. Sobre sus goznes  
giran las puertas del harén pesadas,  
y tras la bruma de átomos de oro  
que puebla el aire cuando el sol derrama  
sus rayos muy oblicuos, aparece  
ante los ojos de Mahomet, la plaza.  
Olas de brillantísimos turbantes  
allí con leve movimiento danzan.  
Las contempla Mahomet serenamente.  
Su varonil figura se destaca  
llena de sol, sobre el obscuro fondo,  
en la sombría y tétrica portada.  
Junto á los altos muros, imponentes,  
al pie de la soberbia escalinata,  
donde los fuertes grupos sediciosos  
se golpean, se juntan y se amagan,  
los ojos le persiguen y le admiran,  
las bocas le saludan y le llaman.

Khalil sigue sus pasos con respeto.  
Djem al principio de su lado falta,  
más llega pronto. Con su cuerpo esconde  
un saco misterioso donde guarda  
sabe Dios qué.

Los gritos no concluyen;  
 más cada vez acrece la canalla.  
 Por ella con satánico desprecio  
 Mahomet extiende la feroz mirada,  
 y hacia las turbas, luego, da tres pasos.....  
 ¡y retrocede la maréa humana!

«¿Qué me queréis?—les dice de improviso,  
 con voz terrible y breve—¿Quién me llama?»

Los sediciosos dudan, tiemblan. Todas  
 las insolencias á su voz desmayan.  
 Vago murmullo de las turbas sale.  
 Breve momento de sorpresa pasa.  
 Luego la voz terrible, nuevamente,  
 «¿Qué me queréis—pregunta—¿Quién me llama?»

De los primeras filas de las turbas  
 un soldado salió, de luenga barba  
 y continente austero. Tres puñales  
 á la cintura lleva, y en la cara  
 dos grandes y profundas cicatrices  
 que de lo duro de sus luchas hablan.  
 Es un fiel veterano, de los tiempos  
 de Bayezid-pachá. Su voz exclama:  
 «¡ Señor de los creyentes y leales,  
 cabeza gloriosísima, sagrada;  
 todas te pertenecen nuestras vidas,  
 todas tuyas serán, si las reclamas!

¡Señor de los creyentes! Por nosotros  
 ni te pedimos ni queremos nada.  
 Con luchar donde luches, ya nos honras.  
 Con morir donde quieras, ya nos basta.  
 Pero permite al viejo veterano  
 que por tí, por tu padre, por tu patria,  
 mil y mil veces arriesgó la vida  
 sobre el revuelto campo de batalla,  
 permítele que lleve á tus oídos  
 la augusta voz de la verdad amarga.  
 Dice tu pueblo que al placer te inclinas;  
 dice que infame seducción te arrastra,  
 y que en los brazos de mujer impura  
 de tus glorias te olvidas y tu fama.  
 Por todos tus genízaros, por todos,  
 mi fiel acento, gran Señor, te llama.  
 ¡Pruébale pronto que sus voces mienten!  
 ¡Pruébale pronto que su amor se engaña!  
 ¡Vuelve al combate y á la lid sangrienta!  
 ¡Monta el noble caballo que te aguarda!  
 ¡Pon el arnés sobre tu cuerpo ilustre!  
 ¡Sobre tu diestra la feliz espada!»

Y el sultán le responde: «Si no fueses  
 la prez y orgullo de tu noble raza,  
 ya con la propia sangre de tus venas  
 el suelo donde pisas encharcaras.  
 ¿Y piensas que un capricho solamente  
 logra mudar el rumbo de mis ansias?»

¡Piensas, oh pueblo ingrato, que los besos,  
 los pobres besos de infeliz esclava,  
 mi noble orgullo, mi valor constante  
 debilitan, corrompen y quebrantan?  
 ¡No se doma al león con las caricias,  
 ni con freno de flores delicadas!  
 ¡Vais á ver el ejemplo de sus furias!  
 ¡Vais á mirar la huella de sus garras!  
 ¡Y me acusáis? ¡A mi, forma visible  
 del poderoso Allah? ¡Torpes canallas!  
 ¡Hijos de perros! ¡miserables perros!  
 ¿Mi respuesta pedis? Puesbien... ¡tomadla!



## IV.

Dijo el sultán con varonil acento.  
 Y á Djem llamó, y en el profundo saco  
 de enrojecidos bordes, lentamente  
 hundió la diestra temblorosa mano.  
 Y ante la vista absorta de las turbas  
 una cabeza descubrió, sangrando.  
 La de la hermosa de los negros ojos,  
 partida por el cuello, de un sablazo.

Partida ferozmente, descubriendo  
 desde la nuca á la garganta el tajo;  
 envuelta en el desorden espantable  
 de los rojos cabellos desatados,  
 por donde, con salvaje complacencia,  
 la sostiene Mahomet en el espacio;  
 con los dientes al aire, contráidos,  
 y los ojos que aun miran con espanto,  
 se mueve la cabeza, se columpia,  
 su sangre generosa derramando  
 con fúnebre insistencia, poco á poco,  
 sobre las losas de pulido mármol.

La turba inquieta con horror la mira.

Sigue la sangre hirviendo gotéando.

¡Y el sol, viejo testigo de los crímenes,  
que se acercaba entonces á su ocaso,  
derramó de improviso por los aires  
ondas crecientes de sangriento rastro!  
El horizonte inmenso, el mar de Mármara  
del fúnebre reflejo se llenaron.  
El sol, como un semblante, parecía  
llorar, sangrientamente. ¡Los espacios  
donde flotaban vaporosas nubes;  
el círculo de bosques apartados;  
el puerto donde fingen grandes selvas  
buques mil, con sus jarcías y sus palos;  
más lejos la ciudad; los minarettes,  
donde resuenan religiosos cantos;  
las cúpulas doradas y grandiosas;  
las casas y mezquitas y palacios;  
hasta el mismo sultán, de pie, delante  
de las enormes puertas del serrallo,  
todo, todo á la par, súbitamente,  
se matizó de rojo, presagiando  
la sangre que Mahomet derramaría  
en pronta guerra y en futuro estrago.

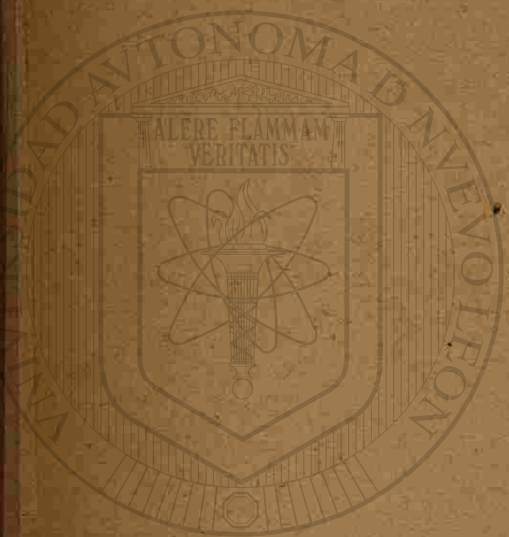
Pero, sin ver el símbolo espantoso,  
el cobarde y abyecto populacho  
al príncipe verdugo saludaba  
con gritos de frenético entusiasmo!

Y «¡Allah!» decía con salvaje furia,  
¡y el nombre ilustre del Profeta santo!  
Los infames genizaros gritaban,  
á los pies del sultán arrodillados,  
ó en sus flotantes ropas imprimían  
besos y besos, con infames labios.  
Ya, después, el sultán, de los extremos  
de tan salvaje amor se fué cansando,  
y al fin, como lanzádoles su presa,  
lejos, muy lejos, con forzado brazo  
arrojó la cabeza de la hermosa  
á los sangrientos aires!.....

¡Gritos bárbaros  
de salvaje furor correspondieron  
desde la plaza, por tan vil regalo!  
Mahomet volvió los encendidos ojos  
á su viejo visir, y por lo bajo  
mostrándole su pueblo que rugía  
más que nunca feliz y más su esclavo,  
«¿Los ves?—le dijo con furor.— Ahora,  
dime, ¿no me conquistan á Bizancio?»





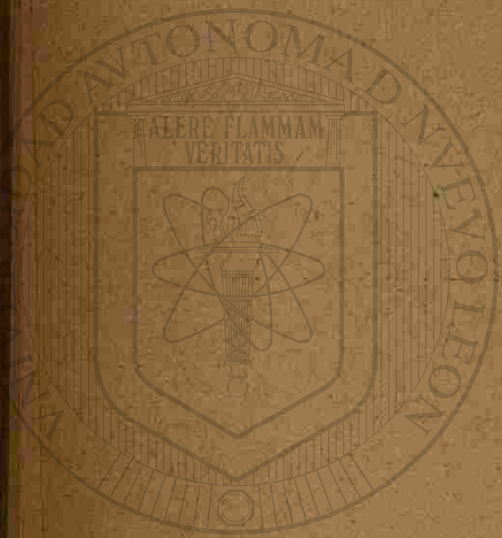


¡.....ESPERANDO!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Junto al fin del canal, lleno de buques,  
siempre al balcón de su vetusta casa,  
frente a la mar, aunque los rayos cieguen,  
ella escudriña el vago lontananza.

Aunque torna muy pálido su rostro  
su eterna viudedad, aunque el estrago  
de la pena sufrió, son sus vestidos  
los de su juventud, lindos y claros.

Hace ya muchos días, muchos días  
que, siempre allí, contempla el horizonte  
desde que copia el mar la luz del alba  
hasta que el sol tras de la mar se pone,

y siempre ve morir claro lucero  
y ardiente sol por el distante sitio

en que miró desaparecer la vela  
que nunca más hacia su puerto vino.

Hace ya muchos años que no muda  
ni en costumbres, ni en vida, ni en idéas;  
su corazón inalterable, puro,  
fiel á los votos de su amor espera!

Los apacibles viejos, sus amigos,  
al mirar la expresión de su semblante,  
las medallas pendientes de las cintas,  
su dulce voz y su cuidado traje,

quizá por una joven la tomaran,  
si alguna vez sus temblorosos dedos  
no descubrieran, sin querer, la nieve  
que á trozos ya mostraban sus cabellos.

Por todas partes hállanse memorias  
del infeliz, del infeliz ausente,  
sus instrumentos, su reloj, parado  
hace ya muchos días, muchos meses.....

Él, para despejar su camarote  
allí dejó sus empolvados libros;  
aquel lagarto colosal, que luce  
bajo el techo, fué muestra de su tiro.

Armas y telas cubren las paredes;

todas las que le trajo desde lejos!  
y el mapa aquel, *la carta de derrota*,  
como burlón testigo de su anhelo.

Corrientes mil se cruzan por sus rayas,  
corrientes mil y vendavales fijos,  
¡qué pronto los clavados alfileres  
se detuvieron sobre el mar, perdidos!

Ella condujo la velera nave  
hasta el trópico mismo vencedora.  
Interrumpióse luego bruscamente;  
ya ni tuvo noticia, ni memoria.

¡Y se detiene donde el mapa fija  
un punto negro, donde el viento brusco  
cita á las olas de la mar y forma  
la gran tormenta inexorable embudo!

Y el pensamiento de la pobre vaga  
sin reparar en el temido cuadro,  
y mientras, ve las flores, ya marchitas,  
pegadas á las hojas del *herbario*.

Aquel *herbario* de feliz recuerdo,  
aquel *herbario* que en mejores días  
él le quiso mandar como tributo  
de su memoria fiel, desde las Indias.

Hasta que llega la piadosa noche,  
cuando la rinde la fatiga, sueña  
con el camino que vendrá siguiendo  
para venir, para venir de vuelta.

Ó ya evocando sus mejores horas,  
desgrana con su fijo pensamiento  
las cuentas muchas del rosario dulce,  
del místico rosario del recuerdo.

Y cuando sobre el mar viene la noche,  
cierra los ojos; sueña con los cantos,  
con los cantos alegres del marino  
que torna al puerto, que le ve cercano.....

ó con un buque de gallardas velas,  
todas al aire, que ligero vuelve,  
triunfador y feliz, entre la magia  
de una puesta de sol resplandeciente !

INTIMIDADES.

—  
1867.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hasta que llega la piadosa noche,  
cuando la rinde la fatiga, sueña  
con el camino que vendrá siguiendo  
para venir, para venir de vuelta.

Ó ya evocando sus mejores horas,  
desgrana con su fijo pensamiento  
las cuentas muchas del rosario dulce,  
del místico rosario del recuerdo.

Y cuando sobre el mar viene la noche,  
cierra los ojos; sueña con los cantos,  
con los cantos alegres del marino  
que torna al puerto, que le ve cercano.....

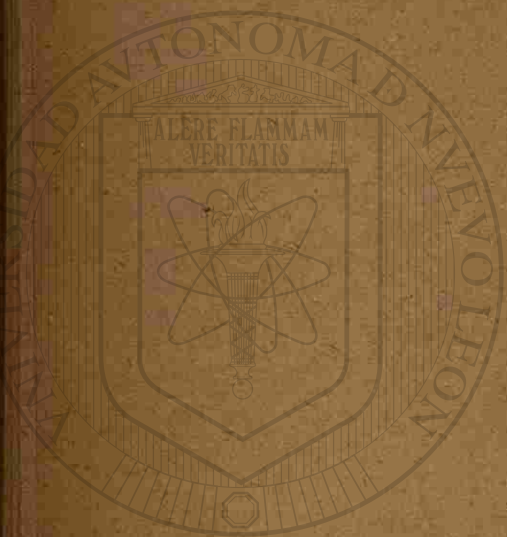
ó con un buque de gallardas velas,  
todas al aire, que ligero vuelve,  
triunfador y feliz, entre la magia  
de una puesta de sol resplandeciente !

INTIMIDADES.

—  
1867.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Para ensalzar al mundo  
tus gracias seductoras,  
¡dulcísimo recuerdo!  
con el que en vano lucho,  
¡dulcísima memoria!  
que de sentirla muero,

evocaré—cantando  
con dulces melodias  
inefable balada—  
sobre cojín bordado,  
un paje, que suspira  
á los pies de su dama.

Está el cojín cubierto  
de lises y azucenas;  
es el paje muy joven,  
muy pálido, muy tierno,

ella, la pobre reina  
languidece de amores.

Él, entré mil suspiros,  
cantará, mientras toca  
su triste mandolina,  
para halagar su oído,  
para ver cómo dobla  
su frente pensativa,  
para mirar muy pálido  
su rostro..... ¡palidece  
su rostro por momentos!.....  
¡para sentir su mano  
que juega dulcemente  
con sus rubios cabellos!

Él morirá..... ¡quién sabe!  
del mal de los amores  
que sufren demasiado;  
que también el semblante  
del amoroso joven  
es pálido, muy pálido.

Si á través de los vidrios  
de las grandes ventanas,  
si detrás de las rejas  
ve seguir el camino  
y la nube que pasa

y el pájaro que vuela;

la libertad del mundo,  
la bóveda celeste  
y el límpido horizonte,  
él sueña, de seguro,  
él sueña que fué siempre  
feliz en sus prisiones.

A los sanos aromas  
de los bosques aquellos  
que los aires perfuman,  
él prefiere su atmósfera,  
palpitante de besos  
que apenas si se escuchan!

Él á todo prefiere  
sentir sus manos trémulas,  
saciarse de perfumes,  
y ver llegar su muerte,  
tan süave, tan lenta,  
sobre todo, ¡tan dulce!

Tan sólo siente celos  
cuando la reina mira  
con ojos pensativos  
al lebrél predilecto  
que á sus piés se reclina  
dulcemente dormido.

## II.

Esta noche vendrá, ¡vendrá sin duda!  
 ¡Sin duda! ¡Me lo tiene prometido!  
 ¡Ella! ¡Sí, mi pasión, mi luz, mi vida!  
 ¡Con qué misterio lo dispuse todo!  
 Alejé los amigos indiscretos,  
 y después en el aire que la espera  
 quemé perfumes que al llegar la besen.....  
 ¡Y dí á las llamas los prosáicos versos  
 con que en mis tristes horas entretuve  
 al corazón, herido por su ausencia!  
 ¡Y la aguardo! ¡Vendrá! ¡Vendrá muy pronto!  
 Sólo el rumor ligero de sus pasos,  
 como ligeros pasos de gacela,  
 al llegar á mi oído, ya bastante  
 me pagará las intranquilas dudas,  
 los mil pesares que sufrí por ella!  
 Y entrará fatigada, y escondiendo  
 su palidez, y en mis convulsas manos  
 enlazará las suyas, temblorosas,  
 .....y al sentir las caricias del ambiente  
 mágico y tibio, sus felices ropas  
 despedirán suavísimo perfume!

¡Oh penetrantes ósculos de amores,  
 los primeros, tan largos, tan ardientes,  
 al través recibidos y pagados  
 del velo azul de transparente gasa,  
 prendido atrás á su gentil sombrero!



## III.

¡Es una cobardía!  
 ¿Quién puede ni dudarle? Yo debía  
 encomiar el martirio á que se entrega  
 el corazón que aguarda  
 un prometido bien que tarda..... tarda.....  
 y que, por fin, no llega;  
 pintarle mi ansiedad..... ¡toda la noche  
 preguntando al reloj, con el oído  
 puesto en la calle, en el rodar de un coche,  
 en el menor rüido!

¡Es una cobardía!  
 ¿Quién puede ni dudarle? Yo debía  
 dejarme suplicar, de mil maneras,  
 condenar sus crueldades, execrarlas,  
 hacer que conociese mis agravios,  
 mirar correr sus lágrimas sinceras,  
 ....¡para después secarlas  
 con los ardientes besos de mis labios!

Pero al verla tan dulce, tan serena,  
 me postré de rodillas,

diciéndome en el alma : ¡si es tan buena!  
 y le tendí mis brazos temblorosos,  
 y oculté mi semblante  
 en los pliegues airosos  
 de su falda flotante.....  
 ¡Y gocé con mi engaño! ¿Quién podría  
 pedir lo que mi pena me exigía,  
 si sus manos rizaban  
 mis cabellos, y loca de alegría,  
 sus brazos á su pecho me estrechaban?  
 Y la absolvi de su traición futura,  
 y como vil esclavo que se goza  
 con arrastrar la misera cadena  
 que su infeliz esclavitud procura,  
 bendeci mis amores,  
 le celebré mi pena.....  
 ¡suplicando perdón por mis dolores!

## IV.

Era casi de noche. Ya la sombra,  
 la sombra, con amor, nos envolvía;  
 en el balcón apenas si lucía,  
 copiándose después en el espejo,  
 un pálido reflejo  
 del espirante día!  
 Sentíamos la calma deliciosa  
 que el cansancio procura.  
 Yo estaba casi muerto de ventura.  
 ¡Ella tan expresiva, tan hermosa!  
 ¡Á sus pies me rendí! Sus negros ojos,  
 que parecen mirar acariciando,  
 estaban todavía  
 con los últimos éxtasis soñando,  
 Al sentir sus miradas me latía  
 el corazón hasta romperse casi  
 de tal placer y mágico embeleso,  
 y en el aire flotaba  
 un dulce olor á beso.  
 ¡Y cubrí con mis lágrimas sus manos!  
 Yo que la quiero con pasión vehemente,  
 que tan inmensa mi pasión creía,

sentí que de repente  
 aun en el alma la pasión crecía,  
 y con afán ardiente  
 la dulce luz de su mirar buscaba,  
 y con los brazos trémulos ceñía  
 su delicado talle.....!

Y en el largo silencio se escuchaba  
 el rodar de los coches en la calle.

## V.

Su gabinete azul, su gabinete  
coquetón, es el cuarto que prefiero.  
Las flores que le dí por la mañana  
se marchitan allá, y el aire impregnan  
con un lánguido aroma que adormece.  
Los tibios y discretos resplandores  
de tardes melancólicas de Octubre  
aun muestran sus reflejos más hermosos  
filtrándose á través de las cortinas,  
que, largas, vienen á besar la alfombra.  
Junto al fuego que espira, dos sillones  
muy cerca están, y entre los dos parecen  
hablar de nuestros próximos pecados.  
Dócil cojín se arrastra por la alfombra,  
sin motivo tal vez, indiferente;  
pero el bribón se ofrecerá muy pronto  
á la rodilla que en el blando seno  
de su almohadón suavísimo se doble.

## VI.

¡Ay! la caricia más lenta  
es, sin duda, la mejor.  
¡Con qué furiosos rencores  
odias, lo mismo que yo,  
los instantes en que suena  
la campana del reloj  
para avisarnos que el tiempo  
de las disculpas voló!  
Ni duran tanto las misas  
ni las compras, y veloz  
el tiempo sigue..... ¡volando!  
¡insujetable!..... ¡traidor!  
y es ¡ay! tan dulce, tan triste  
y tan eterno tu adiós!!

Y llegan, llegan entonces  
los dolorosos momentos  
de los últimos abrazos  
y de los últimos besos!  
¡Qué de cosas me prometes!  
¡Qué de cosas te prometo!  
Y después nos olvidamos

de que pasa, vuela el tiempo,  
 y el reloj entonces torna  
 con sus avisos de nuevo.  
 Y te apresuras, y tiembles,  
 y ya te falta el aliento.....  
 y largos..... ¡largos, y dobles!!  
 son nuestros últimos besos!!

## VII.

Septiembre, con su cielo manchado por  
 [cometas  
 que los chiquillos lanzan á los serenos aires,  
 invita á los paseos tranquilos, solitarios,  
 por las hermosas calles,  
 cuando al salir de casa  
 de la mujer querida  
 sentimos perfumada  
 por su voz hermosísima,  
 que moduló palabras  
 de tierna despedida,  
 la soledad del alma!

En este mes hermoso me finjo la quimera  
 de que la quiero siempre con ímpetus ma-  
 [yores;  
 en este mes hermoso nacieron de repente  
 nuestras grandes pasiones.  
 Á solas, y en secreto  
 mi ventura gozando,  
 por las tardes la veo;  
 y al salir de su cuarto

primoroso y estrecho,  
calles y calles ando  
solo con mis recuerdos.

Endulza la memoria mis débiles idēas  
con mágicos efluvios de amor que me em-  
[bríagan  
y de mis ropas mismas y mis febriles manos  
un perfume se escapa,  
que templá mi infortunio,  
por el que siento luchas  
de vergüenza y orgullo;  
para decir más claro  
su deleite profundo.....  
así, como un aroma.....  
como un aroma..... rubio !!

## VIII.

El crepúsculo es dulce y ¡ ay ! es triste  
como el último adiós. Ya en el Oriente,  
sobre el azul sombrío de los cielos  
la noche empieza á desplegar su manto.  
Tímidas claridades, esperanzas  
de luceros magníficos, contemplan  
al Occidente, claro todavía,  
buscando los bellísimos recuerdos,  
siempre color de rosa, de una espléndida  
puesta de sol. El viento de la tarde  
se calla, poco á poco. No se mueven  
las hojas de los árboles vecinos,  
ni siquiera las hojas de los álamos,  
é inmóviles contémplanse los juncos  
en el pálido espejo del estanque.  
En un vago perfume se evapora  
cada flor; los amantes ruseñores  
no lanzan sus arpegios todavía.

Para cambiar las voces misteriosas  
de nuestro mutuo amor escogeremos  
tan dulcísimas horas, si tú quieres.

Hacia la tuya, que á su vez se inclina,  
se inclinará mi frente; nuestros besos  
compondrán armonías deliciosas,  
tan dulces, que las aves, despertadas  
allá en el seno de sus dulces nidos,  
encontrarán la música indiscreta  
y se preguntarán: ¿quién es el tonto,  
cuál es la rezagada nevatilla  
ó cuál es el jilguero libertino  
que se enamora cuando el sol se ha puesto?

## IX.

Las noches asfixiantes del estío  
dentro del casco de París ahogan,  
y yo, sombrío, triste caminante  
á quien los niños, con horror, evitan,  
que del rumor de los placeres huyo,  
que largas leguas por las calles ando  
para matar el tiempo, cuando llegan  
tan calurosas noches busco siempre  
la soledad de las distantes *rondas*.  
Sigo al azar el callejón desierto,  
donde la hierba descuidada crece,  
y al que la esquina del cercano muro  
viene á prestar el único horizonte.  
¡ Me gustan las mayores soledades!  
Allí con nadie la mirada cruzo;  
me acompañan los golpes de mis pasos.  
Por cima de los muros se desprende  
el olor agradable de los tilos,  
y allá en el fondo, sobre el yeso blanco,  
y escritos al carbón, los dulces nombres  
de *Victoria* y *Eugenio* se entrelazan,  
popular y sencillo monumento,

que no deslustran los odiosos croquis,  
 junto al poema del amor trazados,  
 que al pasar dibujara, torpemente,  
 la mano del impúber corrompido.

Y al encenderse las primeras luces  
 de las farolas, por las calles, vuelvo  
 al gran tumulto del París que goza,  
 donde miro, llenando las aceras,  
 cómo toman el aire los tenderos,  
 mientras, mostrando sus robustas formas,  
 sus hijas con los novios coquetéan.

## X.

Yo soy un hijo pálido, muy triste,  
 de mi París, de mi París el viejo,  
 y el dolor de los grandes soñadores  
 que no viajaron en su vida siento.

En balde mi esperanza se refugia  
 en los campos azules de los sueños.  
 ¿Cómo? si me consume la nostalgia  
 de los verdes, larguísimos senderos,  
 que llegan á tocar el horizonte  
 y que siguen después, lejos, más lejos.

Como el pobre cautivo que se asoma  
 para mirar entre los duros hierros  
 de sus prisiones resurgir el día,  
 triunfar después, desvanecerse luego;  
 con el afán que siente el desterrado  
 si ve desde las costas del destierro  
 las de su patria; con afán creciente,  
 huyo de la ciudad y sus recuerdos,  
 y en los campos vecinos, donde, solo,  
 podré sentir y recordar, pasëo.

Forjándome dichasas ilusiones,

gusto en seguir por entre el polvo espeso,  
y ver al sol, entre doradas brumas,  
amortiguar sus últimos reflejos  
al traves de las líneas de los olmos  
altos, erguidos y de troncos rectos;  
admirar las mudanzas de las nubes,  
sus colores fantásticos, espléndidos;  
y cuando el sol, después, muere en la sombra,  
y la sombra se extiende por los cielos,  
por alguna vereda me extravió  
y por los campos al azar me alejo,  
ó en los altos sillares, á menudo,  
de las murallas á soñar me siento,  
mientras la brisa tenue de la tarde  
besa mi rostro, riza mis cabellos.

Lejanamente y en la luz dudosa  
el indistinto anfiteatro negro  
de las dulces colinas me parece  
que, tras la sombra, va retrocediendo,  
y en el fondo magnifico del valle,  
turbando las dulzuras del silencio,  
á mis pies, á mis pies, lúgubramente  
París se queja, con suspiro eterno.

La sombra azul en el espacio obscuro  
crece ya por instantes, y comienzo  
á distinguir aislados los ruidos  
entre las olas del murmullo inmenso.

Y entonces, aumentando la ventura  
de mi gran emoción y mis ensueños,  
entre el caos de sombras desbordadas  
que se acumulan y me envuelven, puedo  
—mientras oigo las hojas de los árboles  
temblar al soplo del tranquilo viento,  
el silbato febril y doloroso  
de magníficas máquinas, los ecos  
de la voz clamorosa de los niños,  
los ladridos lejanos de los perros,  
el claro golpe en el sufrido yunque,  
la música del órgano severo,  
largo quejido que, solemnemente,  
poco á poco se va desvaneciendo—  
ver la noche cuajándose de estrellas  
y París encendiéndose, á lo lejos.



## XI.

Ella es algo pedante. Cuando leemos  
—en tanto que las llamas nos acarician  
mientras corren llenando la chimenea—  
deja que se le escapen agudas críticas.

Como el libro juzgado siempre le busco  
entre los más hermosos de los más buenos  
de mis buenos amigos, constantemente  
de tan duros ataques yo lo defiendo.

Pero, á pesar de todas mis intenciones,  
resultan mis defensas defensas tibias.....  
¡Tenemos los amantes, alucinados,  
tantas abdicaciones y cobardías!!!

Sin embargo, las voces de las pœetas  
hallan en las mujeres sus grandes ecos;  
no cuando los arrastran vanos lirismos  
y suben deslumbrados al quinto cielo;

sino cuando les cantan dulces, amantes,  
como Sainte-Beuve, que sufre sus agonías,

ó Baudelaire, que gime desesperado,  
ó Musset, si consigue vencer la risa;

cuando para embotarse la inteligencia,  
rendida ya de males y sufrimientos,  
buscan en los aromas embriagadores  
de vagas languideces, paz y consuelo.

¡Ella los ama tanto, si le interpretan  
del corazón las tiernas melancolías!  
Y á mis pies reclinada, su voz repite  
el pasaje que ¡tanto! sufrió su crítica.

Aquel dulce pasaje, mágico nido  
en que siempre se esconden besos y besos...

.....  
Y sucede á menudo que el libro, torpe,  
suele rodar muy pronto, rodar al suelo.

## XII.

Algunas veces tomas en tus manos  
mis manos temblorosas, las estrechas,  
y en mis ojos sombríos tus miradas  
se copian, tan amantes y sinceras!

Hablándome al oído, largamente,  
con voces de ternuras y firmeza,  
que el cariño sincero del hermano  
y la pasión del camarada mezclan,  
uniendo en tu hermostísimo discurso  
grandes ánimos, dulces reprimendas,  
tú me preguntas el porqué terrible  
de mis largas, mis intimas tristezas,  
de que mis ojos cárguense de sombras,  
de que mi frente joven palidezca.

Al pronto me disculpan los pretextos  
de vagas, melancólicas idéas  
y de tedios profundos, implacables,  
que ni tan sólo recordar quisiera.

Pero no te convences, y recurro  
á decirte de nuevo que me apena  
la fatiga constante de la lucha,  
de la lucha tenaz de la existencia.

Te digo que un diario—te lo digo  
sin poder ocultarte la vergüenza—  
un periódico vil, que todavía  
cualquier ocioso de lector encuentra,  
insulta mis artísticos amores,  
se mofa de mis sueños de poeta,  
y á mis hermanos, y aun al Arte mismo  
falta, calumnia, de procaz manera.

Y entonces, tú, mi vida, mi consuelo,  
con tus dulces miradas que se llenan  
de plácidos reproches, procurando  
que tus palabras me cautiven, mientras  
das á mi cuello mágicas prisiones  
entre tus brazos que al tocarme tiemblan,  
te burlas de mis cuitas por lo bajo,  
y me dices entonces: «¡Cuánta pena!  
¡Pobre niño, que duda, palidece,  
sin dejar que le mimen, que le quieran,  
y cuando se te adora, ¿te apesaras?  
¡Oh, ingratos, ingratísimos poetas!

En el polvo dorado que en los dedos  
las mariposas al volar os dejan,  
las de tantas y tantas ilusiones  
con que la mente delirante sueña,  
os conocemos, sí, las que nacimos  
en brazos del Amor, las hijas de Eva,  
y al conoceros y al miraros, siempre  
nuestros amantes corazones tiemblan.

Un atractivo dulce, vanidoso,  
 causa en nosotras la emoción primera;  
 sabemos que domáis las esquivaces,  
 la rebelión del ritmo y las idéas  
 para decir al mundo venidero  
 que nos amamos y que fuimos bellas.  
 Os amamos y luego, todavía  
 os queremos, aun más. Siempre las Evas  
 cedieron á las artes del demonio  
 y al canto seductor de la sirena.  
 ¡Ah, sí! pero vosotros solamente  
 sabéis hablarnos, y morimos vuestras.  
 Vuestras son nuestras dichas, nuestras almas,  
 ¡felices, felicísimos pöetas!  
 Vuestras son nuestras dulces ilusiones,  
 las gracias mil y las ternuras nuestras,  
 ¡las rosas que perfuman los laureles  
 de vuestros grandes triunfos! ¡Cuánta pena!  
 ¡Pobre niño, que duda, se acobarda,  
 sin dejar que le mimen, que le quieran!  
 ¡Sois tan felices! ¡mucho, muy felices!  
 ¡Y si la envidia pálida, rastrera,  
 mancha con sus insultos las estrofas  
 que deslumbrada, conmovida, trémula,  
 ayer oyó la diosa de tus sueños,  
 que por tu amor, que por tu amor alienta,  
 como niño medroso palideces,  
 te rindes al pesar, te desesperas!»

Y te escucho en silencio, vida mía.  
 ¡Tú me dices tu larga reprimenda  
 con acentos burlones, tenuemente,  
 con voz que me acaricia, dulce, tierna!  
 La alegría, la mágica alegría  
 del corazón dormido se despierta,  
 y repites las tuyas, tan hermosas,  
 hasta que olvido mis fugaces quejas,  
 cuando todo mi noble pensamiento  
 á los mandatos de tu voz se entrega.  
 Así los dos hablamos, largamente,  
 á la aventura, sin querer apenas,  
 y después, cuando ya nos fatigamos  
 de tanto hablar de versos y pöetas,  
 para que nunca, nunca se me olviden  
 tus consejos, tus dulces advertencias,  
 tú me das aquel beso, que tú sabes,  
 sobre los ojos, que el encanto cierra.

## XIII.

La luz del sol brillando lisonjera  
 los menudos granizos adórnaba  
 con tonos claros de color de rosa.  
 Parecía pasar la primavera  
 por el cielo de otoño, que tomaba  
 dulce matiz de la estación hermosa.  
 Quisimos disfrutar de los instantes  
 de la feliz helada, caprichosa;  
 defendida por velos y por guantes,  
 guardada tú con protector abrigo,  
 yo bien forrado con pesadas pieles,  
 siempre feliz de caminar contigo,  
 entre los rayos de la luz brillantes  
 y el rumor de la gente divertida,  
 franquéamos la espléndida *avenida*,  
 llena ya de parejas elegantes.  
 De pronto y hacia tí, rápidamente  
 abriéndose camino  
 entre los grandes grupos de la gente,  
 feliz y sonriente,  
 una muchacha temblorosa vino.

Era una pobre niña, pobre y triste,  
 casi, casi desnuda.  
 ¡Con qué pena la viste  
 llegar, lívida, muda!  
 ¡Con qué dolor tan grande, tan humano,  
 hacia tí dirigía  
 sus miradas inquietas!  
 ¡Con qué ruego tan dulce te ofrecía  
 con su pálida mano  
 su ramito de pálidas violetas!  
 Adivinó, sin duda:  
 «tienen aspecto de vivir dichosos»,  
 y el corazón le dijo:  
 «deben ser generosos.»  
 ¡Nos ofreció sus flores delicadas  
 con tan tiernas miradas!  
 con las miradas tétricas, ansiosas  
 de quien dichas y dichas apétece  
 y de lograrlas ya desesperóse,  
 con la triste sonrisa, que parece.....  
 que parece que tose.

¡Cuántas crueldades! ¡Era  
 tan atroz espectáculo, tan tierno!.....  
 ¡Ay! ¡Venir á ofrecer la primavera  
 quien moría del aire del invierno!!  
 Y sus manos temblaban,  
 y mientras, yo sentía  
 las tuyas que al amor se calentaban

del *manguito* feliz que las cubría.  
 Hicimos nuestra ofrenda;  
 luego los dos seguimos, tristemente,  
 sintiendo nuestra mágica alegría  
 del corazón, del corazón ausente;  
 y mientras que moría  
 nuestra dichosa calma,  
 la memoria sentía  
 un gran dolor, indescriptible, eterno.....

¡Ay, alma de mi alma,  
 darás muchas limosnas,  
 todo, todo el invierno!!

## XIV.

Yo ya no soy el niño que recuerdas,  
 ¡ay! ni tú la muchacha, tan graciosa,  
 tan gentil, tan traviesa, tan alegre;  
 los dos que, entonces, en el breve tiempo  
 que fué de nuestro amor plácida aurora,  
 con gritos inconscientes de alegría,  
 con largas vueltas en correr constante,  
 al través de los campos de centeno,  
 turbaban las canciones misteriosas  
 de las aves felices, sorprendidas;  
 los dos que caminaban á lo largo  
 de las calles de arbustos, que frotaban  
 con sus colgantes ramos nuestras frentes,  
 unidos en abrazo inacabable,  
 diciéndose palabras seductoras  
 de gran amor, de amor inextinguible;  
 cuando tu frente juvenil llegaba  
 á la altura precisa de mi beso.  
 ¡Seis años han pasado! ¡Cuán veloces!  
 Y con ellos el tiempo memorable  
 de las frescas y rubias alboradas,  
 los cielos en tus ojos y la brisa

jugando con tus dóciles cabellos;  
de los labios que ríen y que cantan,  
fáciles al amor y sus promesas,  
y las perlas de plata de las risas  
que se van desgranando, como flores  
que lanzan á lo lejos sus simientes!

En verdad, no sentimos, no sentimos  
la gran nostalgia de los pocos años,  
porque el amor que en vuestras almas vive  
con el aliento de los años crece;  
pero mi amor no dura vigoroso,  
robusto, varonil; para las penas  
soy cada vez más niño, ¡bien lo siento!  
Más cada vez mi frente palidece,  
más cada vez mi corazón se llena  
de amarguras, y sombras, y rencores.

Como vuelve al escollo que le aguarda  
el golpe de la mar, y la cigüeña  
al nido suyo en la empinada torre,  
como la flecha al blanco, siempre torno  
á perseguir mis imposibles sueños;  
á tu amor que me colma de placeres  
y á la vez de peligros te rodéa;  
á los cortos instantes de ventura,  
de goces, de caricias y de olvido,  
que abrevian nuestros rápidos temores,  
pues saben que en la sombra nos acecha

la tenaz vigilancia del espía;  
al placer que ocultamos ¡ay! lo mismo  
que si fuese un oprobio.... ¡tú lo sabes!  
al rincón del hogar en donde apenas  
osan mis manos extender las flores  
que mi amor y mi anhelo te consagran,  
donde acudo en secreto cual si fuese  
miserable ladrón, y en donde vives  
como en prisiones; á tus penas vuelvo;  
al tiempo aquel de nuestros veinte años,  
de los senderos largos, donde fuimos  
tan poco á poco, tan amantes siempre,  
cambiando misteriosos juramentos,  
y sin poder adivinar lo mucho  
que debemos sufrir, toda la vida;  
al tiempo aquel en que el amor despierta,  
mecido por falaces ilusiones,  
cantado por las brisas armoniosas,  
sin ver no más que la belleza pura  
la gran belleza de los anchos cielos.....!

Y te escribo mis dudas, y entre tanto  
se me llenan de lágrimas los ojos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO..."  
Cmo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XV.

En los senos recónditos del alma,  
 donde ni el mundo ni su voz penetran,  
 me reconozco natural, sincero.  
 Mi pasado sombrío no consigue  
 turbar con sus tinieblas el encanto  
 de mis primeras, dulces ilusiones.  
 Y cuando miro que á mi lado cruzan,  
 seguidas por la madre que dirige  
 sus breves pasos, con los ojos, dulces,  
 inclinados á tierra, temerosos  
 de los ojos ardientes que los buscan,  
 dos tímidas muchachas, que perciben  
 los primeros aromas seductores  
 de la gran primavera de la vida,  
 iguales, con idénticos vestidos,  
 y como dos goletas que ostentasen  
 los mismos pabellones, adornadas  
 con idénticos lazos y con cintas  
 de los mismos colores, soy dichoso.

Algunas veces á soñar me entrego,  
 algunas veces á soñar me lanzo,

mecido por mejores esperanzas,  
 y sueño con las dichas cariñosas  
 del buen hogar, del abrigado nido,  
 con el amor de la serena vida,  
 con el placer tranquilo, dulce, largo,  
 sin pretensiones, sin afán eterno.  
 Pláceme concebir que me seduce  
 la dicha misteriosa, lisonjera,  
 del libro *aquel*, soñado, tan soñado,  
 junto á las llamas del hogar escrito,  
 mientras que la mujer, la pura diosa  
 de mis puros amores, ya pasèa,  
 los nevados encajes de su bata  
 cerca de mí, y en tanto que procura  
 encender el brillante reverbero  
 ó llenar la tetera bullidora.

Pero, ¡cuán pronto mi ilusión concluye!  
 Y tú vuelves á mí con tus desèos,  
 tus desèos profundos, irritantes,  
 ¡oh pasado fatal! por quien mi vida  
 es más que vida plácido martirio,  
 veneno amargo y á la vez tan dulce,  
 que á la par asesina y embriaga.  
 Y los ardores del fatal recuerdo,  
 que mis sentidos, sin querer, dominan,  
 imponiéndoles triste vasallaje,  
 que turban mis anhelos, inocentes,  
 apenas iniciados todavía,

son como los *infames* gorriones,  
 que en el mes encantado de las rosas,  
 para sus diversiones prefirieran  
 jocosas y atrevidas, al encanto  
 de jardines magníficos, las salas  
 del colegio de niñas que despiertan  
 al goce vago y al audaz misterio,  
 al misterio constante de la vida.

## XVI.

Hace noches, hablando, largamente  
 con aquella muchacha, tan bonita,  
 de nada casi, de la seda roja  
 donde su aguja con primor cosía,  
 ó de sus rubias trenzas, adorables,  
 de sus lazos, sus moños y sus cintas,  
 vano pretexto para ver de cerca  
 las sombras delicadas y suavísimas  
 de la oreja menuda sobre el vello,  
 rubio y sutil en la garganta fina,  
 su barba muellemente replegada  
 sobre su lindo cuello, me decía,  
 soñando con locura, sin reposo,  
 hablando siempre con mis penas mismas:  
 «Nada tan seductor, nada en el mundo,  
 como la vaga, tenue media tinta  
 se ofrece al hombre; tiene los encantos  
 de timideces santas la chiquilla,  
 con sus largas pestañas, como el oro,  
 velando sus miradas hermosísimas,  
 con gestos asustados y sensibles  
 de pudoroso armiño.....» Ya sentía



llenar mi pensamiento con la imagen  
de la dulce y hermosa prometida,  
de la tierna y amante desposada  
que las dulzuras del hogar nos brinda.....  
las del hogar cuyo interior alegran  
juegos de niño, cánticos y risas.

Y luego la impresión de sus encantos  
me llenó la memoria todo el día,  
todo el día siguiente, de manera  
tan dulce, tan febril, tan atractiva,  
que casi recelé que deslumbrada  
mi voluntad indócil se rendía.

¡Oh dulcísimo sueño de ventura!  
Como convaleciente que reclina  
sobre cojines su cansado cuerpo,  
febril y dolorido todavía,  
pero que siente despertar de pronto  
los profundos vigos de la vida,  
igual en mis dolores y mis ansias  
á tiempos olvidados renacia.  
Él detrás de los limpidos cristales  
campos y campos seductores mira,  
el cielo azul de Abril donde los rayos  
del sol primaveral lucen y brillan,  
los jardines, paisajes de esmeraldas,  
los árboles allí que se reaniman  
cuajándose de yemas, y las nubes,

sueltas y libres, que en veloz huida  
de puros aires hablan, de horizontes  
inmensos, anchurosos, de campiñas  
donde libre vagar, del perdurable,  
del gran placer de la robusta vida.  
Él, á los rayos tibios y discretos  
de las llamas inquietas y lascivas  
que doran ya con lentitud, apenas,  
los troncos, sepultados en cenizas,  
dichoso de vivir con esperanzas,  
de su dolor y de su mal se olvida,  
y sueña sin descanso con el goce,  
con la ventura del cercano día,  
en que á sus blandos nidos, impacientes,  
volverán con amor las golondrinas.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

	PÁGINAS.
Dedicatoria.....	5
De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos.....	7
Al lector.....	45
POEMAS.—Angelus.....	47
La tabla.....	99
La vendedora de periódicos.....	109
Por la bandera.....	125
La bendición.....	133
El padre.....	143
La velada.....	149
El naufrago.....	171
Los zarcillos.....	181
La cabeza de la Sultana.....	211
¡...Esperando!.....	229
Intimidades.....	235



